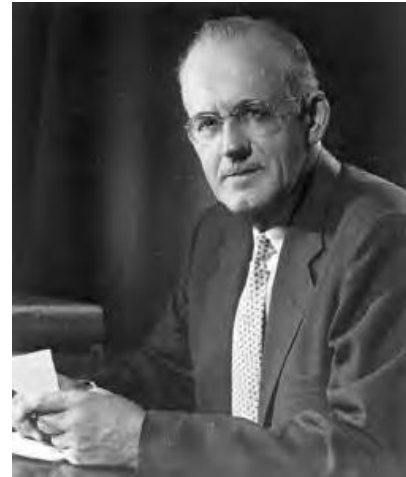


El Conocimiento del Santo

por

A.W. Tozer



Índice

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1 Por qué debemos pensar correctamente sobre Dios

CAPÍTULO 2 Dios incomprensible

CAPÍTULO 3 Un atributo divino: Algo cierto sobre Dios

CAPÍTULO 4 La Santísima Trinidad

CAPÍTULO 5 La autoexistencia de Dios

CAPÍTULO 6 La autosuficiencia de Dios

CAPÍTULO 7 La eternidad de Dios

CAPÍTULO 8 La infinitud de Dios

CAPÍTULO 9 La inmutabilidad de Dios

CAPÍTULO 10 La omnisciencia divina

CAPÍTULO 11 La sabiduría de Dios

CAPÍTULO 12 La omnipotencia de Dios

CAPÍTULO 13 La divina trascendencia

CAPÍTULO 14 La omnipresencia de Dios

CAPÍTULO 15 La fidelidad de Dios

CAPÍTULO 16 La bondad de Dios

CAPÍTULO 17 La justicia de Dios

CAPÍTULO 18 La misericordia de Dios

CAPÍTULO 19 La gracia de Dios

CAPÍTULO 20 El amor de Dios

CAPÍTULO 21 La santidad de Dios

CAPÍTULO 22 La soberanía de Dios

CAPÍTULO 23 El secreto a voces

Tomado de <http://www.heavendwellers.com>.

PRÓLOGO

La verdadera religión confronta la tierra con el cielo y lleva la eternidad al tiempo. El mensajero de Cristo, aunque habla desde Dios, debe también, como decían los cuáqueros, "hablar a la condición" de sus oyentes; de lo contrario, hablará un lenguaje que sólo él conoce. Su mensaje no sólo debe ser intemporal, sino también actual. Debe hablar a su propia generación.

El mensaje de este libro no surge de estos tiempos, sino que es apropiado para ellos. Está provocado por una condición que ha existido en la Iglesia durante algunos años y que está empeorando constantemente. Me refiero a la pérdida del concepto de majestad en la mente religiosa popular. La Iglesia ha renunciado a su otrora elevado concepto de Dios y lo ha sustituido por uno tan bajo, tan innoble, que es totalmente indigno de los hombres pensantes y adoradores. Esto no lo ha hecho deliberadamente, sino poco a poco y sin su conocimiento; y su mismo desconocimiento sólo hace que su situación sea aún más trágica.

La baja visión de Dios que se tiene casi universalmente entre los cristianos es la causa de cientos de males menores entre nosotros. Toda una nueva filosofía de la vida cristiana ha resultado de este error básico en nuestro pensamiento religioso.

Con nuestra pérdida del sentido de la majestad ha venido la pérdida del temor religioso y de la conciencia de la Presencia divina. Hemos perdido nuestro espíritu de adoración y nuestra capacidad de recogernos interiormente para encontrarnos con Dios en un silencio adorador. El cristianismo moderno simplemente no está produciendo el tipo de cristiano que puede apreciar o experimentar la vida en el Espíritu. Las palabras "Estad quietos y conoced que yo soy Dios" no significan casi nada para el adorador confiado en sí mismo y bullicioso de esta mitad del siglo XX.

Esta pérdida del concepto de majestad se ha producido justo cuando las fuerzas de la religión están logrando avances espectaculares y las iglesias son más prósperas que en cualquier otro momento de los últimos cientos de años. Pero lo alarmante es que nuestras ganancias son en su mayoría externas y nuestras pérdidas totalmente internas; y puesto que es la calidad de nuestra religión la que se ve afectada por las condiciones internas, puede ser que nuestras supuestas ganancias no sean más que pérdidas repartidas en un campo más amplio.

La única manera de recuperar nuestras pérdidas espirituales es volver a la causa de ellas y hacer las correcciones que la verdad justifique. La decadencia del conocimiento de lo santo ha provocado nuestros problemas. El redescubrimiento de la majestad de Dios contribuirá en gran medida a curarlos. Es imposible mantener nuestras prácticas morales sanas y nuestras actitudes internas correctas mientras nuestra idea de Dios sea errónea o inadecuada. Si queremos devolver el poder espiritual a nuestras vidas, debemos empezar a pensar en Dios tal como es.

Como mi humilde contribución a una mejor comprensión de la Majestad en los cielos ofrezco este reverente estudio de los atributos de Dios. Si los cristianos de hoy leyeran obras como las de Agustín o Anselmo, un libro como éste no tendría razón de ser. Pero los cristianos modernos sólo conocen a estos maestros iluminados por su nombre. Las editoriales reeditan obedientemente sus libros y, a su debido tiempo, éstos aparecen en las estanterías de nuestros estudios. Pero todo el problema está ahí: se quedan en los estantes. El ambiente religioso actual hace que su lectura sea prácticamente imposible incluso para los cristianos cultos.

Aparentemente, no muchos cristianos están dispuestos a leer cientos de páginas de pesados temas religiosos que requieren una concentración sostenida. Tales libros

recuerdan a demasiadas personas los clásicos seculares que se vieron obligados a leer cuando estaban en la escuela y se alejan de ellos con un sentimiento de desaliento.

Por esa razón, un esfuerzo como éste puede tener algún efecto beneficioso. Puesto que este libro no es esotérico ni técnico, y puesto que está escrito en el lenguaje de la adoración sin pretensiones de un estilo literario elegante, quizá algunas personas se sientan atraídas a leerlo. Aunque creo que aquí no se encontrará nada contrario a la sana teología cristiana, no escribo para teólogos profesionales, sino para personas sencillas cuyo corazón les impulsa a buscar a Dios mismo.

Espero que este pequeño libro contribuya de algún modo a promover entre nosotros la religión personal del corazón; y si al leerlo se anima a unas pocas personas a comenzar la práctica de la meditación reverente sobre el ser de Dios, ello compensará con creces el trabajo requerido para producirlo.

A. W. Tozer

CAPÍTULO 1

Por qué debemos pensar correctamente sobre Dios

Oh, Señor Dios Todopoderoso, no el Dios de los filósofos y de los sabios, sino el Dios de los profetas y de los apóstoles; y mejor que todos, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, ¿puedo expresarte sin culpa?

Los que no Te conocen pueden invocarte como algo distinto de Ti, y así no Te adoran sino a una criatura de su propia fantasía; ilumina, pues, nuestras mentes para que Te conozcamos como Tú eres, a fin de que Te amemos perfectamente y Te alabemos dignamente.

En el nombre de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Lo que nos viene a la mente cuando pensamos en Dios es lo más importante de nosotros.

La historia de la humanidad probablemente mostrará que ningún pueblo se ha elevado jamás por encima de su religión, y la historia espiritual del hombre demostrará positivamente que ninguna religión ha sido jamás más grande que su idea de Dios. La adoración es pura o vil según el adorador tenga pensamientos elevados o bajos de Dios.

Por esta razón, la cuestión más grave que se plantea a la Iglesia es siempre Dios mismo, y el hecho más portentoso acerca de cualquier hombre no es lo que pueda decir o hacer en un momento dado, sino cómo concibe a Dios en lo más profundo de su corazón. Por una ley secreta del alma, tendemos a acercarnos a nuestra imagen mental de Dios. Esto es verdad no sólo del cristiano individual, sino de la compañía de cristianos que compone la Iglesia. Siempre lo más revelador de la Iglesia es su idea de Dios, así como su mensaje más significativo es lo que dice sobre Él o lo que deja sin decir, pues su silencio es a menudo más elocuente que su discurso. Nunca puede escapar a la auto-revelación de su testimonio sobre Dios.

Si fuéramos capaces de extraer de cualquier hombre una respuesta completa a la pregunta: "¿Qué te viene a la mente cuando piensas en Dios?", podríamos predecir con certeza el futuro espiritual de ese hombre. Si pudiéramos saber exactamente qué piensan hoy de Dios nuestros líderes religiosos más influyentes, podríamos predecir con cierta precisión cuál será la posición de la Iglesia el día de mañana.

Sin duda, el pensamiento más poderoso que la mente puede albergar es el pensamiento de Dios, y la palabra más pesada en cualquier idioma es su palabra para Dios. El pensamiento y la palabra son dones de Dios a las criaturas hechas a su imagen; están íntimamente asociados a Él y son imposibles aparte de Él. Es muy significativo que la primera palabra fuera el Verbo: "Y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios". Podemos hablar porque Dios habló. En Él, palabra e idea son indivisibles.

Que nuestra idea de Dios se corresponda lo más posible con el verdadero ser de Dios es de inmensa importancia para nosotros. Comparadas con nuestros pensamientos reales sobre Él, nuestras declaraciones credenciales tienen poca importancia. Nuestra idea real de Dios puede yacer enterrada bajo la basura de las nociones religiosas convencionales y puede requerir una búsqueda inteligente y vigorosa antes de que finalmente sea desenterrada y expuesta por lo que es. Sólo tras una dolorosa prueba de autoexploración descubriremos lo que realmente creemos sobre Dios.

Una concepción correcta de Dios es básica no sólo para la teología sistemática, sino también para la vida cristiana práctica. Es para el culto lo que los cimientos son para el templo; donde son inadecuados o están fuera de plomo, toda la estructura se derrumbará tarde o temprano. Creo que

apenas hay un error en la doctrina o un fracaso en la aplicación de la ética cristiana que no pueda ser atribuido finalmente a pensamientos imperfectos e innobles sobre Dios.

En mi opinión, la concepción cristiana de Dios vigente en estos años centrales del siglo XX es tan decadente que está totalmente por debajo de la dignidad del Dios Altísimo y constituye para los creyentes profesos algo equivalente a una calamidad moral.

Todos los problemas del cielo y de la tierra, aunque nos enfrentaran juntos y a la vez, no serían nada comparados con el abrumador problema de Dios: Que Él es; cómo es; y qué debemos hacer nosotros como seres morales respecto a Él.

El hombre que llega a creer correctamente en Dios se libera de diez mil problemas temporales, pues ve enseguida que éstos tienen que ver con asuntos que, a lo sumo, no pueden preocuparle por mucho tiempo; pero aunque se le quiten de encima las múltiples cargas del tiempo, la única y poderosa carga de la eternidad comienza a presionarle con un peso más aplastante que todos los males del mundo apilados unos sobre otros. Esa poderosa carga es su obligación para con Dios. Incluye el deber instantáneo y para toda la vida de amar a Dios con todas las fuerzas de la mente y del alma, de obedecerle perfectamente y de adorarle aceptablemente. Y cuando la laboriosa conciencia del hombre le dice que no ha hecho ninguna de estas cosas, sino que desde la infancia ha sido culpable de sucia rebelión contra la Majestad en los cielos, la presión interior de la autoacusación puede llegar a ser demasiado pesada de soportar.

El evangelio puede levantar esta carga destructora de la mente, dar belleza por las cenizas, y el vestido de alabanza por el espíritu de tristeza. Pero a menos que se sienta el peso de la carga, el Evangelio no puede significar nada para el hombre; y hasta que no vea una visión de Dios elevada y sublime, no habrá aflicción ni carga. Las visiones bajas de Dios destruyen el evangelio para todos los que las tienen.

Entre los pecados a los que es propenso el corazón humano, casi ningún otro es más odioso para Dios que la idolatría, porque la idolatría es, en el fondo, una calumnia contra Su carácter. El corazón idólatra supone que Dios es otro de lo que es -en sí mismo un pecado monstruoso- y sustituye al Dios verdadero por uno hecho a su semejanza. Siempre

Dios se ajustará a la imagen de quien lo creó y será bajo o puro, cruel o bondadoso, según el estado moral de la mente de la que surja.

Un dios engendrado en las sombras de un corazón caído no será, naturalmente, semejante al Dios verdadero.

"Pensaste", dijo el Señor al malvado en el salmo, "que yo era del todo semejante a ti". Seguramente esto debe ser una grave afrenta al Dios Altísimo ante quien querubines y serafines claman continuamente: "Santo, santo, santo, Señor Dios de Sabaoth."

Cuidémonos de no aceptar en nuestro orgullo la noción errónea de que la idolatría consiste sólo en arrodillarse ante objetos visibles de adoración, y que por lo tanto los pueblos civilizados están libres de ella. La esencia de la idolatría es el entretenimiento de pensamientos acerca de Dios que son indignos de Él. Comienza en la mente y puede estar presente donde no ha tenido lugar ningún acto manifiesto de adoración.

"Cuando conocieron a Dios", escribió Pablo, "no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido."

Luego siguió la adoración de ídolos hechos a semejanza de hombres, aves, bestias y reptiles. Pero esta serie de actos degradantes comenzó en la mente. Mal

Las ideas sobre Dios no sólo son la fuente de la que manan las aguas contaminadas de la idolatría, sino que ellas mismas son idolátricas. El idólatra simplemente imagina cosas sobre Dios y actúa como si fueran verdad.

Las nociones pervertidas sobre Dios pronto pudren la religión en la que aparecen. La larga carrera de Israel lo demuestra con suficiente claridad, y la historia de la Iglesia lo confirma. Tan necesario es para la Iglesia un concepto elevado de Dios, que cuando ese concepto decae en alguna medida, la Iglesia con su culto y sus normas morales decae junto con ella. El primer paso hacia abajo para cualquier Iglesia se da cuando renuncia a su elevada opinión de Dios.

Antes de que la Iglesia Cristiana entre en eclipse en algún lugar, primero debe haber una corrupción de su simple teología básica. Ella simplemente obtiene una respuesta errónea a la pregunta: "¿Cómo es Dios?" y continúa a partir de ahí. Aunque continúe aferrándose a un credo nominal sólido, su credo de trabajo práctico se ha vuelto falso. Las masas de sus seguidores llegan a creer que Dios es diferente de lo que realmente es; y eso es herejía de la clase más insidiosa y mortal.

La mayor obligación que pesa hoy sobre la Iglesia cristiana es purificar y elevar su concepto de Dios hasta que vuelva a ser digno de Él y de ella. En todas sus oraciones y trabajos, esto debería ocupar el primer lugar. Prestamos el mayor servicio a la próxima generación de cristianos transmitiéndoles, intacto y sin menoscabo, el noble concepto de Dios que recibimos de nuestros padres hebreos y cristianos de generaciones pasadas. Esto demostrará ser de mayor valor para ellos que cualquier cosa que el arte o la ciencia puedan inventar.

*Oh, Dios de Betel, de cuya mano se
alimenta aún tu pueblo;
Que a través de esta fatigosa
peregrinación ha guiado a todos
nuestros padres.
Nuestros votos, nuestras oraciones presentamos ahora
Ante tu trono de gracia: Dios de nuestros padres, sé el Dios de sus
sucesores.*

Philip Doddridge

CAPÍTULO 2

Dios Incomprensible

Señor, ¡qué grande es nuestro dilema! En Tu Presencia el silencio nos conviene, pero el amor inflama nuestros corazones y nos constriñe a hablar.

Si calláramos, las piedras gritarían; pero si hablamos, ¿qué diremos? Enséñanos a conocer lo que no podemos conocer, porque las cosas de Dios nadie las conoce, sino el Espíritu de Dios. Que la fe nos sostenga donde falla la razón, y pensaremos porque creemos, no para creer.

En el nombre de Jesús. Amén.

El niño, el filósofo y el religioso tienen todos una misma pregunta: "¿Cómo es Dios?"

Este libro es un intento de responder a esa pregunta. Sin embargo, de entrada debo reconocer que no puede responderse salvo diciendo que Dios no se parece a nada; es decir, no se parece exactamente a nada ni a nadie.

Aprendemos utilizando lo que ya conocemos como puente por el que pasamos a lo desconocido. No es posible que la mente se estrelle repentinamente más allá de lo familiar hacia lo totalmente desconocido. Ni siquiera la mente más vigorosa y audaz es capaz de crear algo de la nada mediante un acto espontáneo de imaginación. Esos seres extraños que pueblan el mundo de la mitología y la superstición no son puras creaciones de la fantasía. La imaginación los creó tomando los habitantes ordinarios de la tierra, el aire y el mar y extendiendo sus formas familiares más allá de sus límites normales, o mezclando las formas de dos o más para producir algo nuevo. Por bellos o grotescos que sean, sus prototipos son siempre identificables. Se parecen a algo que ya conocemos.

El esfuerzo de los hombres inspirados por expresar lo inefable ha ejercido una gran presión sobre el pensamiento y el lenguaje en las Sagradas Escrituras. Siendo éstas a menudo una revelación de un mundo superior a la naturaleza, y las mentes para las que fueron escritas una parte de la naturaleza, los escritores se ven obligados a utilizar una gran cantidad de palabras "similares" para hacerse entender.

Cuando el Espíritu nos da a conocer algo que está más allá del campo de nuestro conocimiento, nos dice que esa cosa se parece a algo que ya conocemos, pero siempre tiene cuidado de formular su descripción de modo que nos libre del literalismo servil. Por ejemplo, cuando el profeta Ezequiel vio el cielo abierto y contempló visiones de Dios, se encontró mirando lo que no tenía lenguaje para describir. Lo que veía era totalmente diferente de todo lo que había conocido antes, así que recurrió al lenguaje de la semejanza. "En cuanto a la semejanza de los seres vivientes, su aspecto era como carbones encendidos de fuego".

Cuanto más se acerca al trono ardiente, menos seguras se vuelven sus palabras: "Y sobre el firmamento que estaba sobre sus cabezas había una semejanza de trono, como la apariencia de una piedra de zafiro; y sobre la semejanza del trono estaba la semejanza como la apariencia de un hombre encima de él. Y vi como el color del ámbar, como la apariencia del fuego alrededor dentro de él... Esta era la apariencia de la semejanza de la gloria del Señor".

A pesar de lo extraño de este lenguaje, no crea la impresión de irrealidad. Se deduce que toda la escena es muy real, pero totalmente ajena a todo lo que los hombres conocen sobre

tierra. Por eso, para transmitir una idea de lo que ve, el profeta debe emplear palabras como "semejanza", "apariencia", "como si" y "la semejanza de la apariencia". Incluso el trono se convierte en "la apariencia de un trono" y Aquel que se sienta en él, aunque como un hombre, es tan diferente de uno que sólo puede ser descrito como "la semejanza de la apariencia de un hombre".

Cuando la Escritura afirma que el hombre fue hecho a imagen de Dios, no nos atrevemos a añadir a esa afirmación una idea de nuestra propia cabeza y hacer que signifique "a imagen exacta". Hacerlo es hacer del hombre una réplica de Dios, y eso es perder la unicidad de Dios y acabar sin Dios en absoluto. Es derribar el muro, infinitamente alto, que separa lo-que-es-Dios de lo-que-no-es-Dios. Pensar que la criatura y el Creador son iguales en su ser esencial es despojar a Dios de la mayoría de sus atributos y reducirlo a la condición de criatura. Es, por ejemplo, robarle su infinitud: no puede haber dos sustancias ilimitadas en el universo. Es quitarle Su soberanía: no puede haber dos seres absolutamente libres en el universo, pues tarde o temprano dos voluntades completamente libres deben chocar. Estos atributos, por no mencionar más, exigen que no haya más que uno a quien pertenezcan.

Cuando tratamos de imaginar cómo es Dios, tenemos que utilizar necesariamente lo que no es Dios como materia prima para que nuestra mente trabaje sobre ello; por lo tanto, sea lo que sea lo que visualizamos que Dios es, no lo es, porque hemos construido nuestra imagen a partir de lo que Él ha hecho, y lo que Él ha hecho no es Dios. Si insistimos en tratar de imaginarlo, terminamos con un ídolo, hecho no con las manos sino con los pensamientos; y un ídolo de la mente es tan ofensivo para Dios como un ídolo de la mano.

"El intelecto sabe que Te ignora", dijo Nicolás de Cusa, "porque sabe que Tú no puedes ser conocido, a menos que lo incognoscible pudiera ser conocido, y lo invisible contemplado, y lo inaccesible alcanzado."

"Si alguien expusiera algún concepto por el cual Tú puedas ser concebido", dice de nuevo Nicolás, "sé que ese concepto no es un concepto de Ti, pues todo concepto termina en el muro del Paraíso. Así también, si alguien hablara del entendimiento de Ti, ya que Tú eres absoluto por encima de todos los conceptos que un hombre pueda tener. marco".

Abandonados a nosotros mismos, tendemos inmediatamente a reducir a Dios a términos manejables. Queremos tenerlo donde podamos utilizarlo, o al menos saber dónde está cuando lo necesitamos. Queremos un Dios que podamos controlar en cierta medida. Necesitamos la sensación de seguridad que proviene de saber cómo es Dios, y cómo es Él es, por supuesto, un compuesto de todas las imágenes religiosas que hemos visto, de todas las mejores personas que hemos conocido o de las que hemos oído hablar, y de todas las ideas sublimes que hemos albergado.

Si todo esto suena extraño a oídos modernos, es sólo porque durante medio siglo hemos dado a Dios por sentado. La gloria de Dios no ha sido revelada a esta generación de hombres. El Dios del cristianismo contemporáneo es sólo ligeramente superior a los dioses de Grecia y Roma, si es que en realidad no es inferior a ellos en el sentido de que es débil e indefenso, mientras que ellos al menos tenían poder.

Si lo que concebimos que Dios es no lo es, ¿cómo pensaremos entonces en Él? Si en verdad es incomprendible, como declara el Credo, e inaccesible, como dice Pablo, ¿cómo podremos los cristianos satisfacer nuestro anhelo de Él? Las esperanzadoras palabras: "Conócelo ahora y quédate en paz", siguen en pie después del paso de los siglos; pero ¿cómo conoceremos a Aquel que elude todos los esfuerzos...?

¿esfuerzos de mente y corazón? ¿Y cómo vamos a ser responsables de conocer lo que no se puede conocer?

"¿Puedes tú, buscando, encontrar a Dios?" pregunta Zofar el Naamatita; "¿puedes tú encontrar al Todopoderoso hasta la perfección? Es alto como el cielo; ¿qué puedes hacer? más profundo que el infierno; ¿qué puedes saber?".

"Nadie conoce al Padre, sino el Hijo", dijo nuestro Señor, "y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar". El Evangelio según San Juan revela la impotencia de la mente humana ante el gran Misterio que es Dios, y Pablo, en Primera de Corintios, enseña que sólo se puede conocer a Dios cuando el Espíritu Santo realiza en el corazón que busca un acto de auto-revelación.

El anhelo de conocer lo que no se puede conocer, de comprender lo incomprendible, de tocar y saborear lo inaccesible, surge de la imagen de Dios en la naturaleza del hombre. Lo profundo llama a lo profundo, y aunque contaminada y bloqueada por el poderoso desastre que los teólogos llaman la Caída, el alma siente su origen y anhela volver a su Fuente. ¿Cómo puede realizarse esto?

La respuesta de la Biblia es simplemente "por Jesucristo nuestro Señor". En Cristo y por Cristo, Dios se revela completamente, aunque no se muestra a la razón, sino a la fe y al amor. La fe es un órgano de conocimiento, y el amor un órgano de experiencia. Dios vino a nosotros en la encarnación; en la expiación nos reconcilió consigo mismo, y por la fe y el amor entramos y nos asimos de Él.

"Verdaderamente Dios es de una grandeza infinita", dice el trovador embelesado de Cristo, Richard Rolle; "más de lo que podemos pensar; ... incognoscible por las cosas creadas; y nunca puede ser comprendido por nosotros como Él es en Sí mismo". Pero incluso aquí y ahora, cada vez que el corazón comienza a arder con el deseo de Dios, se hace capaz de recibir la luz increada e, inspirada y colmada por los dones del Espíritu Santo, saborea las alegrías del cielo. Ella trasciende todas las cosas visibles y es elevada a la dulzura de la vida eterna....

En esto consiste verdaderamente el amor perfecto; cuando toda la intención de la mente, toda la obra secreta del corazón, se eleva al amor de Dios".

Que Dios pueda ser conocido por el alma en una tierna experiencia personal mientras permanece infinitamente alejado de los curiosos ojos de la razón constituye una paradoja que se describe mejor como

Oscuridad para el intelecto, pero sol para el corazón. Frederick W. Faber

El autor de la célebre obrita La nube del desconocimiento desarrolla esta tesis a lo largo de su libro. Al acercarse a Dios, dice, el buscador descubre que el Ser divino habita en la oscuridad, oculto tras una nube de incógnita; sin embargo, no debe desanimarse, sino fijar su voluntad con desnuda intención hacia Dios. Esta nube se interpone entre el buscador y Dios, de modo que nunca podrá ver a Dios claramente a la luz del entendimiento ni sentirlo en las emociones. Pero por la misericordia de Dios la fe puede penetrar en Su Presencia si el buscador cree en la Palabra y sigue adelante.

Miguel de Molinos, el santo español, enseñó lo mismo. En su Guía Espiritual dice que Dios tomará al alma de la mano y la conducirá por el camino de la fe pura, "y haciendo que el entendimiento deje atrás todas las consideraciones y razonamientos la arrastra hacia adelante. Así Él la hace por medio de un conocimiento simple y oscuro de fe para aspirar sólo a su Esposo sobre las alas del amor".

Por estas y otras enseñanzas similares, Molinos fue condenado como hereje por la Inquisición y sentenciado a cadena perpetua. Murió pronto en prisión, pero la verdad

que enseñó nunca muere. Hablando del alma cristiana dice: "Supongamos que todo el mundo y las concepciones más refinadas de las inteligencias más sabias no pueden decirle nada, y que la bondad y la belleza de su Amado superan infinitamente todos sus conocimientos, persuadida de que todas las criaturas son demasiado rudas para informarla y conducirla al verdadero conocimiento de Dios..... Debe entonces seguir adelante con su amor, dejando atrás todo su entendimiento. Que ame a Dios como Él es en Sí mismo, y no como su imaginación dice que Él es, y se lo imagina".

"¿Cómo es Dios?" Si con esa pregunta queremos decir "¿Cómo es Dios en Sí mismo?", no hay respuesta. Si queremos decir "¿Qué ha revelado Dios acerca de Sí mismo que la razón reverente pueda comprender?" hay, creo, una respuesta a la vez plena y satisfactoria. Porque aunque el nombre de Dios es secreto y su naturaleza esencial incomprensible, Él, en amor condescendiente, ha declarado por revelación que ciertas cosas son verdaderas de Sí mismo. A éstas las llamamos Sus atributos.

Padre soberano, Rey celestial, a Ti nos atrevemos ahora a cantar; Alegres confiesan tus atributos, Gloriosos todos, e innumerables. Charles Wesley

CAPÍTULO 3

Un Atributo Divino: Algo cierto sobre Dios

Majestad indecible, mi alma desea contemplarte. Clamo a Ti desde el polvo.

Sin embargo, cuando pregunto por Tu nombre, es secreto. Tú estás oculto en la luz a la que nadie puede acercarse. Lo que Tú eres no puede ser pensado ni expresado, porque Tu gloria es inefable.

Sin embargo, profeta y salmista, apóstol y santo me han animado a creer que puedo conocerte en alguna medida. Por lo tanto, te ruego, lo que sea de Ti mismo que hayas tenido a bien revelar, ayúdame a buscarlo como un tesoro más precioso que los rubíes o la mercancía de oro fino: porque contigo viviré cuando las estrellas del crepúsculo ya no existan y los cielos se hayan desvanecido y sólo Tú permanezcas. Amén.

El estudio de los atributos de Dios, lejos de ser aburrido y pesado, puede ser para el cristiano ilustrado un ejercicio espiritual dulce y absorbente. Para el alma sedienta de Dios, nada puede ser más delicioso.

Sólo sentarse y pensar en Dios, ¡Oh qué alegría es! Pensar el pensamiento, respirar el Nombre La Tierra no tiene dicha superior.

Frederick W. Faber

Antes de proseguir, parece necesario definir la palabra atributo tal como se emplea en este volumen. No se emplea en su sentido filosófico ni se limita a su significado teológico más estricto. Por atributo se entiende simplemente todo lo que puede atribuirse correctamente a Dios. A los efectos de este libro, un atributo de Dios es todo lo que Dios ha revelado de algún modo como verdadero en sí mismo.

Y esto nos lleva a la cuestión del número de los atributos divinos. Los pensadores religiosos han diferido al respecto. Algunos han insistido en que son siete, pero Faber cantó al "Dios de los mil atributos", y Charles Wesley exclamó,

Gloria confiesan tus atributos, Gloriosos todos e innumerables.

Es cierto que estos hombres adoraban, no contaban; pero sería prudente seguir la perspicacia del corazón embelesado en lugar de los razonamientos más cautelosos de la mente teológica. Si un atributo es algo que es verdad de Dios, mejor no intentemos enumerarlos. Además, para esta meditación sobre el ser de Dios no es importante el número de los atributos, pues aquí sólo se mencionarán unos pocos.

Si un atributo es algo verdadero de Dios, también es algo que podemos concebir como verdadero de Él. Dios, al ser infinito, debe poseer atributos que podamos conocer. Un atributo, tal como podemos conocerlo, es un concepto mental, una respuesta intelectual a la autorrevelación de Dios. Es la respuesta a una pregunta, la respuesta que Dios da a nuestro interrogatorio sobre sí mismo.

¿Cómo es Dios? ¿Qué clase de Dios es? ¿Cómo podemos esperar que actúe con nosotros y con todas las cosas creadas? Estas preguntas no son meramente académicas. Tocan lo más profundo del espíritu humano, y sus respuestas afectan a la vida, al carácter y al destino.

Cuando se formulan con reverencia y se buscan sus respuestas con humildad, son preguntas que no pueden sino agradar a nuestro Padre que está en los cielos. "Porque Él quiere que seamos

ocupados en conocer y amar", escribió Julián de Norwich, "hasta el momento en que seamos colmados en el cielo.... Porque de todas las cosas, el contemplar y amar al Hacedor hace que el alma parezca menos a sus propios ojos, y la llena más de temor reverente y verdadera mansedumbre; con mucha caridad para con sus compañeros cristianos. "Dios ha dado respuestas a nuestras preguntas; no todas las respuestas, ciertamente, pero suficientes para satisfacer nuestro intelecto y extasiar nuestro corazón. Esas respuestas las ha dado en la naturaleza, en las Escrituras y en la persona de su Hijo.

La idea de que Dios se revela en la creación no es sostenida con mucho vigor por los cristianos modernos; pero, sin embargo, está expuesta en la Palabra inspirada, especialmente en los escritos de David e Isaías en el Antiguo Testamento y en la Epístola de Pablo a los Romanos en el Nuevo. En las Sagradas Escrituras la revelación es más clara:

Los cielos declaran Tu gloria, Señor, En cada estrella brilla Tu sabiduría;

Pero cuando nuestros ojos contemplan Tu Palabra, Leemos Tu nombre en líneas más bellas. Isaac Watts

Y es una parte sagrada e indispensable del mensaje cristiano que el pleno resplandor del sol de la revelación llegó en la encarnación, cuando el Verbo Eterno se hizo carne para habitar entre nosotros.

Aunque Dios, en esta triple revelación, ha dado respuestas a nuestras preguntas sobre Él, las respuestas no están en la superficie. Deben buscarse mediante la oración, la meditación prolongada de la Palabra escrita y el trabajo serio y bien disciplinado. Por muy brillante que sea la luz, sólo puede ser vista por aquellos que están espiritualmente preparados para recibirla.

"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios".

Si queremos pensar con exactitud acerca de los atributos de Dios, debemos aprender a rechazar ciertas palabras que seguramente se agolparán en nuestras mentes, tales como rasgo, característica, cualidad, palabras que son apropiadas y necesarias cuando estamos considerando seres creados, pero totalmente inapropiadas cuando estamos pensando en Dios. Debemos liberarnos del hábito de pensar en el Creador como pensamos en sus criaturas. Es probablemente imposible pensar sin palabras, pero si nos permitimos pensar con las palabras equivocadas, pronto estaremos teniendo pensamientos erróneos; porque las palabras, que nos son dadas para la expresión del pensamiento, tienen el hábito de ir más allá de sus límites apropiados y determinar el contenido del pensamiento. "Así como nada es más fácil que pensar", dice Thomas Traherne, "nada es más difícil que pensar bien". Si alguna vez pensamos bien debe ser cuando pensamos en Dios.

Un hombre es la suma de sus partes y su carácter la suma de los rasgos que lo componen. Estos rasgos varían de un hombre a otro y pueden variar de vez en cuando dentro de un mismo hombre. El carácter humano no es constante porque los rasgos o cualidades que lo constituyen son inestables. Éstos van y vienen, arden poco o brillan con gran intensidad a lo largo de nuestra vida. Así, un hombre amable y considerado a los treinta años puede ser cruel y maleducado a los cincuenta. Este cambio es posible porque el hombre está hecho; en un sentido muy real, es una composición; es la suma de los rasgos que forman su carácter.

Pensamos natural y correctamente en el hombre como obra de la Inteligencia divina. Es a la vez creado y hecho. Cómo fue creado es uno de los secretos de Dios; cómo pasó de no ser a ser, de la nada a algo, es algo que no se conoce y que sólo podrá conocer Aquel que lo creó. Sin embargo, cómo lo hizo Dios es menos secreto, y aunque sólo

conocemos una pequeña parte de toda la verdad, sabemos que el hombre posee un cuerpo, un alma y un espíritu; sabemos que tiene memoria, razón, voluntad, inteligencia, sensaciones, y sabemos que para darles sentido cuenta con el maravilloso don de la conciencia. También sabemos que todo ello, junto con diversas cualidades de temperamento, compone su ser humano total.

Son dones de Dios dispuestos por una sabiduría infinita, notas que componen la partitura de la más alta sinfonía de las creaciones, hilos que componen el tapiz maestro del universo.

Pero en todo esto estamos pensando pensamientos de criatura y usando palabras de criatura para expresarlos. Ni tales pensamientos ni tales palabras son apropiados para la Deidad. "El Padre no está hecho de nadie", dice el Credo Atanasiano, "ni creado ni engendrado. El Hijo es del Padre solo, no hecho, ni creado, sino engendrado. El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo: no hecho ni creado, ni engendrado, sino procedente." Dios existe en Sí mismo y por Sí mismo. Su ser no se lo debe a nadie. Su sustancia es indivisible. No tiene partes, sino que es único en su ser unitario.

La doctrina de la unidad divina significa no sólo que no hay más que un Dios; significa también que Dios es simple, no complejo, uno consigo mismo. La armonía de Su ser es el resultado no de un equilibrio perfecto de partes, sino de la ausencia de partes. No puede haber contradicción entre sus atributos. No necesita suspender uno para ejercer otro, porque en Él todos Sus atributos son uno. Todo Dios hace todo lo que Dios hace; Él no se divide para realizar una obra, sino que obra en la unidad total de Su ser.

Un atributo, pues, es una parte de Dios. Es como Dios es, y hasta donde la mente razonadora puede llegar, podemos decir que es lo que Dios es, aunque, como he tratado de explicar, exactamente lo que Él es no puede decírnoslo. De lo que Dios es consciente cuando es consciente de sí mismo, sólo Él lo sabe. "Las cosas de Dios nadie las sabe, sino el Espíritu de Dios". Sólo a un igual podría Dios comunicar el misterio de Su Divinidad; y pensar que Dios tiene un igual es caer en un absurdo intelectual.

Los atributos divinos son lo que sabemos que es Dios. No los posee como cualidades; son cómo es Dios tal como se revela a sus criaturas. El amor, por ejemplo, no es algo que Dios tiene y que puede crecer o disminuir o dejar de ser. Su amor es el modo de ser de Dios, y cuando ama es simplemente Él mismo. Y lo mismo ocurre con los demás atributos.

*¡Un Dios! ¡Una Majestad! ¡No hay más Dios que
Tú! ¡Unidad sin límites ni extensión! ¡Mar
insondable! Toda vida está fuera de Ti,
y Tu vida es Tu dichosa Unidad.*

Frederick W. Faber

CAPÍTULO 4

La Santísima Trinidad

Dios de nuestros padres, entronizado en la luz, ¡qué rica, qué musical es la lengua de Inglaterra! Sin embargo, cuando intentamos hablar de tus maravillas, nuestras palabras parecen tan pobres y nuestro discurso tan poco melodioso. Cuando consideramos el terrible misterio de Tu Divinidad Trina, nos tapamos la boca con la mano. Ante esa zarza ardiente no pedimos entender, sino sólo que podamos adorarte adecuadamente, Un Dios en Tres Personas. Amén.

Meditar en las tres Personas de la Divinidad es caminar con el pensamiento por el jardín del Edén hacia el este y pisar tierra santa. Nuestro más sincero esfuerzo por captar el incomprensible misterio de la Trinidad debe permanecer para siempre vano, y sólo mediante la más profunda reverencia puede salvarse de la presunción real.

Algunas personas que rechazan todo lo que no pueden explicar han negado que Dios sea una Trinidad. Sometiendo al Altísimo a su frío escrutinio, llegan a la conclusión de que es imposible que sea a la vez Uno y Trino. Olvidan que toda su vida está envuelta en el misterio. Caen en la cuenta de que cualquier explicación real, incluso del fenómeno más simple de la naturaleza, está oculta en la oscuridad y no puede explicarse más de lo que puede explicarse el misterio de la Divinidad.

Todo hombre vive por fe, tanto el no creyente como el santo; el uno por fe en las leyes naturales y el otro por fe en Dios. Todo hombre a lo largo de su vida acepta constantemente sin comprender. El sabio más erudito puede ser reducido al silencio con una simple pregunta: "¿Qué?". La respuesta a esa pregunta yace para siempre en el abismo del desconocimiento más allá de la capacidad de cualquier hombre para descubrirla. "Dios entiende su camino y conoce su lugar", pero el hombre mortal jamás.

Thomas Carlyle, siguiendo a Platón, imagina a un hombre, un profundo pensador pagano, que ha crecido hasta la madurez en alguna cueva oculta y es sacado de repente para ver salir el sol. "Cuál sería su asombro", exclama Carlyle, "¡su embelesado asombro ante el espectáculo que presenciamos diariamente con indiferencia! Con el sentido libre y abierto de un niño, pero con la facultad madura de un hombre, todo su corazón se encendería ante ese espectáculo Esta tierra verde y florida, construida con rocas, los árboles, las montañas, los ríos, los mares que suenan; ese gran mar profundo de azul que nada sobre nuestras cabezas; los vientos que lo barren; la nube negra que se forma, ahora derramando fuego, ahora granizo y lluvia; ¿qué es? ¿Qué? En el fondo aún no lo sabemos; nunca podremos saberlo del todo".

Qué diferentes somos los que nos hemos acostumbrado a ello, los que nos hemos hastiado del asombro. "No es por nuestra superior perspicacia que escapamos a la dificultad", dice Carlyle, "es por nuestra superior ligereza, nuestra falta de atención, nuestra falta de perspicacia. Es por no pensar por lo que dejamos de maravillarnos.... Llamamos electricidad al fuego de la negra nube de trueno, y disertamos eruditamente sobre ella, y la esmerilamos en vidrio y seda: pero ¿qué es? ¿De dónde viene? ¿Adónde va? La ciencia ha hecho mucho por nosotros; pero es una pobre ciencia que nos ocultaría la gran infinitud sagrada y profunda de la Nesciencia, en la que nunca podremos penetrar, y en la que toda la ciencia nada como una mera película superficial. Este mundo, después de todas nuestras ciencias y ciencias, sigue siendo un milagro; maravilloso, inescrutable, mágico y más, para quien quiera pensar en él."

Estas palabras penetrantes, casi proféticas, se escribieron hace más de un siglo, pero ni todos los avances de la ciencia y la tecnología que nos han dejado sin aliento desde

entonces han invalidado una sola palabra ni han dejado obsoleto ni un solo punto o coma. Aun así no lo sabemos. Salvamos las apariencias repitiendo frívolamente la jerga popular de la ciencia. Aprovechamos la poderosa energía que recorre nuestro mundo; la controlamos con la punta de los dedos en nuestros coches y nuestras cocinas; la hacemos trabajar para nosotros como el genio de Aladino, pero seguimos sin saber lo que es. El secularismo, el materialismo y la presencia intrusa de las cosas han apagado la luz de nuestras almas y nos han convertido en una generación de zombis. Cubrimos nuestra profunda ignorancia con palabras, pero nos avergüenza preguntarnos, nos da miedo susurrar "misterio".

La Iglesia no ha dudado en enseñar la doctrina de la Trinidad. Sin pretender comprender, ha dado su testimonio, ha repetido lo que enseñan las Sagradas Escrituras. Algunos niegan que las Escrituras enseñen la Trinidad de la Divinidad alegando que toda la idea de la trinidad en la unidad es una contradicción en los términos; pero puesto que no podemos entender la caída de una hoja al borde del camino o la eclosión de un huevo de petirrojo en el nido de allá, ¿por qué debería ser la Trinidad un problema para nosotros? "Pensamos más excelsamente de Dios", dice Miguel de Molinos, "sabiendo que es incomprendible, y está por encima de nuestro entendimiento, que concibiéndole bajo cualquier imagen, y belleza de criatura, según nuestro rudo entendimiento."

No todos los que se llamaron cristianos a lo largo de los siglos eran trinitarios, pero así como la presencia de Dios en la columna de fuego brilló sobre el campamento de Israel durante la travesía del desierto, diciendo a todo el mundo: "Este es mi pueblo", así la creencia en la Trinidad ha brillado desde los días de los apóstoles sobre la Iglesia del Primogénito en su peregrinar a lo largo de los años. Pureza y poder han seguido a esta fe. Bajo esta bandera han salido apóstoles, padres, mártires, místicos, himnistas, reformadores, renovadores, y el sello de la aprobación divina ha descansado sobre sus vidas y sus trabajos. Por más que hayan diferido en asuntos menores, la doctrina de la Trinidad los unió.

Lo que Dios declara, el corazón creyente lo confiesa sin necesidad de más pruebas. En efecto, buscar pruebas es admitir la duda, y obtener pruebas es hacer superflua la fe. Todo el que posea el don de la fe reconocerá la sabiduría de aquellas atrevidas palabras de uno de los primeros padres de la Iglesia: "Creo que Cristo murió por mí porque es increíble; creo que resucitó porque es imposible".

Esa fue la actitud de Abraham, que contra toda evidencia se mantuvo firme en la fe, dando gloria a Dios. Fue la actitud de Anselmo, "el segundo Agustín", uno de los más grandes pensadores de la era cristiana, que sostenía que la fe debe preceder a todo esfuerzo por comprender. La reflexión sobre la verdad revelada sigue naturalmente al advenimiento de la fe, pero la fe llega primero al oído que escucha, no a la mente que reflexiona. El hombre creyente no reflexiona sobre la Palabra y llega a la fe mediante un proceso de razonamiento, ni busca la confirmación de la fe en la filosofía o la ciencia. Su clamor es: "Tierra, tierra, escucha la palabra del Señor. Sí, que Dios sea veraz, pero todo hombre mentiroso". "

¿Es esto descartar la erudición como sin valor en la esfera de la religión revelada? En absoluto. El erudito tiene una tarea de vital importancia que desempeñar dentro de un recinto cuidadosamente prescrito. Su tarea es garantizar la pureza del texto, acercarse lo más posible a la Palabra tal como fue dada originalmente. Puede comparar Escritura con Escritura hasta que haya descubierto el verdadero significado del texto. Pero ahí termina su autoridad. Nunca debe juzgar lo que está escrito. No se atreve a llevar el significado de la Palabra ante la barra de su razón. No se atreve a recomendar o condenar la Palabra como razonable o irrazonable, científica o acientífica. Una vez descubierto el significado, ese significado lo juzga a él; él nunca lo juzga.

La doctrina de la Trinidad es una verdad para el corazón. Sólo el espíritu del hombre puede atravesar el velo y penetrar en ese Santo de los Santos. "Déjame buscarte con anhelo," suplicó Anselmo, "déjame anhelarte en la búsqueda; déjame encontrarte en el amor, y amarte en la búsqueda". El amor y la fe están en casa en el misterio de la Divinidad. Que la razón se arrodille en reverencia fuera.

Cristo no dudó en utilizar la forma plural al hablar de sí mismo junto con el Padre y el Espíritu. "Vendremos a él y haremos morada en él". Otra vez dijo: "Yo y mi Padre somos uno". Es muy importante que pensemos en Dios como Trinidad en Unidad, sin confundir las Personas ni dividir la Sustancia. Sólo así podremos pensar correctamente de Dios y de una manera digna de Él y de nuestras propias almas.

Fue la pretensión de nuestro Señor de ser igual al Padre lo que indignó a los religiosos de su tiempo y lo que condujo finalmente a su crucifixión. El ataque a la doctrina de la Trinidad, dos siglos más tarde, por parte de Arrio y otros, también iba dirigido contra la pretensión de deidad de Cristo. Durante la controversia arriana 318 padres de la Iglesia (muchos de ellos mutilados y marcados por la violencia física sufrida en anteriores persecuciones) se reunieron en Nicea y adoptaron una declaración de fe, uno de cuyos apartados reza así:

*Creo en un solo Señor Jesucristo,
Hijo unigénito de Dios,
Engendrado por Él antes de todos
los siglos, Dios de Dios, Luz de
Luz,
Dios Mismo de Dios Mismo, Engendrado, no
hecho, Siendo de una sustancia con el Padre,
Por quien todas las cosas fueron hechas.*

Durante más de mil seiscientos años ha sido la prueba final de la ortodoxia, como debe ser, pues condensa en lenguaje teológico la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la posición del Hijo en la Divinidad.

El Credo de Nicea también rinde homenaje al Espíritu Santo como Dios e igual al Padre y al Hijo:

*Creo en el Espíritu Santo,
Señor y dador de vida,
Que procede del Padre y del Hijo, Que con el
Padre y el Hijo juntos
Es adorado y glorificado.*

Aparte de la cuestión de si el Espíritu procede sólo del Padre o del Padre y del Hijo, este principio del antiguo credo ha sido mantenido por las ramas oriental y occidental de la Iglesia y por todos los cristianos, salvo una pequeña minoría.

Los autores del Credo de Atanasio explicaron con sumo cuidado la relación de las tres Personas entre sí, llenando las lagunas del pensamiento humano en la medida de sus posibilidades y manteniéndose dentro de los límites de la Palabra inspirada. "En esta Trinidad", dice el Credo, "nada es antes ni después, nada es mayor ni menor: sino las tres Personas coeternas, juntas e iguales".

¿Cómo armonizan estas palabras con el dicho de Jesús: "Mi Padre es mayor que yo"? Aquellos antiguos teólogos lo sabían, y escribieron en el Credo: "Igual a Su Padre, en cuanto a Su Deidad; menor que el Padre, en cuanto a Su humanidad", y esta interpretación se recomienda a todo buscador de la verdad de mente seria en una región donde la luz es casi cegadora.

Para redimir a la humanidad, el Hijo Eterno no abandonó el seno del Padre; mientras caminaba entre los hombres se refirió a Sí mismo como "el Hijo unigénito que está en el seno del Padre", y volvió a hablar de Sí mismo como "el Hijo del hombre que está en los cielos". Concedemos aquí el misterio, pero no la confusión. En Su encarnación, el Hijo veló Su deidad, pero no la anuló. La unidad de la Deidad hizo imposible que renunciara a nada de Su deidad. Cuando asumió la naturaleza humana, no se degradó ni se hizo menos de lo que era antes, ni siquiera por un tiempo. Dios nunca puede ser menos que Él mismo. Es impensable que Dios se convierta en algo que no ha sido.

Las Personas de la Divinidad, siendo una, tienen una sola voluntad. Trabajan siempre juntas, y ni el más mínimo acto es realizado por una de ellas sin la aquiescencia instantánea de las otras dos. Cada acto de Dios es realizado por la Trinidad en Unidad. Aquí, por supuesto, nos vemos empujados por la necesidad a concebir a Dios en términos humanos. Estamos pensando en Dios por analogía con el hombre, y el resultado no puede estar a la altura de la verdad última; sin embargo, si hemos de pensar en Dios, debemos hacerlo adaptando pensamientos y palabras de criatura al Creador. Es un error real, aunque comprensible, concebir que las Personas de la Divinidad dialoguen entre sí y lleguen a un acuerdo mediante el intercambio de pensamientos, como hacen los humanos. Siempre me ha parecido que Milton introduce un elemento de debilidad en su célebre Paraíso Perdido cuando presenta a las Personas de la Divinidad conversando entre sí sobre la redención de la raza humana.

Cuando el Hijo de Dios caminaba por la tierra como Hijo del Hombre, hablaba a menudo con el Padre y el Padre le respondía de nuevo; como Hijo del Hombre, ahora intercede ante Dios por Su pueblo. El diálogo entre el Padre y el Hijo registrado en las Escrituras debe entenderse siempre entre el Padre Eterno y el Hombre Cristo Jesús. Esa comunión instantánea e inmediata entre las Personas de la Divinidad, que existe desde toda la eternidad, no conoce sonido, esfuerzo ni movimiento.

*En medio de los silencios eternos
Nadie oyó sino Aquel que siempre
hablaba, Y el silencio fue
ininterrumpido.
¡Oh, maravilloso! ¡Oh
adorable! No se oye canto ni
sonido alguno,
Pero en todas partes y a todas
horas En amor, en sabiduría y
en poder,
El Padre habla Su querida Palabra Eterna.*

Frederick W. Faber

Una creencia popular entre los cristianos divide la obra de Dios entre las tres Personas, dando una parte específica a cada una, como, por ejemplo, la creación al Padre, la redención al Hijo y la regeneración al Espíritu Santo. Esto es cierto en parte, pero no del todo, porque Dios no puede dividirse de tal manera que una Persona trabaje mientras la otra permanece inactiva. En las Escrituras se muestra que las tres Personas actúan en armoniosa unidad en todas las obras poderosas que se realizan en todo el universo.

En las Sagradas Escrituras, la obra de la creación se atribuye al Padre (Gn 1,1), al Hijo (Col 1,16) y al Espíritu Santo (Job 26,13 y Sal 104,30). La encarnación se muestra como realizada por las tres Personas en pleno acuerdo (Lc 1, 35), aunque sólo el Hijo se hizo carne para habitar entre nosotros. En el bautismo de Cristo, el Hijo salió del agua, el Espíritu descendió sobre Él y la voz del Padre habló desde el cielo (Mt. 3:16, 17).

Probablemente la descripción más hermosa de la obra de expiación se encuentra en Hebreos 9:14, donde se afirma que Cristo, por medio del Espíritu Eterno, se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios; y allí contemplamos a las tres personas operando juntas.

La resurrección de Cristo se atribuye también al Padre (Hch 2,32), al Hijo (Jn 10,17-18) y al Espíritu Santo (Rm 1,4). El apóstol Pedro muestra que la salvación del hombre individual es obra de las tres Personas de la Divinidad (1 Pe. 1:2), y se dice que la inhabitación del alma del hombre cristiano es obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Jn. 14:15-23).

La doctrina de la Trinidad, como he dicho antes, es una verdad para el corazón. El hecho de que no pueda ser explicada satisfactoriamente, en lugar de estar en su contra, está a su favor. Tal verdad tenía que ser revelada; nadie podría haberla imaginado.

¡Oh Santísima Trinidad!

¡Oh, Majestad más simple! ¡Oh Tres en Uno! Tú eres por siempre sólo Dios. ¡Santa Trinidad! Bendito Tres igual.

Un solo Dios, te alabamos.

Frederick W. Faber

CAPÍTULO 5

La autoexistencia de Dios

¡Señor de todo ser! Sólo Tú puedes afirmar YO SOY EL QUE SOY; sin embargo, nosotros, que estamos hechos a Tu imagen, podemos repetir cada uno "Yo soy", confesando así que derivamos de Ti y que nuestras palabras no son más que un eco de las Tuyas. Te reconocemos como el gran Original del que, por Tu bondad, somos copias agradecidas aunque imperfectas. Te adoramos, Padre Eterno. Amén.

"Dios no tiene origen", dijo Novaciano, y es precisamente este concepto de no-origen lo que distingue Aquello-que-es-Dios de lo que no es Dios.

Origen es una palabra que sólo puede aplicarse a las cosas creadas. Cuando pensamos en algo que tiene origen no estamos pensando en Dios. Dios es autoexistente, mientras que todas las cosas creadas se originaron necesariamente en algún lugar en algún momento. Aparte de Dios, nada es autocausado.

Mediante nuestro esfuerzo por descubrir el origen de las cosas confesamos nuestra creencia de que todo fue hecho por Alguien que no estaba hecho de nada. La experiencia familiar nos enseña que todo "procede" de otra cosa. Todo lo que existe debe haber tenido una causa anterior y al menos igual a ella, ya que lo menor no puede producir lo mayor. Cualquier persona o cosa puede ser a la vez la causa y la causa de alguien o algo más; y así, volvemos a Aquel que es la causa de todo, pero que no es causado por nadie.

Con su pregunta: "¿De dónde viene Dios?", el niño reconoce inconscientemente su condición de criatura. El concepto de causa, fuente y origen ya está firmemente fijado en su mente. Sabe que todo lo que le rodea procede de algo distinto de sí mismo, y simplemente extiende ese concepto hacia Dios. El pequeño filósofo está pensando en el verdadero idioma de las criaturas y, teniendo en cuenta su falta de información básica, está razonando correctamente. Hay que decirle que Dios no tiene origen, lo que le resultará difícil de comprender, ya que introduce una categoría con la que no está familiarizado en absoluto y contradice la tendencia a la búsqueda del origen tan profundamente arraigada en todos los seres inteligentes, tendencia que les impulsa a sondear siempre hacia atrás y hacia atrás, hacia comienzos no descubiertos.

Pensar firmemente en aquello a lo que no se puede aplicar la idea de origen no es fácil, si es que es posible. Del mismo modo que, bajo ciertas condiciones, se puede ver un pequeño punto de luz, no mirándolo directamente, sino enfocando los ojos ligeramente hacia un lado, lo mismo ocurre con la idea de lo Increado. Cuando intentamos enfocar nuestro pensamiento en Aquel que es puro ser increado, puede que no veamos nada en absoluto, porque Él habita en la luz a la que ningún hombre puede acercarse. Sólo por la fe y el amor somos capaces de vislumbrarle cuando pasa junto a nuestro refugio en la hendidura de la roca. "Y aunque este conocimiento es muy turbio, vago y general", dice Miguel de Molinos, siendo sobrenatural, produce una cognición de Dios mucho más clara y perfecta que cualquier aprehensión sensible o particular que pueda formarse en esta vida; ya que todas las imágenes corpóreas y sensibles están inconmensurablemente alejadas de Dios."

La mente humana, al ser creada, siente una incomodidad comprensible ante lo Increado. No nos resulta cómodo admitir la presencia de Alguien que está totalmente fuera del círculo de nuestro conocimiento familiar. Tendemos a inquietarnos ante la idea de Alguien que no nos da cuenta de Su existencia, que no es responsable ante nadie, que es autoexistente, autodependiente y autosuficiente.

La filosofía y la ciencia no siempre han sido amistosas con la idea de Dios, ya que se dedican a la tarea de dar cuenta de las cosas y se impacientan con todo lo que se niega a dar cuenta de sí mismo. El filósofo y el científico admitirá que hay muchas cosas que no sabe; pero eso es muy distinto de admitir que hay algo que nunca podrá saber y que, de hecho, no tiene ninguna técnica para descubrir.

Admitir que hay Alguien que está más allá de nosotros, que existe fuera de todas nuestras categorías, a quien no se le puede dar un nombre, que no comparece ante la barra de nuestra razón, ni se somete a nuestras curiosas indagaciones: esto requiere una gran dosis de humildad, más de la que la mayoría de nosotros poseemos, así que salvamos las apariencias pensando que Dios está a nuestro nivel, o al menos hasta donde podemos manejarlo. Sin embargo, ¡cómo se nos escapa! Está en todas partes y en ninguna, porque el "dónde" tiene que ver con la materia y el espacio, y Dios es independiente de ambos. No se ve afectado por el tiempo ni por el movimiento, depende totalmente de sí mismo y no debe nada a los mundos que sus manos han creado.

*Sin tiempo, sin espacio, solo,
solitario, y sin embargo
sublimemente Tres,
Tú eres grandioso, siempre,
¡sólo Dios es Unidad!
Solitario en grandeza, solitario en gloria,
¿Quién contará tu maravillosa historia? ¡Terrible Trinidad!*

Frederick W. Faber

No es un pensamiento alegre que millones de nosotros que vivimos en una tierra de Biblias, que pertenecemos a iglesias y trabajamos para promover la religión cristiana, podamos pasar toda nuestra vida en esta tierra sin haber pensado o intentado pensar seriamente en el ser de Dios. Pocos de nosotros hemos dejado que nuestros corazones contemplan maravillados al YO SOY, el Ser auto-existente detrás del cual ninguna criatura puede pensar. Tales pensamientos son demasiado dolorosos para nosotros. Preferimos pensar donde sea más útil: en cómo construir una ratonera mejor, por ejemplo, o en cómo hacer que crezcan dos briznas de hierba donde antes crecía una. Y por ello estamos pagando un precio demasiado alto: la secularización de nuestra religión y la decadencia de nuestra vida interior.

Tal vez algún cristiano sincero pero perplejo desee preguntarse en este momento sobre la utilidad de conceptos como los que intento exponer aquí. "¿Qué relación tiene esto con mi vida?", puede preguntarse.

"¿Qué sentido puede tener para mí y para otros como yo la autoexistencia de Dios en un mundo como éste y en tiempos como éstos?"

A esto respondo que, puesto que somos obra de Dios, todos nuestros problemas y sus soluciones son teológicos. Para tener una buena filosofía de la vida y una visión sana del mundo, es indispensable saber qué clase de Dios es el que maneja el universo.

El muy citado consejo de Alexander Pope, Conócete a ti mismo, no presumas de que Dios te escudriñe: El verdadero estudio de la humanidad es el hombre,

si se siguiera al pie de la letra, destruiría toda posibilidad de que el hombre se conociera a sí mismo de un modo que no fuera el más superficial. Nunca podremos saber quiénes somos hasta que sepamos al menos algo de lo que es Dios. Por esta razón, la autoexistencia de Dios no es una doctrina árida, académica y remota, sino que está tan cerca como nuestro aliento y es tan práctica como la última técnica quirúrgica.

Por razones que sólo Él conoce, Dios honró al hombre por encima de todos los demás seres creándolo a su imagen y semejanza. Y entiéndase bien que la imagen divina en el hombre no es una fantasía poética, no es una idea nacida de un anhelo religioso. Es un hecho teológico sólido,

enseñada claramente en las Sagradas Escrituras y reconocida por la Iglesia como una verdad necesaria para la recta comprensión de la fe cristiana.

El hombre es un ser creado, un ser derivado y contingente, que por sí mismo no posee nada, sino que depende en cada momento para su existencia de Aquel que lo creó a Su semejanza. El hecho de Dios es necesario para el hecho del hombre. Si Dios desaparece, el hombre no tiene base de existencia.

Que Dios lo es todo y el hombre nada es un principio básico de la fe y la devoción cristianas; y aquí las enseñanzas del cristianismo coinciden con las de las religiones más avanzadas y filosóficas de Oriente. El hombre, con todo su genio, no es más que un eco de la Voz original, un reflejo de la Luz increada. Como un rayo de sol parece cuando se le separa del sol, así el hombre, separado de Dios, volvería al vacío de la nada del que saltó por primera vez a la llamada creadora.

No sólo el hombre, sino todo lo que existe surgió del continuo impulso creador y depende de él. "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Todo fue hecho por él y sin él no fue todo lo que ha sido hecho". Así lo explica Juan, y con él concuerda el apóstol Pablo: "Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que están en los cielos y las que están en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades: todo fue creado por él y para él; y él es antes de todas las cosas, y en él todas las cosas subsisten." A este testimonio añade su voz el escritor a los Hebreos, testificando de Cristo que Él es el resplandor de la gloria de Dios y la imagen expresa de su Persona, y que Él sostiene todas las cosas por la palabra de su poder.

En esta total dependencia de todas las cosas de la voluntad creadora de Dios reside la posibilidad tanto de la santidad como del pecado. Una de las marcas de la imagen de Dios en el hombre es su capacidad de ejercer una elección moral. La enseñanza del cristianismo es que el hombre eligió ser independiente de Dios y confirmó su elección desobedeciendo deliberadamente un mandato divino. Este acto violó la relación que normalmente existía entre Dios y su criatura; rechazó a Dios como fundamento de la existencia y arrojó al hombre sobre sí mismo. A partir de entonces no se convirtió en un planeta que gira en torno al Sol central, sino en un sol por derecho propio, en torno al cual debe girar todo lo demás.

No podría imaginarse una afirmación más positiva de la mismidad que aquellas palabras de Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Todo lo que Dios es, todo lo que es Dios, se expone en esa declaración sin reservas de ser independiente. Sin embargo, en Dios, el yo no es pecado, sino la quintaesencia de toda bondad, santidad y verdad posibles.

El hombre natural es pecador porque y sólo porque desafía el ser de Dios en relación con el suyo. En todo lo demás puede aceptar de buen grado la soberanía de Dios; en su propia vida la rechaza. Para él, el dominio de Dios termina donde empieza el suyo. Para él, el yo se convierte en Sí mismo, y en esto imita inconscientemente a Lucifer, ese hijo caído de la mañana que dijo en su corazón: "Subiré al cielo, elevaré mi trono por encima de las estrellas de Dios. Seré como el Altísimo".

Sin embargo, el yo es tan sutil que casi nadie es consciente de su presencia. Porque el hombre nace rebelde, no es consciente de que lo es. Su constante afirmación del yo, en la medida en que piensa en ello, le parece algo perfectamente normal. Está dispuesto a compartirse, a veces incluso a sacrificarse por un fin deseado, pero nunca a destronarse a sí mismo. Por mucho que descienda en la escala de la aceptación social, a sus ojos sigue siendo un rey en un trono, y nadie, ni siquiera Dios, puede arrebatárselo.

El pecado tiene muchas manifestaciones, pero su esencia es una. Un ser moral, creado para adorar ante el trono de Dios, se sienta en el trono de su propio yo y desde esa posición elevada declara: "YO SOY". Eso es pecado en su esencia concentrada; sin embargo, porque es natural, parece ser bueno. Sólo cuando en el Evangelio el alma es llevada ante el rostro del Santísimo sin el escudo protector de la ignorancia, la espantosa incongruencia moral es traída a la conciencia. En el lenguaje de la evangelización, se dice que el hombre que se enfrenta así a la presencia ardiente de Dios Todopoderoso está bajo convicción. Cristo se refirió a esto cuando dijo del Espíritu que enviaría al mundo: "Y cuando venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio".

El primer cumplimiento de estas palabras de Cristo tuvo lugar en Pentecostés, después de que Pedro hubiera predicado el primer gran sermón cristiano. "Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?". Este "¿Qué haremos?" es el grito profundo del corazón de todo hombre que de repente se da cuenta de que es un usurpador y está sentado en un trono robado. Por dolorosa que sea, es precisamente esta aguda consternación moral la que produce el verdadero arrepentimiento y hace un cristiano robusto después de que el penitente ha sido destronado y ha encontrado el perdón y la paz a través del Evangelio.

"La pureza del corazón es querer una cosa", dijo Kierkegaard, y con igual verdad podemos darle la vuelta y declarar: "La esencia del pecado es querer una cosa", porque oponer nuestra voluntad a la voluntad de Dios es destronar a Dios y hacernos supremos en el pequeño reino de Mansoul. Este es el pecado en su raíz maligna. Los pecados pueden multiplicarse como las arenas a la orilla del mar, pero sin embargo son uno. Los pecados son porque el pecado es. Este es el razonamiento detrás de la tan difamada doctrina de la depravación natural que sostiene que el hombre independiente no puede hacer otra cosa que pecar y que sus buenas obras en realidad no son buenas en absoluto. Sus mejores obras religiosas Dios las rechaza como rechazó la ofrenda de Caín. Sólo cuando ha restituido a Dios su trono robado son aceptables sus obras.

La lucha del hombre cristiano por ser bueno, mientras la inclinación hacia la autoafirmación aún vive en él como una especie de reflejo moral inconsciente, es descrita vívidamente por el apóstol Pablo en el capítulo séptimo de su Epístola Romana; y su testimonio concuerda plenamente con la enseñanza de los profetas. Ochocientos años antes del advenimiento de Cristo, el profeta Isaías identificó el pecado con la rebelión contra la voluntad de Dios y la afirmación del derecho de cada hombre a elegir por sí mismo el camino que ha de seguir. "Todos nosotros nos descarriamos como ovejas", dijo, "cada uno se apartó por su camino", y creo que nunca se ha dado una descripción más exacta del pecado.

El testimonio de los santos ha estado en plena armonía con el profeta y el apóstol, en el sentido de que un principio interno del yo yace en la fuente de la conducta humana, convirtiendo en maldad todo lo que los hombres hacen. Para salvarnos completamente, Cristo debe invertir la inclinación de nuestra naturaleza; debe plantar un nuevo principio dentro de nosotros, de modo que nuestra conducta subsiguiente brote del deseo de promover el honor de Dios y el bien de nuestros semejantes. Los viejos pecados propios deben morir, y el único instrumento por el cual pueden ser asesinados es la Cruz. "Si alguno viene en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame", dijo nuestro Señor, y años más tarde el victorioso Pablo pudo decir: "Con Cristo estoy juntamente crucificado; mas vivo, y no yo, mas vive Cristo en mí."

*Dios mío, ¡mantendrá el pecado su
poder y en mi alma vivirá desafiante!
No basta con que perdones, la cruz debe alzarse y el yo ser inmolado.
Oh Dios de amor, revela tu poder:*

No basta con que Cristo resucite, yo también debo buscar los cielos luminosos, y resucitar de la muerte, como Cristo resucitó.
Himno griego

CAPÍTULO 6

La autosuficiencia de Dios

Enséñanos, oh Dios, que nada es necesario para Ti. Si algo Te fuera necesario, sería la medida de Tu imperfección: ¿y cómo podríamos adorar a alguien que es imperfecto? Si nada es necesario para Ti, entonces nadie es necesario, y si nadie, entonces nosotros no. Tú nos buscas aunque no nos necesitas. Te buscamos porque Te necesitamos, porque en Ti vivimos, nos movemos y existimos. Amén

"El Padre tiene vida en sí mismo", dijo nuestro Señor, y es característico de su enseñanza que en una breve frase exponga una verdad tan elevada que trasciende los más altos alcances del pensamiento humano. Dios, dijo, es autosuficiente; Él es lo que es en Sí mismo, en el sentido final de esas palabras.

Todo lo que Dios es, y todo lo que Dios es, está en Él mismo. Toda vida está en Dios y procede de Dios, ya sea la forma más baja de vida inconsciente o la vida altamente autoconsciente e inteligente de un serafín. Ninguna criatura tiene vida en sí misma; toda vida es un don de Dios.

La vida de Dios, por el contrario, no es un don de otro. Si hubiera otro de quien Dios pudiera recibir el don de la vida, o cualquier otro don, ese otro sería Dios de hecho. Una manera elemental pero correcta de pensar en Dios es como Aquel que lo contiene todo, que da todo lo que se da, pero que no puede recibir nada que no haya dado primero.

Admitir la existencia de una necesidad en Dios es admitir la incompletitud del Ser divino. Necesidad es una palabra de criatura y no puede hablarse del Creador. Dios tiene una relación voluntaria con todo lo que ha hecho, pero

Él no tiene ninguna relación necesaria con nada fuera de sí mismo. Su interés en Sus criaturas surge de Su soberano beneplácito, no de ninguna necesidad que esas criaturas puedan suplir ni de ninguna plenitud que puedan aportar a Aquel que está completo en Sí mismo.

Una vez más, debemos invertir el flujo familiar de nuestros pensamientos y tratar de comprender lo que es único, lo que por sí solo es cierto en esta situación y en ninguna otra. Nuestros hábitos comunes de pensamiento permiten la existencia de la necesidad entre las cosas creadas. Nada es completo en sí mismo, sino que necesita algo fuera de sí para existir. Todas las cosas que respiran necesitan aire; todo organismo necesita alimento y agua. Si quitáramos el aire y el agua de la tierra, toda la vida perecería al instante. Se puede afirmar como un axioma que, para mantenerse con vida, toda cosa creada necesita alguna otra cosa creada, y todas las cosas necesitan a Dios. Sólo a Dios le es necesario todo.

El río se agranda por sus afluentes, pero ¿dónde está el afluente que puede agrandar a Aquel de quien salió todo y a cuya plenitud infinita debe su ser toda la creación?

*Mar Insondable:
toda la vida está fuera de Ti,
Y Tu vida es Tu dichosa Unidad.*

Frederick W. Faber

El problema de por qué Dios creó el universo sigue preocupando a los hombres pensantes; pero si no podemos saber por qué, al menos podemos saber que Él no creó sus mundos para

satisfacer alguna necesidad insatisfecha en Sí mismo, como un hombre podría construir una casa para resguardarse del frío invernal o plantar un campo de maíz para proveerse del alimento necesario. La palabra necesario es totalmente ajena a Dios.

Puesto que Él es el Ser supremo sobre todo, se deduce que Dios no puede ser elevado. Nada está por encima de Él, nada más allá de Él. Cualquier movimiento en Su dirección es elevación para la criatura; alejarse de Él, descenso. Él mantiene Su posición por Sí mismo y sin permiso de nadie. Así como nadie puede ascenderle, tampoco nadie puede degradarle. Está escrito que Él sostiene todas las cosas por la palabra de Su poder. ¿Cómo puede ser elevado o sostenido por las cosas que Él sostiene?

Si todos los seres humanos se quedaran ciegos de repente, el sol seguiría brillando de día y las estrellas de noche, pues éstas no deben nada a los millones de personas que se benefician de su luz. Por lo tanto, si todos los hombres de la tierra se volvieran ateos, esto no afectaría a Dios en modo alguno. Él es lo que es en Sí mismo sin tener en cuenta a ningún otro. Creer en Él no añade nada a Sus perfecciones; dudar de Él no le quita nada.

Dios todopoderoso, por el mero hecho de serlo, no necesita apoyo. La imagen de un Dios nervioso y congado que adula a los hombres para ganarse su favor no es agradable; sin embargo, si nos fijamos en la concepción popular de Dios, eso es precisamente lo que vemos. El cristianismo del siglo XX ha puesto a Dios en la caridad. Tan elevada es nuestra opinión de nosotros mismos que nos resulta bastante fácil, por no decir agradable, creer que somos necesarios para Dios. Pero la verdad es que Dios no es más grande por nuestro ser, ni sería menos si no existiéramos. Que existimos es totalmente por libre determinación de Dios, no por nuestro desierto ni por necesidad divina.

Probablemente, el pensamiento más difícil de aceptar para nuestro egoísmo natural es que Dios no necesita nuestra ayuda. Solemos representarlo como un Padre ocupado, ansioso y algo frustrado, que se apresura a buscar ayuda para llevar a cabo su benevolente plan de traer la paz y la salvación al mundo, pero, como dijo la Dama Juliana: "Vi verdaderamente que Dios lo hace todo, aunque nunca sea tan poco". El Dios que todo lo hace, ciertamente no necesita ayuda ni ayudantes.

Demasiados llamamientos misioneros se basan en esta supuesta frustración del Dios Todopoderoso. Un orador eficaz puede fácilmente despertar compasión en sus oyentes, no sólo por los paganos, sino por el Dios que ha tratado tan arduamente y por tanto tiempo de salvarlos y ha fracasado por falta de apoyo. Me temo que miles de personas jóvenes entran en el servicio cristiano sin un motivo más elevado que el de ayudar a liberar a Dios de la embarazosa situación en la que su amor le ha metido y de la que sus limitadas habilidades parecen incapaces de sacarle. Añádase a esto un cierto grado de idealismo encomiable y una buena dosis de compasión por los desfavorecidos y se tendrá el verdadero impulso que hay detrás de gran parte de la actividad cristiana actual.

Una vez más, Dios no necesita defensores. Él es el eterno Indefendible. Para comunicarse con nosotros en todos los idiomas que podemos entender, Dios en las Escrituras hace pleno uso de términos militares; pero seguramente nunca fue la intención que pensáramos en el trono de la Majestad en las alturas como si estuviera bajo asedio, con Miguel y sus huestes o algunos otros seres celestiales defendiéndolo de un derrocamiento tormentoso. Pensar así es malinterpretar todo lo que la Biblia nos dice sobre Dios. Ni el judaísmo ni el cristianismo podrían aprobar nociones tan pueriles. Un Dios que debe ser defendido es un Dios que sólo puede ayudarnos mientras alguien le esté ayudando. Sólo podemos contar con Él si gana la batalla c ó s m i c a entre el bien y el mal. Un Dios así no podría inspirar el respeto de los hombres inteligentes; sólo podría despertar su compasión.

Para tener razón debemos pensar dignamente de Dios. Es moralmente imperativo que purguemos de nuestras mentes todos los conceptos innobles de la Deidad y dejemos que Él sea en nuestras mentes el Dios que es en Su universo. La religión cristiana tiene que ver con Dios y el hombre, pero su punto focal es Dios, no el hombre. La única pretensión de importancia del hombre es que fue creado a imagen divina; en sí mismo no es nada. Los salmistas y profetas de las Escrituras se refieren con triste desprecio al hombre débil que respira por la nariz, que crece como la hierba por la mañana sólo para ser cortado y marchitarse antes de la puesta del sol. Que Dios existe para sí mismo y el hombre para la gloria de Dios es la enseñanza enfática de la Biblia. El alto honor de Dios está primero en el cielo como debe estar todavía en la tierra.

De todo esto podemos empezar a entender por qué las Sagradas Escrituras tienen tanto que decir sobre el lugar vital de la fe y por qué tachan la incredulidad de pecado mortal. Entre todos los seres creados, ninguno se atreve a confiar en sí mismo. Sólo Dios confía en sí mismo; todos los demás seres deben confiar en Él. La incredulidad es en realidad una fe pervertida, pues no pone su confianza en el Dios vivo, sino en los hombres moribundos. El incrédulo niega la autosuficiencia de

Dios y usurpa atributos que no son suyos. Este doble pecado deshonra a Dios y, en última instancia, destruye el alma del hombre.

En su amor y piedad, Dios vino a nosotros como Cristo. Esta ha sido la posición constante de la Iglesia desde los días de los apóstoles. Está fijada para la creencia cristiana en la doctrina de la encarnación del Hijo Eterno. En tiempos recientes, sin embargo, esto ha llegado a significar algo diferente y menos de lo que significaba para la iglesia primitiva. El Hombre Jesús, tal como apareció en la carne, ha sido equiparado con la Divinidad y todas sus debilidades y limitaciones humanas atribuidas a la Deidad. La verdad es que el Hombre que caminó entre nosotros fue una demostración, no de deidad sin velo, sino de perfecta humanidad. La terrible majestad de la Divinidad se envolvió misericordiosamente en la suave envoltura de la naturaleza humana para proteger a la humanidad. "Baja", dijo Dios a Moisés en la montaña, "carga al pueblo, no sea que se abran paso hasta el Señor para mirar, y muchos de ellos perezcan"; y más tarde, "No puedes ver mi rostro, porque nadie me verá y vivirá".

Los cristianos de hoy parecen conocer a Cristo sólo según la carne. Intentan alcanzar la comunión con Él despojándole de su ardiente santidad e inalcanzable majestad, los mismos atributos que Él veló mientras estuvo en la tierra, pero que asumió en plenitud de gloria cuando ascendió a la diestra del Padre. El Cristo del cristianismo popular tiene una sonrisa débil y un halo. Se ha convertido en Alguien de Allá Arriba al que le gusta la gente, al menos algunas personas, y éstas están agradecidas pero no demasiado impresionadas. Si ellos le necesitan, Él también les necesita.

No imaginemos que la verdad de la autosuficiencia divina paralizará la actividad cristiana. Más bien estimulará todo esfuerzo santo. Esta verdad, a la vez que es una necesaria reprimenda a la confianza humana en sí misma, cuando la veamos desde su perspectiva bíblica, levantará de nuestras mentes la agotadora carga de la mortalidad y nos animará a tomar el fácil yugo de Cristo y a gastarnos en el trabajo inspirado por el Espíritu para el honor de Dios y el bien de la humanidad. Porque la bendita noticia es que el Dios que no necesita a nadie, con soberana condescendencia, se ha puesto a trabajar por y en y a través de sus hijos obedientes.

Si todo esto parece contradictorio, que así sea. Los diversos elementos de la verdad están en perpetua antítesis, exigiéndonos a veces creer en aparentes opuestos mientras esperamos el momento en que conoceremos como somos conocidos. Entonces la verdad que ahora parece estar en conflicto consigo misma surgirá en unidad resplandeciente y

se verá que el conflicto no ha estado en la verdad sino en nuestras mentes dañadas por el pecado.

Mientras tanto, nuestra realización interior reside en la obediencia amorosa a los mandamientos de Cristo y a las inspiradas amonestaciones de sus apóstoles. "Es Dios quien obra en vosotros". Él no necesita a nadie, pero cuando la fe está presente Él obra a través de cualquiera. Hay dos afirmaciones en esta frase y una vida espiritual sana requiere que aceptemos ambas. Durante toda una generación la primera ha estado en un eclipse casi total, y eso para nuestro profundo perjuicio espiritual.

Fuente de bien, toda bendición fluye de Ti; ninguna carencia conoce Tu plenitud; ¿Qué más que a Ti mismo puedes desear? Sin embargo, autosuficiente como Tú eres,

Tú deseas mi inútil corazón. Esto, sólo esto, quieres. Johann Scheffler

CAPÍTULO 7

La eternidad de Dios

Este día nuestros corazones aprueban con alegría lo que nuestra razón nunca podrá comprender plenamente, ni siquiera Tu eternidad, oh Anciano de Días. ¿No eres Tú desde siempre, Señor, Dios mío, Santo mío?

Te adoramos a Ti, Padre Eterno, cuyos años no tienen fin; y a Ti, Hijo engendrado por el amor, cuyas salidas son eternas; también te reconocemos y adoramos a Ti, Espíritu Eterno, que antes de la fundación del mundo vivías y amabas en igual gloria con el Padre y el Hijo.

Ensancha y purifica las moradas de nuestras almas para que sean aptas moradas para Tu Espíritu, que prefieres ante todos los templos al corazón recto y puro. Amén.

El concepto de eternidad se extiende como una alta cordillera a lo largo de toda la Biblia y ocupa un lugar preponderante en el pensamiento ortodoxo hebreo y cristiano. Si rechazáramos este concepto, nos resultaría del todo imposible volver a pensar en los pensamientos de profetas y apóstoles, tan llenos de los largos sueños de la eternidad.

Dado que los escritores sagrados utilizan a veces la palabra eterno para referirse a algo que no es más que una larga duración (como "las colinas eternas"), algunas personas han argumentado que el concepto de existencia interminable no estaba en la mente de los escritores cuando utilizaron la palabra, sino que fue aportado posteriormente por los teólogos. Esto es, por supuesto, un grave error y, por lo que veo, no tiene fundamento en la erudición seria. Ha sido utilizado por ciertos maestros como un escape de la doctrina del castigo eterno. Estos rechazan la eternidad de la retribución moral, y para ser coherentes se ven obligados a debilitar toda la idea de la infinitud. Este no es el único caso en el que se ha intentado matar una verdad para mantenerla en silencio, no sea que aparezca como testigo material contra un error.

La verdad es que si la Biblia no enseñara que Dios posee un ser sin fin en el sentido último de ese término, nos veríamos obligados a inferirlo de Sus otros atributos, y si las Sagradas Escrituras no tuvieran una palabra para designar la eternidad absoluta, sería necesario que acuñáramos una para expresar el concepto, porque se supone, se implica y generalmente se da por sentado en todas partes a lo largo de las Escrituras inspiradas. La idea de eternidad es para el reino de Dios lo que el carbono es para el reino de la naturaleza. Como el carbono está presente en casi todas partes, como es un elemento esencial en toda la materia viva y suministra energía a toda la vida, el concepto de eternidad es necesario para dar sentido a cualquier doctrina cristiana. De hecho, no conozco ningún principio del credo cristiano que pudiera conservar su significado si se le extrajera la idea de eternidad.

"Desde la eternidad hasta la eternidad, tú eres Dios", dijo Moisés en el Espíritu. "Desde el punto de fuga hasta el punto de fuga" sería otra forma de decirlo muy acorde con las palabras tal como las empleó Moisés. La mente mira hacia atrás en el tiempo hasta que se desvanece el oscuro pasado, luego se vuelve y mira hacia el futuro hasta que el pensamiento y la imaginación se colapsan por agotamiento: y Dios está en ambos puntos, sin verse afectado por ninguno.

El tiempo marca el comienzo de la existencia creada, y como Dios nunca comenzó a existir no puede tener ninguna aplicación para Él. "Comenzó" es una palabra temporal, y no puede tener significado personal para el alto y sublime

Uno que habitaba la eternidad.

Ninguna edad puede amontonar sus años exteriores sobre Ti;

¡Querido Dios! Tú eres; Tú mismo, Tu propia eternidad. Frederick F. Faber

Porque Dios vive en un eterno ahora, no tiene pasado ni futuro. Cuando las palabras tiempo aparecen en las Escrituras se refieren a nuestro tiempo, no al Suyo. Cuando los cuatro seres vivientes ante el trono claman día y noche: "Santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es y el que ha de venir", están identificando a Dios con el flujo de la vida de las criaturas con sus familiares tres tiempos; y esto es correcto y bueno, porque Dios ha querido soberanamente identificarse así. Pero como Dios es increado, no se ve afectado por esa sucesión de cambios consecutivos que llamamos tiempo.

Dios habita en la eternidad, pero el tiempo habita en Dios. Él ya ha vivido todos nuestros mañanas como ha vivido todos nuestros ayeres. Una ilustración de C. S. Lewis puede ayudarnos. Sugiere que pensemos en una hoja de papel infinitamente extendida. Eso sería la eternidad. Luego, en ese papel, dibujemos una línea corta que represente el tiempo. Como la línea comienza y termina en esa extensión infinita, así el tiempo comenzó en Dios y terminará en Él.

Que Dios aparezca al principio del tiempo no es demasiado difícil de comprender, pero que aparezca al principio y al final del tiempo simultáneamente no es tan fácil de entender; sin embargo, es cierto. Conocemos el tiempo por una sucesión de acontecimientos. Es la forma en que explicamos los cambios consecutivos en el universo. Los cambios no se producen todos a la vez, sino en sucesión, uno tras otro, y es la relación del "después" con el "antes" lo que nos da nuestra idea del tiempo. Nosotros esperamos a que el sol se mueva de este a oeste o a que la aguja de las horas se mueva alrededor de la esfera del reloj, pero Dios no está obligado a esperar. Para Él todo lo que va a suceder ya ha sucedido.

Por eso Dios puede decir: "Yo soy Dios, y no hay nadie como yo, que declaro el fin desde el principio". Él ve el fin y el principio en una sola visión. "Porque la duración infinita, que es la eternidad misma, incluye toda sucesión", dice Nicolás de Cusa, "y todo lo que nos parece estar en sucesión no existe con posterioridad a Tu concepto, que es la eternidad.... Así, porque Tú eres Dios todopoderoso, Tú habitas dentro del muro del Paraíso, y este muro es esa coincidencia donde lo posterior es uno con lo anterior, donde el fin es uno con el principio, donde Alfa y Omega son lo mismo.... Pues AHORA y AHORA coinciden en el círculo del muro del Paraíso. Pero, oh mi Dios, el Absoluto y Eterno, es más allá del presente y del pasado que Tú existes y pronuncias el habla".

Cuando era muy anciano, Moisés escribió el salmo que he citado antes en este capítulo. En él celebra la eternidad de Dios. Para él esta verdad es un sólido hecho teológico tan firme y duro como ese Monte Sinaí con el que estaba tan familiarizado, y para él tenía dos significados prácticos: puesto que Dios es eterno, puede ser y continuar siendo para siempre el único hogar seguro para Sus hijos impulsados por el tiempo. "Señor, tú has sido nuestra morada en todas las generaciones". El segundo pensamiento es menos reconfortante: La eternidad de Dios es tan larga y nuestros años en la tierra son tan pocos, ¿cómo estableceremos el trabajo de nuestras manos? ¿Cómo escaparemos a la acción abrasiva de los acontecimientos que nos desgastarían y destruirían? Dios llena y domina el salmo, así que es a Él a quien Moisés hace su lastimera súplica: "Enséñanos, pues, a contar nuestros días, para que apliquemos nuestro corazón a la sabiduría". ¡Que el conocimiento de Tu eternidad no se desperdicie en mí!

Nosotros, que vivimos en esta época nerviosa, haríamos bien en meditar sobre nuestras vidas y nuestros días largo y tendido ante el rostro de Dios y al borde de la eternidad. Porque estamos hechos para la eternidad tan ciertamente como lo estamos para el tiempo, y como seres morales responsables debemos tratar con ambos.

"Ha puesto la eternidad en su corazón", dijo el Predicador, y creo que aquí expone tanto la gloria como la miseria de los hombres. Estar hecho para la eternidad y verse obligado a morar en el tiempo es para la humanidad una tragedia de enormes proporciones. Todo en nosotros clama por la vida y la permanencia,

y todo lo que nos rodea nos recuerda la mortalidad y el cambio. Sin embargo, que Dios nos haya hecho de la materia de la eternidad es tanto una gloria como una profecía aún por cumplir.

Espero que no se considere excesivamente repetitivo si vuelvo de nuevo a ese importante pilar de la teología cristiana que es la imagen de Dios en el hombre. Las marcas de la imagen divina han sido tan oscurecidas por el pecado que no son fáciles de identificar, pero ¿no es razonable creer que una marca puede ser el insaciable ansia de inmortalidad del hombre?

No nos dejarás en el polvo: Tú hiciste al hombre, él no sabe por qué; Él piensa que no fue hecho para morir

Y Tú lo has hecho: Tú eres justo.

Así razona Tennyson, y los instintos más profundos del corazón humano normal están de acuerdo con él. La antigua imagen de Dios susurra dentro de cada hombre la esperanza eterna; en algún lugar seguirá existiendo. Sin embargo, no puede alegrarse, porque la luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo perturba su conciencia, asustándolo con pruebas de culpabilidad y evidencias de la muerte venidera. Así que está molido entre la piedra de molino superior de la esperanza y la piedra inferior del miedo.

Justo aquí aparece la dulce relevancia del mensaje cristiano. "Jesucristo... ha abolido la muerte y ha sacado a la luz la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio". Así escribió el más grande cristiano de todos justo antes de salir al encuentro de su verdugo. La eternidad de Dios y la mortalidad del hombre se unen para persuadirnos de que la fe en Jesucristo no es opcional. Para todo hombre debe ser Cristo o la tragedia eterna. Desde la eternidad, nuestro Señor vino al tiempo para rescatar a sus hermanos humanos, cuya insensatez moral los había convertido no sólo en tontos del mundo pasajero, sino también en esclavos del pecado y de la muerte.

*Breve vida es aquí nuestra porción, Breve pena, efímero cuidado; La vida que no conoce fin, La vida sin lágrimas está allí.
Allí Dios, nuestro Rey y Porción,
En la plenitud de Su gracia, Entonces veremos para siempre, Y adoraremos cara a cara.*

Bernardo de Cluny

CAPÍTULO 8

La infinitud de Dios

Padre Nuestro Celestial: Permítenos ver Tu gloria, aunque sea desde el refugio de la roca hendida y bajo la protección de Tu mano protectora. Cualquiera que sea el costo para nosotros en pérdida de amigos o bienes o duración de días, permítenos conocerte como Tú eres, para que podamos adorarte como debemos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

El mundo es malo, los tiempos se retrasan, y la gloria de Dios se ha alejado de la Iglesia como la nube ardiente se alejó una vez de la puerta del Templo a la vista del profeta Ezequiel.

El Dios de Abraham ha retirado de nosotros su Presencia consciente, y otro Dios que nuestros padres no conocieron se instala entre nosotros. A este Dios lo hemos hecho nosotros y, porque lo hemos hecho nosotros, podemos comprenderlo; porque lo hemos creado nosotros, nunca podrá sorprendernos, nunca podrá "abrumarnos", ni asombrarnos, ni trascendernos.

El Dios de la gloria se reveló a veces como un sol para calentar y bendecir, ciertamente, pero a menudo para asombrar, abrumar y cegar antes de sanar y otorgar la vista permanente. Este Dios de nuestros padres quiere ser el Dios de su raza sucesiva. Sólo tenemos que prepararle una morada en el amor, la fe y la humildad. No tenemos más que desearlo lo suficiente, y Él vendrá y se manifestará a nosotros.

¿Permitiremos que un hombre santo y reflexivo nos exhorte? Escucha a Anselmo; o mejor aún, presta atención a sus palabras:

¡Levántate, hombre ligero! Huye un poco de tus ocupaciones; escóndete por un tiempo de tus pensamientos perturbadores. Desecha ahora tus agobiantes preocupaciones, y aparta tus penosos negocios. Cede un poco de espacio a Dios, y descansa un poco en Él. Entra en la cámara interior de tu mente; excluye todos los pensamientos excepto los de Dios y los que puedan ayudarte a buscarle. Habla ahora, corazón mío. Habla ahora a Dios, diciendo: Busco tu rostro; tu rostro, Señor, buscaré".

De todo lo que se puede pensar o decir sobre Dios, Su Infinitud es lo más difícil de comprender. Incluso tratar de concebirla parecería contradictorio, ya que tal conceptualización requiere que emprendamos algo que, desde el principio, sabemos que nunca podremos lograr. Sin embargo, debemos intentarlo, porque las Sagradas Escrituras enseñan que Dios es infinito y, si aceptamos Sus otros atributos, necesariamente debemos aceptar también éste.

Del esfuerzo a la comprensión, no hay que retroceder porque el camino es difícil y no hay ayudas mecánicas para el ascenso. La vista es mejor más arriba y el viaje no es para los pies sino para el corazón. Busquemos, pues, los "trances del pensamiento y los ascensos de la mente" que Dios tenga a bien concedernos, sabiendo que el Señor a menudo derrama la vista sobre los ciegos y susurra a los niños de pecho y de pecho verdades jamás soñadas por los sabios y prudentes. Ahora los ciegos deben ver y los sordos oír. Ahora debemos esperar recibir los tesoros de las tinieblas y las riquezas ocultas de los lugares secretos.

Infinitud, por supuesto, significa ilimitación, y es obviamente imposible para una mente limitada captar la

Ilimitado. En este capítulo me veo obligado a pensar un paso por debajo de aquello sobre lo que estoy escribiendo, y el lector debe necesariamente pensar un grado por

debajo de aquello sobre lo que está tratando de pensar. ¡Oh, las profundidades de las riquezas tanto de la sabiduría como del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son Sus juicios, y Sus caminos incomprensibles!

La razón de nuestro dilema ya se ha sugerido antes. Intentamos imaginar un modo de ser totalmente ajeno a nosotros y totalmente distinto de todo lo que hemos conocido en nuestro mundo familiar de materia, espacio y tiempo.

"Aquí, y en todas nuestras meditaciones sobre las cualidades y el contenido de Dios", escribe Novaciano, "vamos más allá de nuestro poder de concepción, ni puede la elocuencia humana expresar un poder proporcional a Su grandeza. Ante la contemplación y la expresión de su majestad, toda elocuencia enmudece, todo esfuerzo mental es débil. Porque Dios es más grande que la mente misma. Su grandeza no puede concebirse. Es más, si pudiéramos concebir su grandeza, sería menor que la mente humana que pudiera formarla. Él es más grande que todo lenguaje, y ningún enunciado puede expresarlo. De hecho, si alguna afirmación pudiera expresarlo, Él sería menos que el lenguaje humano, que con tal afirmación podría comprender y reunir todo lo que Él es. Todos nuestros pensamientos acerca de Él serán menores que Él, y nuestras más elevadas expresiones serán trivialidades en comparación con Él".

Desgraciadamente, la palabra infinito no siempre ha tenido su significado exacto, sino que se ha utilizado descuidadamente para significar simplemente mucho o muchísimo, como cuando decimos que un artista se esmera infinitamente con su cuadro o que una profesora muestra una paciencia infinita con su clase. En realidad, la palabra no puede referirse a nada creado ni a nadie más que a Dios. Por lo tanto, discutir sobre si el espacio es infinito o no es jugar con las palabras. La infinitud sólo puede pertenecer a Uno. No puede haber un segundo.

Cuando decimos que Dios es infinito queremos decir que no conoce límites. Sea lo que sea Dios y todo lo que Dios es, Él no tiene límites. Y aquí también debemos romper con el significado popular de las palabras. "Riqueza ilimitada" y "energía ilimitada" son otros ejemplos del mal uso de las palabras. Por supuesto que ninguna riqueza es ilimitada y ninguna energía ilimitada, a menos que estemos hablando de la riqueza y la energía de Dios.

De nuevo, decir que Dios es infinito es decir que no tiene medida. La medida es la forma que tienen las cosas creadas de darse cuenta de sí mismas. Describe limitaciones, imperfecciones, y no puede aplicarse a Dios. El peso describe la atracción gravitatoria de la tierra sobre los cuerpos materiales; la distancia describe los intervalos entre cuerpos en el espacio; la longitud significa extensión en el espacio, y hay otras medidas familiares como las del líquido, la energía, el sonido, la luz, y los números para las pluralidades. También intentamos medir cualidades abstractas, y hablamos de mucha o poca fe, de mucha o poca inteligencia, de grandes o escasos talentos.

¿No es evidente que todo esto no se aplica ni puede aplicarse a Dios? Es la forma en que vemos las obras de Sus manos, pero no la forma en que lo vemos a Él. Él está por encima de todo esto, fuera de ello, más allá de ello. Nuestros conceptos de medida abarcan montañas y hombres, átomos y estrellas, gravedad, energía, números, velocidad, pero nunca a Dios. No podemos hablar de medida o cantidad o tamaño o peso y al mismo tiempo estar hablando de Dios, porque estos hablan de grados y no hay grados en Dios. Todo lo que Él es, lo es sin crecimiento, adición o desarrollo. Nada en Dios es menos o más, o grande o pequeño. Él es lo que es en sí mismo, sin calificativos ni palabras. Él es simplemente Dios.

En el terrible abismo del Ser divino pueden yacer atributos de los que no sabemos nada y que no pueden tener ningún significado para nosotros, del mismo modo que los atributos de misericordia y gracia no pueden tener ningún significado personal para los serafines o querubines. Estos seres santos pueden conocer estas cualidades de Dios, pero ser incapaces de sentirlos con compasión por la razón de que no han pecado y, por tanto, no invocan la misericordia y la gracia de Dios. Así que puede haber, y creo que seguramente los hay, otros aspectos del ser esencial de Dios que Él no ha revelado ni siquiera a Sus hijos rescatados e iluminados por el Espíritu. Estas facetas ocultas de la naturaleza de Dios se refieren a Su relación con nadie más que con Él mismo. Son como el otro lado de la

luna, que sabemos que está ahí pero que nunca ha sido explorada y no tiene un significado inmediato para los hombres de la tierra. No hay razón para que intentemos descubrir lo que no ha sido revelado. Basta con saber que Dios es Dios.

*Tu propio Ser llenando para
siempre Con llama
encendida por ti mismo,
¡En Ti mismo destilas Unciones sin
nombre!
Sin adoración de criaturas, Sin velar Tus rasgos, ¡Dios siempre el mismo!*

Frederick W. Faber

Pero la infinitud de Dios nos pertenece y se nos da a conocer para nuestro provecho eterno. Sin embargo, ¿qué significa para nosotros más allá de la mera maravilla de pensar en ello? Mucho en todos los sentidos, y más a medida que nos vamos conociendo mejor a nosotros mismos y a Dios.

Puesto que la naturaleza de Dios es infinita, todo lo que fluye de ella es también infinito. Nosotros, pobres criaturas humanas, nos vemos constantemente frustrados por las limitaciones que se nos imponen desde fuera y desde dentro. Los días de los años de nuestra vida son pocos, y más rápidos que la lanzadera de un tejedor. La vida es un corto y febril ensayo para un concierto que no podemos quedarnos a dar. Justo cuando parece que hemos alcanzado cierta destreza, nos vemos obligados a dejar nuestros instrumentos. Simplemente no hay tiempo suficiente para pensar, para llegar a ser, para realizar lo que la constitución de nuestra naturaleza indica que somos capaces de hacer.

Qué satisfacción tan completa volvernos de nuestras limitaciones a un Dios que no tiene ninguna. Años eternos yacen en Su corazón. Para Él el tiempo no pasa, permanece; y los que están en Cristo comparten con Él todas las riquezas del tiempo ilimitado y de los años sin fin. Dios nunca tiene prisa. No hay plazos contra los que Él deba trabajar. Sólo saber esto tranquiliza nuestros espíritus y relaja nuestros nervios. Para los que están fuera de Cristo, el tiempo es una bestia devoradora; ante los hijos de la nueva creación, el tiempo se agazapa, ronronea y lame sus manos. El enemigo de la vieja raza humana se convierte en el amigo de la nueva, y las estrellas en sus cursos luchan por el hombre que Dios se deleita en honrar. Esto podemos aprender de la infinitud divina.

Pero hay más. Los dones de Dios en la naturaleza tienen sus limitaciones. Son finitos porque han sido creados, pero el don de la vida eterna en Cristo Jesús es tan ilimitado como Dios. El hombre cristiano posee la propia vida de Dios y comparte con Él su infinitud. En Dios hay vida suficiente para todos y tiempo suficiente para disfrutarla. Todo lo que posee vida natural recorre su ciclo desde el nacimiento hasta la muerte y deja de ser, pero la vida de Dios vuelve sobre sí misma y no cesa nunca. Y ésta es la vida eterna: conocer al único Dios verdadero y a Jesucristo, a quien Él ha enviado.

La misericordia de Dios también es infinita, y el hombre que ha sentido el dolor desgarrador de la culpa interior sabe que esto es más que académico. "Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia". El pecado que abunda es el terror del mundo, pero la gracia que abunda es la esperanza de la humanidad. Por mucho que abunde el pecado, sigue teniendo sus límites, pues es el producto de mentes y corazones finitos; pero el "mucho más" de Dios nos introduce en la infinitud. A nuestra profunda enfermedad de criatura se opone la infinita capacidad de Dios para curar.

El testimonio cristiano a lo largo de los siglos ha sido que "tanto amó Dios al mundo..."; nos queda ver ese amor a la luz de la infinitud de Dios. Su amor no tiene medida. Es más: no tiene límites. No tiene límites, porque no es una cosa, sino una faceta de la

naturaleza esencial de Dios. Su amor es algo que Él es, y porque Él es infinito ese amor puede envolver todo el mundo creado en sí mismo y tener espacio para diez mil veces diez mil mundos más.

*Este, este es el Dios que adoramos,
Nuestro fiel e inmutable Amigo, Cuyo amor es tan grande como Su poder,
Y no conoce medida ni fin.
Es Jesús, el primero y el último,
Cuyo Espíritu nos guiará seguros a casa; Le alabamos por todo lo pasado,
Y confía en Él para todo lo que está por venir. Joseph Hart*

CAPÍTULO 9

La inmutabilidad de Dios

Oh Cristo, Señor nuestro, Tú has sido nuestra morada en todas las generaciones. Como los conejos a su roca, así hemos corrido a Ti en busca de seguridad; como las aves de sus andanzas, así hemos volado a Ti en busca de paz. El azar y el cambio están ocupados en nuestro pequeño mundo de la naturaleza y de los hombres, pero en Ti no encontramos variabilidad ni sombra de cambio. Descansamos en Ti sin temor ni duda y afrontamos nuestro mañana sin ansiedad. Amén.

La inmutabilidad de Dios es uno de los atributos menos difíciles de comprender, pero para captarla debemos disciplinarnos para separar los pensamientos habituales con los que pensamos en las cosas creadas de los más raros que surgen cuando tratamos de asirnos a lo que pueda comprenderse de Dios.

Decir que Dios es inmutable es decir que nunca difiere de Sí mismo. El concepto de un Dios que crece o se desarrolla no se encuentra en las Escrituras. Me parece imposible pensar que Dios varíe de Sí mismo en modo alguno. He aquí por qué:

Para que un ser moral cambie sería necesario que el cambio se produjera en una de estas tres direcciones. Debe ir de mejor a peor o de peor a mejor; o, concediendo que la cualidad moral permanezca estable, debe cambiar dentro de sí mismo, como de miniatura a madurez o de un orden de ser a otro. Debe quedar claro que Dios no puede moverse en ninguna de estas direcciones. Sus perfecciones excluyen para siempre tal posibilidad.

Dios no puede cambiar para mejor. Puesto que Él es perfectamente santo, nunca ha sido menos santo de lo que es ahora y nunca puede ser más santo de lo que es y siempre ha sido. Dios tampoco puede cambiar a peor. Cualquier deterioro dentro de la naturaleza indeciblemente santa de Dios es imposible. De hecho, creo que es imposible incluso pensar en tal cosa, porque en el momento en que intentamos hacerlo, el objeto en el que estamos pensando ya no es Dios, sino otra cosa y alguien menos que Él. Aquel en quien estamos pensando puede ser una criatura grande y asombrosa, pero por ser una criatura no puede ser el Creador autoexistente.

Así como no puede haber mutación en el carácter moral de Dios, tampoco puede haberla en la esencia divina. El ser de Dios es único en el único sentido propio de esta palabra; es decir, Su ser es distinto y diferente de todos los demás seres. Hemos visto cómo Dios difiere de Sus criaturas en ser autoexistente, autosuficiente y eterno. En virtud de estos atributos, Dios es Dios y no otro ser. Quien puede sufrir el más mínimo grado de cambio no es ni autoexistente, ni autosuficiente, ni eterno, y por tanto no es Dios. Sólo un ser compuesto de partes puede cambiar, pues el cambio es básicamente un desplazamiento en la relación de las partes de un todo o la admisión de algún elemento extraño en la composición original. Puesto que Dios es autoexistente, no está compuesto. En Él no hay partes que puedan ser alteradas. Y puesto que es autosuficiente, nada puede entrar en Su ser desde fuera.

"Todo lo que está compuesto de partes", dice Anselmo, "no es del todo uno, sino que es en cierto modo plural y diverso de sí mismo, y ya sea de hecho o en concepto es capaz de disolución. Pero estas cosas son ajenas a Ti, que no puedes concebir nada mejor. Por lo tanto, no hay partes en Ti, Señor, ni eres más que uno. Pero Tú eres tan verdaderamente un ser unitario, y tan idéntico a Ti mismo, que en ningún aspecto Te diferencias de Ti mismo, sino que Tú eres la unidad misma, indivisible por cualquier concepción."

"Todo lo que Dios es lo ha sido siempre, y todo lo que ha sido y es lo será siempre". Nada de lo que Dios ha dicho acerca de Sí mismo será modificado; nada de lo que los profetas y apóstoles inspirados han dicho acerca de Él será rescindido. Su inmutabilidad lo garantiza.

La inmutabilidad de Dios aparece en su belleza más perfecta cuando se la compara con la mutabilidad de los hombres. En Dios no hay cambio posible; en los hombres es imposible escapar al cambio. Ni el hombre es fijo ni su mundo, sino que él y éste están en constante flujo. Cada hombre aparece por un rato para reír y llorar, para trabajar y jugar, y luego se va para dejar sitio a los que le seguirán en el ciclo sin fin.

Algunos poetas han encontrado un placer morboso en la ley de la impermanencia y han cantado en clave menor la canción del cambio perpetuo. Omar el fabricante de tiendas cantó con patetismo y humor la mutación y la mortalidad, las dos enfermedades que afligen a la humanidad. "No golpees tan bruscamente esa arcilla", exhorta al alfarero, "puede que sea el polvo de tu abuelo con el que haces tan libremente". "Cuando levantas la copa para beber vino tinto", recuerda al juerguista, "puede que estés besando los labios de alguna belleza muerta hace tiempo".

Esta nota de dulce tristeza expresada con suave humor da una radiante belleza a sus cuartetos pero, por bello que sea, todo el largo poema está enfermo, enfermo de muerte. Como el pájaro encantado por la serpiente que lo devoraría, el poeta está fascinado por el enemigo que lo está destruyendo a él y a todos los hombres y a cada generación de hombres.

Los escritores sagrados también se enfrentan a la mutabilidad del hombre, pero son hombres sanos y hay una fuerza saludable en sus palabras. Han encontrado la cura para la gran enfermedad. Dicen que Dios no cambia. La ley de la mutación pertenece a un mundo caído, pero Dios es inmutable, y en Él los hombres de fe encuentran por fin la permanencia eterna. Mientras tanto, el cambio obra a favor de los hijos del reino, no contra ellos. Los cambios que se producen en ellos son obra de la mano del Espíritu viviente. "Pero todos nosotros", dice el apóstol, "mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor."

En un mundo de cambio y decadencia, ni siquiera el hombre de fe puede ser completamente feliz. Instintivamente busca lo inmutable y le aflige la desaparición de las cosas queridas y familiares.

*¡Oh Señor! Mi corazón está enfermo,
Harto de este cambio eterno; Y la vida corre tediosamente rápido
A través de su inquieta raza y variada gama: El cambio no encuentra
semejanza en Ti y no despierta eco en Tu muda Eternidad. Frederick W.
Faber*

Estas palabras de Faber encuentran una respuesta comprensiva en todos los corazones; sin embargo, por mucho que deploremos la falta de estabilidad en todas las cosas terrenales, en un mundo caído como éste la capacidad misma de cambiar es un tesoro de oro, un don de Dios de un valor tan fabuloso que exige una acción de gracias constante. Para el ser humano, toda la posibilidad de redención reside en su capacidad de cambiar.

Pasar de una clase de persona a otra es la esencia del arrepentimiento: el mentiroso se convierte en veraz, el ladrón en honesto, el lascivo en puro, el orgulloso en humilde. Toda la textura moral de la vida se altera. Los pensamientos, los deseos, los afectos se transforman, y el hombre ya no es lo que era antes. Tan radical es este cambio que el apóstol llama al hombre que antes era "el hombre viejo" y al hombre que ahora es "el

hombre nuevo, que se renueva en el conocimiento según la imagen de aquel que lo creó."

Sin embargo, el cambio es más profundo y básico de lo que cualquier acto externo puede revelar, pues incluye también la recepción de vida de otra y más elevada calidad. El hombre viejo, incluso en sus mejores momentos, sólo posee la vida de Adán: el hombre nuevo tiene la vida de Dios. Y esto es más que una mera manera de hablar; es literalmente cierto. Cuando Dios infunde la vida eterna en el espíritu de un hombre, éste se convierte en miembro de un orden de ser nuevo y superior.

En el desarrollo de sus procesos redentores, el Dios inmutable hace pleno uso del cambio y, a través de una sucesión de cambios, llega finalmente a la permanencia. En el libro de Hebreos se muestra esto con la mayor claridad.

"Quita lo primero para establecer lo segundo" es una especie de resumen de la enseñanza de ese notable libro. El antiguo pacto, como algo provisional, fue abolido, y el nuevo y eterno pacto tomó su lugar.

La sangre de machos cabríos y toros perdió su significado cuando se derramó la sangre del Cordero Pascual. La ley, el altar, el sacerdocio, todo era temporal y estaba sujeto a cambios; ahora la ley eterna de Dios está grabada para siempre en la materia viva y sensible de la que está compuesta el alma humana. El antiguo santuario ya no existe, pero el nuevo santuario es eterno en los cielos y allí el Hijo de Dios tiene su sacerdocio eterno.

Aquí vemos que Dios utiliza el cambio como un humilde siervo para bendecir a Su casa redimida, pero Él mismo está fuera de la ley de la mutación y no se ve afectado por ningún cambio que ocurra en el universo.

*Y todas las cosas a medida que cambian proclaman
El Señor eternamente el mismo.* Carlos Wesley

De nuevo surge la cuestión de la utilidad. "¿De qué me sirve saber que Dios es inmutable?", pregunta alguien. "¿No es todo una mera especulación metafísica? ¿Algo que puede dar cierta satisfacción a las personas de un tipo particular de mente, pero que no puede tener ningún significado real para los hombres prácticos?"

Si por "hombres prácticos" entendemos hombres incrédulos absortos en asuntos seculares e indiferentes a los reclamos de Cristo, al bienestar de sus propias almas o a los intereses del mundo venidero, entonces para ellos un libro como éste no puede tener significado alguno; ni tampoco, por desgracia, cualquier otro libro que tome en serio la religión. Pero aunque tales hombres sean mayoría, no constituyen en modo alguno la totalidad de la población. Todavía quedan los siete mil que no han doblado sus rodillas ante Baal. Estos creen que fueron creados para adorar a Dios y disfrutar de su presencia para siempre, y están ansiosos por aprender todo lo que puedan sobre el Dios con el que esperan pasar la eternidad.

En este mundo donde los hombres nos olvidan, cambian su actitud hacia nosotros según lo dictan sus intereses privados, y revisan su opinión sobre nosotros por la causa más insignificante, ¿no es una fuente de fuerza maravillosa saber que el Dios con quien tenemos que ver no cambia? ¿Que Su actitud hacia nosotros ahora es la misma que fue en la eternidad pasada y que será en la eternidad venidera?

Qué paz trae al corazón del cristiano darse cuenta de que nuestro Padre Celestial nunca difiere de Sí mismo. Al acercarnos a Él en cualquier momento, no tenemos que preguntarnos si lo encontraremos receptivo. Él es siempre receptivo a la miseria y a la necesidad, así como al amor y a la fe. No tiene horarios de oficina ni establece períodos en los que no quiere ver a nadie. Tampoco cambia de opinión sobre nada. Hoy, en este momento, siente por sus criaturas, por los niños, por los enfermos, por los caídos, por los pecadores, exactamente igual que cuando envió a su Hijo unigénito al mundo para morir por la humanidad.

Dios nunca cambia de humor ni se enfría en Sus afectos ni pierde entusiasmo. Su actitud hacia el pecado es ahora la misma que cuando expulsó al hombre pecador del jardín del este, y Su actitud hacia el pecador la misma que cuando extendió Sus manos y clamó: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar."

Dios no transige y no necesita ser persuadido. No se le puede persuadir de que altere Su Palabra ni convencerle de que responda a una oración egoísta. En todos nuestros esfuerzos para encontrar a Dios, para agradecerle, para estar en comunión con Él, debemos recordar que todo cambio debe ser de nuestra parte. "Yo soy el Señor, no cambio". No tenemos más que cumplir con Sus términos claramente establecidos, poner nuestras vidas de acuerdo con Su voluntad revelada, y Su poder infinito se volverá instantáneamente operativo hacia nosotros de la manera establecida a través del evangelio en las Escrituras de la verdad.

*¡Fuente del ser! ¡Fuente del Bien! ¡Inmutable permaneces! Ni la
sombra de un cambio*

Oscurece las glorias de Tu reinado.

La Tierra puede con todos sus poderes disolverse,

*Si así lo quiere el gran Creador; Pero Tú por siempre eres el mismo, YO
SOY es aún Tu memorial. De la colección Walker*

CAPÍTULO 10

La omnisciencia divina

Señor, Tú lo sabes todo; Tú conoces mi abatimiento y mi levantamiento y conoces todos mis caminos. No puedo informarte de nada y es vano tratar de ocultarte algo. A la luz de tu perfecto conocimiento sería tan ingenuo como un niño pequeño. Ayúdame a desechar toda preocupación, pues Tú conoces el camino que tomo y cuando me hayas probado saldré como el oro. Amén.

Decir que Dios es omnisciente es decir que posee un conocimiento perfecto y que, por tanto, no tiene necesidad de aprender. Pero es más: es decir que Dios nunca ha aprendido y no puede aprender.

Las Escrituras enseñan que Dios nunca ha aprendido de nadie. "¿Quién ha dirigido al Espíritu del Señor, o siendo su consejero le ha enseñado? ¿Con quién tomó consejo, y quién le instruyó, y le enseñó el camino del juicio, y le enseñó ciencia, y le mostró el camino de la inteligencia?"

"Porque ¿quién ha conocido la mente del Señor? o ¿quién ha sido su consejero?". Estas preguntas retóricas formuladas por el profeta y el apóstol Pablo declaran que Dios nunca ha aprendido.

De ahí a la conclusión de que Dios no puede aprender sólo hay un paso. Si Dios pudiera, en cualquier momento o de cualquier manera, recibir en su mente un conocimiento que no poseyera y que no hubiera poseído desde la eternidad, sería imperfecto y menos que sí mismo. Pensar en un Dios que deba sentarse a los pies de un maestro, aunque ese maestro sea un arcángel o un serafín, es pensar en alguien que no sea el Dios Altísimo, hacedor del cielo y de la tierra.

Este enfoque negativo de la omnisciencia divina está, en mi opinión, bastante justificado dadas las circunstancias. Puesto que nuestro conocimiento intelectual de Dios es tan pequeño y oscuro, a veces podemos obtener una ventaja considerable en nuestra lucha por comprender cómo es Dios por el simple expediente de pensar cómo no es. Hasta ahora, en este examen de los atributos de Dios, nos hemos visto obligados a utilizar libremente las negaciones. Hemos visto que Dios no tuvo origen, que no tuvo principio, que no necesita ayudantes, que no sufre cambios y que en Su ser esencial no hay limitaciones.

Este método de tratar de hacer ver a los hombres cómo es Dios, mostrándoles cómo no es, es utilizado también por los escritores inspirados en las Sagradas Escrituras. "¿No has sabido? ¿No has oído", clama Isaías, "que el Dios eterno, el Señor, el Creador de los confines de la tierra, no desfallece ni se cansa?". Y esa abrupta declaración del propio Dios: "Yo soy el Señor, no cambio", nos dice más sobre la omnisciencia divina de lo que podría contarse en un tratado de diez mil palabras, si se descartaran arbitrariamente todas las negativas. La eterna veracidad de Dios es declarada negativamente por el apóstol Pablo, "Dios... no puede mentir"; y cuando el ángel afirmó que "para Dios nada será imposible", las dos negativas se suman en un sonoro positivo.

Que Dios es omnisciente no sólo se enseña en las Escrituras, sino que debe inferirse también de todo lo demás que se enseña acerca de Él. Dios se conoce perfectamente a sí mismo y, siendo la fuente y el autor de todas las cosas, se deduce que conoce todo lo que se puede conocer. Y esto Él lo sabe instantáneamente y con una plenitud de perfección que incluye cada posible elemento de conocimiento concerniente a todo lo que existe o pudo haber existido en cualquier parte del universo en cualquier momento del pasado o que pueda existir en los siglos o edades aún no nacidas.

Dios conoce al instante y sin esfuerzo toda la materia y todas las materias, toda la mente y todas las mentes, todo el espíritu y todos los espíritus, todo el ser y todos los seres, toda la criatura y todas las criaturas, toda la pluralidad y todas las pluralidades, toda la ley y todas las leyes, todas las relaciones, todas las causas, todos los pensamientos, todos los misterios, todos los enigmas, todos los sentimientos, todos los deseos, todos los secretos inconfesables, todos los tronos y dominios, todas las personalidades, todas las cosas visibles e invisibles en el cielo y en la tierra, el movimiento, el espacio, el tiempo, la vida, la muerte, el bien, el mal, el cielo y el infierno.

Porque Dios conoce todas las cosas perfectamente, no conoce ninguna cosa mejor que otra, sino todas por igual. Nunca descubre nada. Nunca se sorprende, nunca se asombra. Nunca se pregunta nada ni (excepto cuando atrae a los hombres por su propio bien) busca información o hace preguntas.

Dios es autoexistente y autónomo y conoce lo que ninguna criatura puede conocer jamás: a sí mismo, perfectamente.

"Las cosas de Dios nadie las conoce, sino el Espíritu de Dios". Sólo el Infinito puede conocer lo infinito.

En la omnisciencia divina vemos enfrentados el terror y la fascinación de la Divinidad. Que Dios conozca a cada persona hasta la médula puede ser causa de estremecedor temor para el hombre que tiene algo que ocultar: algún pecado no confesado, algún crimen secreto cometido contra el hombre o contra Dios. El alma no bendecida bien puede temblar porque Dios conoce la endeblez de todo pretexto y nunca acepta las pobres excusas dadas para una conducta pecaminosa, ya que Él conoce perfectamente la verdadera razón de la misma. "Has puesto nuestras iniquidades delante de ti, nuestros pecados secretos a la luz de tu rostro". Qué cosa tan espantosa ver a los hijos de Adán buscando esconderse entre los árboles de otro jardín. Pero, ¿dónde se esconderán? "¿Adónde iré lejos de tu espíritu? o ¿adónde huiré de tu presencia?... Si dijere: Ciertamente las tinieblas me cubrirán; aun la noche será ligera en derredor mío. Sí, las tinieblas no se ocultan de ti, sino que la noche brilla como el día".

Y para nosotros, que hemos huido en busca de refugio para aferrarnos a la esperanza que nos ofrece el Evangelio, qué indeciblemente dulce es saber que nuestro Padre Celestial nos conoce por completo. Ningún chismoso puede delatarnos, ningún enemigo puede hacernos una acusación; ningún esqueleto olvidado puede salir de algún armario oculto para avergonzarnos y exponer nuestro pasado; ninguna debilidad insospechada en nuestro carácter puede salir a la luz para alejar a Dios de nosotros, ya que Él nos conoció completamente antes de que lo conociéramos y nos llamó a Sí mismo con pleno conocimiento de todo lo que había contra nosotros. "Porque los montes se apartarán, y los collados serán removidos; pero mi misericordia no se apartará de ti, ni el pacto de mi paz será removido, dice el Señor que tiene misericordia de ti."

Nuestro Padre celestial conoce nuestra condición y recuerda que somos polvo. Conocía nuestra traición innata, y por Su propio bien se comprometió a salvarnos (Isa. 48:8-11). Su Hijo unigénito, cuando caminó entre nosotros, sintió nuestros dolores en su desnuda intensidad de angustia. Su conocimiento de nuestras aflicciones y adversidades es más que teórico; es personal, cálido y compasivo. Sea lo que sea lo que nos suceda, Dios lo sabe y se preocupa por nosotros como nadie más puede hacerlo.

Él da su alegría a todos; Él se hace un infante pequeño; Él se hace un hombre de aflicción; Él siente la pena también.

*No pienses que puedes suspirar
un suspiro Y tu Hacedor no está
cerca;*

*No pienses que puedes llorar una
lágrima y que tu Creador no está
cerca.
¡O! Él nos da Su alegría*

*Para que destruya nuestras penas; Hasta que nuestro dolor
desaparezca, se sienta a nuestro lado y gime. William Blake*

CAPÍTULO 11

La sabiduría de Dios

Tú, oh Cristo, que fuiste tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado, haznos fuertes para vencer el deseo de ser sabios y de ser reputados sabios por otros tan ignorantes como nosotros. Nos apartamos tanto de nuestra sabiduría como de nuestra locura y huimos a Ti, sabiduría de Dios y poder de Dios. Amén.

En este breve estudio de la sabiduría divina comenzamos por la fe en Dios. Siguiendo nuestra pauta habitual, no buscaremos comprender para poder creer, sino creer para poder comprender. Por tanto, no buscaremos pruebas de que Dios es sabio. La mente incrédula no se convencería con ninguna prueba y el corazón adorador no necesita ninguna.

"Bendito sea el nombre de Dios por los siglos de los siglos", gritó el profeta Daniel, "porque suya es la sabiduría y la fuerza:

. . . da sabiduría a los sabios, y ciencia a los entendidos; revela las cosas profundas y secretas; sabe lo que hay en las tinieblas, y la luz mora con él". El hombre creyente responde a esto, y al canto angélico: "Bendición, y gloria, y sabiduría, y acción de gracias, y honor, y poder, y fuerza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos". A un hombre así nunca se le ocurre que Dios deba dar pruebas de Su sabiduría o Su poder. ¿No es suficiente que Él sea Dios?

Cuando la teología cristiana declara que Dios es sabio, quiere decir mucho más de lo que dice o puede decir, pues trata de hacer que una palabra comparativamente débil soporte una incomprensible plenitud de significado que amenaza con desgarrarla y aplastarla bajo el mero peso de la idea. "Su entendimiento es infinito", dice el salmista. Es nada menos que infinitud lo que la teología se esfuerza aquí por expresar.

Dado que la palabra infinito describe lo que es único, no puede tener modificadores. No decimos "más único" o "muy infinito". Ante la infinitud guardamos silencio.

Hay, en efecto, una sabiduría secundaria, creada, que Dios ha dado en medida a sus criaturas, según lo requiera su mayor bien; pero la sabiduría de cualquier criatura o de todas las criaturas, cuando se compara con la sabiduría ilimitada de Dios, es patéticamente pequeña. Es decir, Dios es sabio en sí mismo, y toda la sabiduría resplandeciente de los hombres o de los ángeles no es más que un reflejo de ese resplandor increado que brota del trono de la Majestad en los cielos.

La idea de Dios como infinitamente sabio está en la raíz de toda verdad. Es un dato de creencia necesario para la solidez de todas las demás creencias sobre Dios. Siendo lo que es sin tener en cuenta a las criaturas, Dios no se ve afectado, por supuesto, por nuestras opiniones sobre Él, pero nuestra cordura moral exige que atribuyamos al creador y sustentador del universo una sabiduría enteramente perfecta. Negarse a hacerlo es traicionar lo que nos distingue de las bestias.

En las Sagradas Escrituras, la sabiduría, cuando se usa de Dios y de los hombres buenos, siempre conlleva una fuerte connotación moral. Se concibe como algo puro, amoroso y bueno. La sabiduría que es mera astucia se atribuye a menudo a los hombres malos, pero tal sabiduría es traicionera y falsa. Estos dos tipos de sabiduría están en perpetuo conflicto. En efecto, vista desde la elevada cumbre del Sinaí o del Calvario, se descubre que toda la historia del mundo no es más que una contienda entre la sabiduría de Dios y la astucia de Satanás y de los hombres caídos. El

El resultado de la contienda no está en duda. El imperfecto debe caer ante el perfecto al final. Dios ha advertido que tomará a los sabios en su propia astucia y echará por tierra el entendimiento de los prudentes.

La sabiduría es, entre otras cosas, la capacidad de concebir fines perfectos y de alcanzarlos por los medios más perfectos. Ve el fin desde el principio, por lo que no hay necesidad de adivinar o hacer conjeturas. La Sabiduría lo ve todo en su conjunto, cada cosa en relación con todas las demás, y así es capaz de trabajar hacia los objetivos predestinados con una precisión impecable.

Todos los actos de Dios se realizan con perfecta sabiduría, primero para Su propia gloria, y luego para el mayor bien del mayor número durante el mayor tiempo. Y todos Sus actos son tan puros como sabios, y tan buenos como sabios y puros. Sus actos no sólo no podrían hacerse mejor, sino que no podría imaginarse una manera mejor de hacerlos. Un Dios infinitamente sabio debe obrar de una manera que no pueda ser mejorada por criaturas finitas.

Oh Señor, ¡cuán múltiples son tus obras! Con sabiduría las hiciste todas. La tierra está llena de tus riquezas.

Sin la creación, la sabiduría de Dios habría permanecido encerrada para siempre en el abismo sin límites de la naturaleza divina. Dios creó a sus criaturas para que Él pudiera disfrutar de ellas y ellas se regocijaron en Él.

"Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera".

A lo largo de los siglos, muchos se han declarado incapaces de creer en la sabiduría básica de un mundo en el que tantas cosas parecen estar tan mal. Voltaire, en su Cándido, presenta a un optimista decidido, al que llama Dr. Pangloss, y en su boca pone todos los argumentos de la filosofía del "mejor de los mundos posibles". Por supuesto, el cínico francés se deleitaba colocando al viejo profesor en situaciones que ridiculizaban su filosofía.

Pero la visión cristiana de la vida es mucho más realista que la del Dr. Pangloss con su "razón suficiente". Es que éste no es por el momento el mejor de los mundos posibles, sino uno que yace bajo la sombra de una enorme calamidad, la Caída del hombre.

Los escritores inspirados insisten en que toda la creación gime y sufre ahora bajo el poderoso impacto de la Caída. No intentan aportar "razones suficientes"; afirman que la "criatura fue sometida a vanidad, no voluntariamente, sino por causa de aquel que la sometió en esperanza". No hay aquí ningún esfuerzo por justificar los caminos de Dios con los hombres; sólo una simple declaración de hecho. El ser de Dios es su propia defensa.

Pero hay esperanza en todas nuestras lágrimas. Cuando llegue la hora del triunfo de Cristo, el mundo sufriente saldrá a la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Para los hombres de la nueva creación, la edad de oro no es pasada, sino futura, y cuando llegue, un universo maravillado verá que Dios ha abundado en nosotros en toda sabiduría y prudencia. Mientras tanto, descansamos nuestra esperanza en el único Dios sabio, nuestro Salvador, y esperamos con paciencia el lento desarrollo de sus benignos propósitos.

A pesar de las lágrimas, el dolor y la muerte, creemos que el Dios que nos hizo a todos es infinitamente sabio y bueno. Así como Abraham no se tambaleó ante las promesas de Dios por incredulidad, sino que fue fuerte en la fe, dando la gloria a Dios, y estaba plenamente persuadido de que lo que había prometido era capaz de cumplirlo, así nosotros basamos nuestra esperanza sólo en Dios y esperamos contra toda esperanza hasta que amanezca. Descansamos en lo que Dios es. Creo que sólo esto es la verdadera

fe. Cualquier fe que deba apoyarse en la evidencia de los sentidos no es verdadera fe. "Jesús le dice: Tomás, porque me has visto, has creído: bienaventurados los que no vieron y creyeron".

El testimonio de la fe es que, no importa cómo se vean las cosas en este mundo caído, todos los actos de Dios se realizan con perfecta sabiduría. La encarnación del Hijo Eterno en carne humana fue uno de los actos poderosos de Dios, y podemos estar seguros de que este acto asombroso se realizó con una perfección sólo posible para el Infinito. "Grande es, sin discusión, el misterio de la piedad: Dios se manifestó en carne.

También la expiación se llevó a cabo con la misma impecable destreza que caracteriza todos los actos de Dios. Por poco que lo entendamos todo, sabemos que la obra expiatoria de Cristo reconcilió perfectamente a Dios y a los hombres y abrió el reino de los cielos a todos los creyentes. Nuestra preocupación no es explicar, sino anunciar. De hecho, me pregunto si Dios podría hacernos comprender todo lo que sucedió allí en la cruz. Según el apóstol Pedro, ni siquiera los ángeles lo saben, por mucho que ansíen indagar en estas cosas.

La operación del evangelio, el nuevo nacimiento, la venida del Espíritu divino a la naturaleza humana, el derrocamiento definitivo del mal y el establecimiento final del reino justo de Cristo, todo esto ha fluido y fluye de la infinita plenitud de la sabiduría de Dios. Los ojos más agudos del observador honesto en la bendita compañía de lo alto no pueden descubrir un defecto en los caminos de Dios al llevar todo esto a buen término, ni puede la sabiduría acumulada de los serafines y querubines sugerir cómo se podría mejorar el procedimiento divino. "Sé que todo lo que Dios hace, será para siempre; nada se le puede poner, ni nada se le puede quitar; y Dios lo hace, para que los hombres teman delante de él."

Es de vital importancia que mantengamos la verdad de la sabiduría infinita de Dios como un principio de nuestro credo; pero esto no es suficiente. Debemos llevarla al mundo práctico de nuestra experiencia cotidiana mediante el ejercicio de la fe y la oración.

Crear activamente que nuestro Padre Celestial despliega constantemente a nuestro alrededor circunstancias providenciales que obran para nuestro bien presente y nuestro bienestar eterno, trae al alma una verdadera bendición. La mayoría de nosotros vamos por la vida rezando un poco, planeando un poco, compitiendo por una posición, esperando, pero sin estar nunca seguros de nada, y siempre temiendo secretamente perder el camino. Esto es un trágico desperdicio de la verdad y nunca da descanso al corazón.

Hay un camino mejor. Es repudiar nuestra propia sabiduría y tomar en su lugar la sabiduría infinita de Dios. Nuestra insistencia en ver el futuro es bastante natural, pero es un verdadero obstáculo para nuestro progreso espiritual. Dios se ha hecho plenamente responsable de nuestra felicidad eterna y está dispuesto a tomar las riendas de nuestras vidas en el momento en que nos dirijamos a Él con fe.

He aquí su promesa: "Y traeré a los ciegos por camino que no conocían; los guiaré por sendas que no han conocido; haré que las tinieblas se aclaren delante de ellos, y que lo torcido se enderece. Esto les haré, y no los desampararé".

Que guíe al que tiene los ojos vendados, El amor no necesita saber; Hijos a quienes el Padre guía.

No preguntes a dónde van.

Aunque el camino sea desconocido, por páramos y montañas solitarias.

Gerhard Teersteegen

Dios nos anima constantemente a confiar en Él en la oscuridad. Yo iré delante de ti, y enderezaré los lugares torcidos; quebraré las puertas de bronce, y desmenuzaré los cerrojos de hierro; y te daré los tesoros de las tinieblas, y las riquezas escondidas de los escondrijos, para que sepas que yo, el Señor, que te llamo por tu nombre, soy el Dios de Israel".

Es alentador saber cuántos de los poderosos actos de Dios se realizaron en secreto, lejos de las miradas indiscretas de los hombres o de los ángulos.

Cuando Dios creó los cielos y la tierra, había tinieblas sobre la faz del abismo. Cuando el Hijo Eterno se hizo carne, fue llevado durante un tiempo en las tinieblas del dulce vientre de la virgen. Cuando Él murió por la vida del mundo, fue en la oscuridad, visto por nadie al final. Cuando resucitó de entre los muertos, fue "muy de mañana". Nadie le vio resucitar. Es como si Dios dijera: "Lo que yo soy es lo único que te tiene que importar, porque ahí están tu esperanza y tu paz. Haré lo que haré, y al final todo saldrá a la luz, pero cómo lo haga es Mi secreto. Confía en Mí y no temas".

Con la bondad de Dios para desear nuestro mayor bienestar, la sabiduría de Dios para planearlo, y el poder de Dios para lograrlo, ¿qué nos falta? Seguramente somos los más favorecidos de todas las criaturas.

En todos los grandes designios de nuestro Hacedor, brilla la Omnipotencia, con sabiduría; Sus obras, a través de todo este marco maravilloso, Declaran la gloria de Su Nombre.

Thomas Blacklock

CAPÍTULO 12

La omnipotencia de Dios

Padre nuestro celestial, te hemos oído decir: "Yo soy el Dios Todopoderoso; camina delante de mí y sé perfecto". Pero a menos que Tú nos capacites con la inmensa grandeza de Tu poder, ¿cómo podremos nosotros, que somos por naturaleza débiles y pecadores, caminar de una manera perfecta?

Concédenos que aprendamos a aferrarnos a la obra de la fuerza poderosa que actuó en Cristo cuando

Tú lo resucitaste de entre los muertos y lo pusiste a tu diestra en los lugares celestiales. Amén.

En el momento de su visión, Juan el Revelador oyó como la voz de una gran multitud y como la voz de muchas aguas y como la voz de poderosos truenos que resonaban por todo el universo, y lo que la voz proclamaba era la soberanía y la omnipotencia de Dios: "Aleluya: porque el Señor Dios omnipotente reina.

Soberanía y omnipotencia deben ir juntas. Una no puede existir sin la otra. Para reinar, Dios debe tener poder, y para reinar soberanamente, debe tener todo el poder. Y eso es lo que significa omnipotente, tener todo el poder. La palabra deriva del latín y es idéntica en significado a la más familiar *almighty* que tenemos del anglosajón. Esta última palabra aparece cincuenta y seis veces en nuestra Biblia inglesa y nunca se usa para nadie más que para Dios. Sólo Él es todopoderoso.

Dios posee lo que ninguna criatura puede poseer: una plenitud de poder incomprensible, una potencia que es absoluta. Esto lo sabemos por revelación divina, pero una vez conocido, se reconoce que está en pleno acuerdo con la razón. Si se admite que Dios es infinito y autoexistente, se ve enseguida que también debe ser todopoderoso, y la razón se arrodilla para adorar la omnipotencia divina.

"El poder pertenece a Dios", dice el salmista, y el apóstol Pablo declara que la naturaleza misma da evidencia del poder eterno de la Divinidad (Rom 1:20). De este conocimiento razonamos a la omnipotencia de Dios de esta manera: Dios tiene poder. Puesto que Dios también es infinito, todo lo que tiene debe ser ilimitado; por tanto, Dios tiene un poder ilimitado, es omnipotente. Vemos además que Dios, el Creador autoexistente, es la fuente de todo el poder que existe, y puesto que una fuente debe ser al menos igual a todo lo que emana de ella, Dios es necesariamente igual a todo el poder que existe, y esto equivale a decir de nuevo que es omnipotente.

Dios ha delegado poder en Sus criaturas, pero siendo autosuficiente, no puede renunciar a nada de Sus perfecciones y, siendo el poder una de ellas, nunca ha renunciado a la más mínima pizca de Su poder. Él da, pero no regala. Todo lo que da sigue siendo suyo y vuelve a Él. Para siempre debe seguir siendo lo que siempre ha sido, el Señor Dios omnipotente.

No se puede leer durante mucho tiempo las Escrituras con simpatía sin darse cuenta de la radical disparidad entre la perspectiva de los hombres de la Biblia y la de los hombres modernos. Hoy padecemos una mentalidad secularizada. Donde los escritores sagrados veían a Dios, nosotros vemos las leyes de la naturaleza. Su mundo estaba totalmente poblado; el nuestro está casi vacío. Su mundo estaba vivo y era personal; el nuestro es impersonal y está muerto. Dios gobernaba su mundo; el nuestro está gobernado por las leyes de la naturaleza y siempre estamos alejados de la presencia de Dios.

¿Y cuáles son esas leyes de la naturaleza que han desplazado a Dios en la mente de millones de personas? La ley tiene dos significados. Uno es toda regla externa impuesta por la autoridad, como la regla común contra el robo y el asalto. La palabra también se usa para denotar la manera uniforme en que las cosas actúan en el universo, pero este segundo uso de la palabra es erróneo. Lo que vemos en la naturaleza son simplemente los caminos que el poder y la sabiduría de Dios siguen a través de la creación. Se trata de fenómenos, no de leyes, pero las llamamos leyes por analogía con las leyes arbitrarias de la sociedad.

La ciencia observa cómo opera el poder de Dios, descubre un patrón regular en alguna parte y lo fija como "ley". La uniformidad de las actividades de Dios en Su creación permite al científico predecir el curso de los fenómenos naturales. La fiabilidad del comportamiento de Dios en Su mundo es el fundamento de toda verdad científica. Sobre ella descansa el científico su fe, y de ahí pasa a lograr cosas grandes y útiles en campos como los de la navegación, la química, la agricultura y las artes médicas.

La religión, en cambio, se remonta a la naturaleza de Dios. No se interesa por las huellas de Dios en los caminos de la creación, sino por Aquel que los recorre. La religión se interesa ante todo por Aquel que es la fuente de todas las cosas, el maestro de todos los fenómenos. Para este Uno la filosofía tiene varios nombres, el más horrendo que he visto es el suministrado por Rudolph Otto: "El absoluto, la gigantesca y nunca descansada tensión activa del mundo". El cristiano se deleita recordando que esta "tensión del mundo" dijo una vez "YO SOY" y el más grande maestro de todos ellos ordenó a Sus discípulos que se dirigieran a Él como a una persona:

"Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre". Los hombres de la Biblia comulgaron en todas partes con este "gigantesco absoluto" en un lenguaje tan personal como permite el habla, y con Él caminaron profetas y santos en un rapto de devoción, cálida íntima y profundamente satisfactoria.

La omnipotencia no es un nombre dado a la suma de todo poder, sino un atributo de un Dios personal que los cristianos creemos que es el Padre de nuestro Señor Jesucristo y de todos los que creen en Él para vida eterna. El hombre adorador encuentra en este conocimiento una fuente de maravillosa fuerza para su vida interior. Su fe se eleva para dar el gran salto hacia arriba, hacia la comunión con Aquel que puede hacer todo lo que Él quiere hacer, para quien nada es duro o difícil porque Él posee el poder absoluto.

Puesto que Él tiene a Su mando todo el poder en el universo, el Señor Dios omnipotente puede hacer cualquier cosa tan fácilmente como cualquier otra cosa. Todos Sus actos se realizan sin esfuerzo. No gasta energía que deba ser repuesta. Su autosuficiencia hace innecesario que Él busque fuera de Sí mismo una renovación de fuerzas. Todo el poder requerido para hacer todo lo que Él quiere hacer yace en plenitud no disminuida en Su propio ser infinito.

El pastor presbiteriano A. B. Simpson, cercano a la madurez, quebrantado de salud, profundamente abatido y a punto de abandonar el ministerio, escuchó por casualidad el sencillo espiritual negro,

Nada es demasiado difícil para Jesús, Ningún hombre puede trabajar como Él.

Su mensaje llegó como una flecha a su corazón, portador de fe, esperanza y vida para el cuerpo y el alma. Buscó un lugar donde retirarse y, tras una temporada a solas con Dios, se levantó completamente curado y salió lleno de gozo a fundar lo que desde entonces se ha convertido en una de las mayores sociedades misioneras extranjeras del mundo. Durante treinta y cinco años después de este encuentro con Dios, trabajó prodigiosamente al servicio de Cristo. Su fe en el Dios del poder ilimitado le dio toda la

fuerza que necesitaba para seguir adelante.

*¡ Todopoderoso ! Me inclino en el polvo ante Ti; Incluso así se inclinan
los querubines velados;
Con devoción tranquila y sosegada Te adoro, amigo omnisapiente y
omnipresente Tú diste a la tierra su manto de esmeralda, o la
cubriste de semilla;
Y el brillante sol, y la suave luna en el cielo, Ante Tu presencia se inclinan.
Sir John Bowring*

CAPÍTULO 13

La trascendencia divina

Oh Señor nuestro Señor, no hay nadie como Tú en lo alto del cielo ni en lo bajo de la tierra. Tuya es la grandeza, la dignidad y la majestad. Tuyo es el reino, el poder y la gloria para siempre, oh Dios, y Tú eres exaltado como cabeza sobre todo. Amén.

Cuando hablamos de Dios como trascendente queremos decir, por supuesto, que está exaltado muy por encima del universo creado, tan por encima que el pensamiento humano no puede imaginarlo.

Sin embargo, para pensar con precisión, debemos tener en cuenta que "muy por encima" no se refiere aquí a la distancia física de la tierra, sino a la calidad del ser. No se trata de la ubicación en el espacio ni de la mera altitud, sino de la vida.

Dios es espíritu, y para Él la magnitud y la distancia no tienen significado. Para nosotros son útiles como analogías e ilustraciones, por lo que Dios se refiere a ellas constantemente cuando habla a nuestro limitado entendimiento. Las palabras de Dios que se encuentran en Isaías, "Así dice el alto y sublime que habita la eternidad", dan una clara impresión de altitud, pero eso se debe a que nosotros, que habitamos en un mundo de materia, espacio y tiempo, tendemos a pensar en términos materiales y sólo podemos captar las ideas abstractas cuando se identifican de algún modo con las cosas materiales. En su lucha por liberarse de la tiranía del mundo natural, el corazón humano debe aprender a traducir hacia arriba el lenguaje que el Espíritu utiliza para instruirnos.

Es el espíritu el que da significado a la materia y, aparte del espíritu, nada tiene valor alguno. Cuando un niño se aleja de un grupo de turistas y se pierde en una montaña, toda la perspectiva mental de los miembros del grupo cambia inmediatamente. La admiración por la grandeza de la naturaleza da paso a una angustia aguda por el niño perdido. El grupo se dispersa por la ladera de la montaña llamando ansiosamente al niño por su nombre y buscando ansiosamente en cualquier lugar apartado donde el pequeño pueda estar escondido.

¿Qué ha provocado este cambio tan repentino? La montaña cubierta de árboles sigue allí, elevándose entre las nubes con una belleza sobrecogedora, pero ahora nadie se fija en ella. Toda la atención se centra en la búsqueda de una niña de pelo rizado que aún no ha cumplido los dos años y pesa menos de diez kilos. A pesar de ser tan nueva y tan pequeña, es más preciada para sus padres y amigos que toda la enorme mole de la vasta y antigua montaña que habían estado admirando unos minutos antes. Y todo el mundo civilizado está de acuerdo, porque la niña puede amar, reír, hablar y rezar, y la montaña no. Es la calidad de ser de la niña lo que le da valor.

Sin embargo, no debemos comparar el ser de Dios con ningún otro, como acabamos de comparar la montaña con el niño. No debemos considerar a Dios como lo más alto en un orden ascendente de seres, comenzando por la célula y siguiendo por el pez, el pájaro, el animal, el hombre, el ángel, el querubín y Dios. Eso sería conceder a Dios eminencia, incluso preeminencia, pero no basta; debemos concederle trascendencia en el sentido más pleno de esa palabra.

Dios está siempre aparte, en una luz inaccesible. Está tan por encima de un arcángel como de una oruga, porque el abismo que separa al arcángel de la oruga es finito, mientras que el abismo entre Dios y el arcángel es infinito. La oruga y el arcángel, aunque distantes entre sí en la escala de las cosas creadas, son

no obstante, son uno en el sentido de que han sido creados por igual. Ambos pertenecen a la categoría de lo-que-no-es-Dios y están separados de Dios por la infinitud misma.

La reticencia y la compulsión rivalizan siempre en el corazón que quiere hablar de Dios.

¿Cómo se atreverán los contaminados mortales A cantar Tu gloria o Tu gracia? Bajo Tus pies yacemos lejos,

Y no veo más que sombras de Tu rostro. Isaac Watts

Sin embargo, nos consolamos sabiendo que es Dios mismo quien pone en nuestros corazones el deseo de buscarle y hace posible en cierta medida que le conozcamos, y se complace incluso con el esfuerzo más débil por darle a conocer.

Si algún vigilante o santo que haya pasado sus felices siglos junto al mar de fuego viniera a la tierra, qué insignificante sería para él el incesante parloteo de las ajetreadas tribus de los hombres. Cuán extrañas y vacías sonarían para él las palabras planas, rancias y sin provecho que se oyen en el púlpito común semana tras semana.

Y si alguien así hablara en la tierra, ¿no hablaría de Dios? ¿No encantaría y fascinaría a sus oyentes con arrebatadoras descripciones de la Divinidad? Y después de oírle, ¿podríamos consentir en escuchar otra cosa que no fuera teología, la doctrina de Dios? ¿No exigiríamos después a quienes se atrevieran a enseñarnos que nos hablaran desde el monte de la visión divina o que guardaran silencio?

Cuando el salmista vio la transgresión de los malvados, su corazón le dijo cómo podía ser. "No hay temor de Dios ante sus ojos", explicaba, y al decirlo nos revelaba la psicología del pecado. Cuando los hombres ya no temen a Dios, transgreden Sus leyes sin vacilar. El temor a las consecuencias no es disuasorio cuando ha desaparecido el temor de Dios.

Antiguamente se decía que los hombres de fe "caminaban en el temor de Dios" y "servían al Señor con temor". Por íntima que fuera su comunión con Dios, por audaces que fueran sus oraciones, en la base de su vida religiosa estaba la concepción de Dios como imponente y temible. Esta idea de Dios trascendente recorre toda la Biblia y da color y tono al carácter de los santos. Este temor de Dios era algo más que una aprensión natural del peligro; era un temor no racional, un sentimiento agudo de insuficiencia personal en la fe.

la presencia de Dios Todopoderoso.

Dondequiera que Dios se apareciera a los hombres en los tiempos bíblicos, el resultado era el mismo: una abrumadora sensación de terror y consternación, una desgarradora sensación de pecado y culpa. Cuando Dios habló, Abram se tendió en tierra para escuchar. Cuando Moisés vio al Señor en la zarza ardiente, escondió el rostro por miedo a mirar a Dios. La visión que Isalah tuvo de Dios le arrancó el grito: "¡Ay de mí!" y la confesión: "Estoy deshecho, porque soy hombre de labios impuros".

El encuentro de Daniel con Dios fue probablemente el más terrible y maravilloso de todos. El profeta alzó los ojos y vio a Uno cuyo "cuerpo era semejante al berilo, y su rostro como el resplandor de un relámpago, y sus ojos como lámparas de fuego, y sus brazos y sus pies del color del bronce bruñido, y la voz de sus palabras como la voz de una multitud". "Sólo yo, Daniel, vi la visión -escribió después-, pues los hombres que estaban conmigo no la vieron, sino que les sobrevino un gran temblor y huyeron a esconderse. Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión, y no me quedó fuerza; porque mi hermosura se convirtió en mí en corrupción, y no retuve nada.

fuerza. Pero oí la voz de sus palabras; y cuando oí la voz de sus palabras, quedé profundamente dormido sobre mi rostro, y mi rostro hacia el suelo."

Estas experiencias demuestran que una visión de la trascendencia divina acaba pronto con toda controversia entre el hombre y su Dios. La lucha sale del hombre y está listo con el Saulo conquistado para pedir mansamente,

"Señor, ¿qué quieres que haga?"

Por el contrario, la seguridad en sí mismos de los cristianos modernos, la ligereza básica presente en tantas de nuestras reuniones religiosas, la escandalosa falta de respeto mostrada hacia la Persona de Dios, son pruebas suficientes de una profunda ceguera de corazón.

Muchos se llaman a sí mismos por el nombre de Cristo, hablan mucho de Dios y le rezan a veces, pero evidentemente no saben quién es Él. "El temor del Señor es fuente de vida", pero este temor sanador apenas se encuentra hoy entre los hombres cristianos.

Una vez, conversando con su amigo Eckermann, el poeta Goethe se refirió a la religión y al abuso del nombre divino. "La gente lo trata", dijo, "como si ese incomprendible y altísimo Ser, que está incluso más allá del alcance del pensamiento, fuera sólo su igual. De otro modo no dirían 'el Señor Dios, el Dios querido, el Dios bueno'. Esta expresión se convierte para ellos, especialmente para el clero, que la tiene diariamente en su boca, en una mera frase, un nombre estéril, al que no se une pensamiento alguno. Si estuvieran impresionados por Su grandeza se quedarían mudos, y por veneración no querrían nombrarlo.

*Señor de todo ser, trono lejano,
Glorian llamas de sol y estrella; Centro y alma de cada esfera, Sin
embargo, a cada corazón amoroso ¡cuán cerca!
Señor de toda vida, abajo, arriba,
Cuya luz es la verdad, cuyo calor es el amor, Ante tu trono siempre
resplandeciente
No pedimos brillo propio. Oliver Wendell Holmes*

CAPÍTULO 14

La omnipresencia de Dios

Padre nuestro, sabemos que Tú estás presente con nosotros, pero nuestro conocimiento no es más que una figura y una sombra de la verdad y tiene poco del sabor espiritual y la dulzura interior que tal conocimiento debería proporcionar. Esto es para nosotros una gran pérdida y la causa de mucha debilidad de corazón. Ayúdanos a hacer de una vez la enmienda de vida que sea necesaria antes de que podamos experimentar el verdadero significado de las palabras "En tu presencia hay plenitud de gozo." Amén.

La palabra presente, por supuesto, significa aquí, cerca de, junto a, y el prefijo omni le da universalidad. Dios está aquí en todas partes, cerca de todo, junto a todos.

Pocas otras verdades se enseñan en las Escrituras con tanta claridad como la doctrina de la omnipresencia divina. Los pasajes que apoyan esta verdad son tan claros que se necesitaría un esfuerzo considerable para malinterpretarlos. Declaran que Dios es inmanente en Su creación, que no hay lugar en el cielo ni en la tierra ni en el infierno donde los hombres puedan esconderse de Su presencia. Enseñan que Dios está a la vez lejos y cerca, y que en Él los hombres se mueven y viven y tienen su ser. Y lo que es igualmente convincente es que en todas partes nos obligan a suponer que Dios es omnipresente para explicar otros hechos que nos dicen sobre Él.

Por ejemplo, las Escrituras enseñan que Dios es infinito. Esto significa que Su ser no conoce límites. Por lo tanto, no puede haber límites a Su presencia; Él es omnipresente. En Su infinitud rodea la creación finita y la contiene. No hay nada más allá de Él. Dios es nuestro entorno, como el mar lo es para el pez y el aire para el pájaro. "Dios está sobre todas las cosas", escribió Hildeberto de Lavardin, "debajo de todas las cosas; fuera de todas las cosas; dentro, pero no encerrado; fuera, pero no excluido; arriba, pero no elevado; abajo, pero no deprimido; totalmente arriba, presidiendo; totalmente abajo, sosteniendo; totalmente dentro, llenando".

La creencia de que Dios está presente en su universo no puede mantenerse de forma aislada. Tiene implicaciones prácticas en muchas áreas del pensamiento teológico y afecta directamente a ciertos problemas de las religiones, como, por ejemplo, la naturaleza del mundo. A los pensadores de casi todas las épocas y culturas les ha preocupado la cuestión de qué clase de mundo es éste. ¿Es un mundo material que funciona por sí mismo, o es espiritual y está dirigido por poderes invisibles? ¿Este sistema entrelazado se explica a sí mismo o su secreto reside en el misterio? ¿La corriente de la existencia comienza y termina en sí misma? ¿O su fuente está más arriba y más atrás en las colinas?

La teología cristiana afirma tener la respuesta a estas preguntas. No especula ni ofrece una opinión, sino que presenta su "Así dice el Señor" como su autoridad. Declara positivamente que el mundo es espiritual: se originó en el espíritu, fluye del espíritu, es espiritual en esencia, y no tiene sentido aparte del Espíritu que lo habita.

La doctrina de la omnipresencia divina personaliza la relación del hombre con el universo en el que se encuentra. Esta gran verdad central da sentido a todas las verdades e imparte un valor supremo a toda su pequeña vida. Dios está presente, cerca de él, junto a él, y este Dios lo ve y lo conoce a fondo.

En este punto comienza la fe, y aunque puede incluir mil otras verdades maravillosas, todas ellas se refieren a la verdad de que Dios es y Dios está aquí. "El que se acerca a Dios", dice el Libro de los Hebreos, "debe creer que Él es" Y Cristo mismo dijo: "Creéis en Dios, Creed también...". Cualquier "también" que se añade a lo elemental

La creencia en Dios es una superestructura que, independientemente de las alturas a las que pueda elevarse, sigue descansando sólidamente sobre los cimientos originales.

La enseñanza del Nuevo Testamento es que Dios creó el mundo por el Logos, el Verbo, y el Verbo se identifica con la segunda persona de la Divinidad que estaba presente en el mundo incluso antes de encarnarse en la naturaleza humana. El Verbo hizo todas las cosas y permaneció en Su creación para mantenerla y sostenerla y ser al mismo tiempo una luz moral que permite a todo hombre distinguir el bien del mal. El universo funciona como un sistema ordenado, no por leyes impersonales, sino por la voz creadora de la Presencia inmanente y universal, el Logos.

El canónigo W. G. Holmes, de la India, contaba que había visto a fieles hindúes dando golpecitos en árboles y piedras y susurrando

"¿Estás ahí? ¿Estás ahí?" al dios que esperaban que residiera en su interior. Con total humildad, el cristiano instruido trae la respuesta a esa pregunta. Dios está ahí. Está ahí como está aquí y en todas partes, no confinado en un árbol o en una piedra, sino libre en el universo, cerca de todo, junto a todos, y a través de Jesucristo inmediatamente accesible a todo corazón amante. La doctrina de la omnipresencia divina decide esto para siempre.

Esta verdad es para el cristiano convencido una fuente de profundo consuelo en el dolor y de firme seguridad en todas las variadas experiencias de su vida. Para él, "la práctica de la presencia de Dios" no consiste en proteger un objeto imaginario desde dentro de su propia mente y luego tratar de darse cuenta de su presencia; es más bien reconocer la presencia real de Aquel que toda sana teología declara que ya está ahí, una entidad objetiva, que existe aparte de cualquier aprehensión de Él por parte de Sus criaturas. La experiencia resultante no es visionaria, sino real.

La certeza de que Dios está siempre cerca de nosotros, presente en todas las partes de su mundo, más cerca de nosotros que nuestros pensamientos, debería mantenernos en un estado de elevada felicidad moral la mayor parte del tiempo. Pero no todo el tiempo. Sería poco honesto prometer a cada creyente un jubileo continuo y poco realista esperarlo. Así como un niño puede gritar de dolor incluso cuando está cobijado en los brazos de su madre, así un cristiano puede a veces saber lo que es sufrir incluso en la presencia consciente de Dios. Aunque "siempre gozoso", Pablo admitió que a veces estaba triste, y por nosotros Cristo experimentó fuertes llantos y lágrimas, aunque nunca abandonó el seno del Padre (Juan 1:18).

Pero todo irá bien. En un mundo como éste, las lágrimas tienen sus efectos terapéuticos. El bálsamo curativo destilado de las vestiduras de la Presencia envolvente cura nuestros males antes de que se conviertan en fatales. Saber que nunca estamos solos calma el mar agitado de nuestras vidas y da paz a nuestras almas.

Que Dios está aquí lo declaran tanto la Escritura como la razón. Sólo nos queda aprender a darnos cuenta de ello en la experiencia consciente. Una frase de una carta del Dr. Allen Fleece resume el testimonio de muchos otros:

"Saber que Dios está presente es una bendición, pero sentir su presencia es nada menos que pura felicidad".

Dios revela Su presencia: Adorémosle ahora, Y con temor comparezcamos ante Él.

Sólo a Él, Dios poseemos; Él es nuestro Señor y Salvador, Alabado sea su nombre por siempre.

Dios mismo está con nosotros: A quien las legiones angélicas Servir con asombro en regiones celestiales. Gerhard Tersteegen

CAPÍTULO 15

La fidelidad de Dios

Es bueno darte gracias y cantar alabanzas a tu nombre, oh Altísimo, mostrar tu bondad amorosa por la mañana y tu fidelidad cada noche. Así como Tu Hijo, mientras estuvo en la tierra, te fue fiel a Ti, Su Padre Celestial, así ahora en el cielo nos es fiel a nosotros, Sus hermanos terrenales; y en este conocimiento seguimos adelante con toda esperanza confiada por todos los años y siglos por venir. Amén.

Como ya hemos dicho, los atributos de Dios no son rasgos aislados de su carácter, sino facetas de su ser unitario. No son cosas en sí mismas; son, más bien, pensamientos por los que consideramos a Dios aspectos de un todo perfecto, nombres dados a lo que sabemos que es verdad de la Divinidad.

Para tener una comprensión correcta de los atributos es necesario que los veamos todos como uno. Podemos pensar en ellos por separado, pero no pueden separarse. "Todos los atributos asignados a Dios no pueden diferir en realidad, en razón de la perfecta simplicidad de Dios, aunque de diversas maneras usemos de Dios diversas palabras", dice Nicolás de Cusa. "De donde, aunque atribuimos a Dios vista, oído, gusto, olfato, tacto, sentido, razón e intelecto, y así sucesivamente, según las diversas significaciones de cada palabra, sin embargo en Él la vista no es otra cosa que oír, o gustar, u oler, o tocar, o sentir, o entender. Y así se dice que toda la teología está establecida en un círculo, porque cualquiera de Sus atributos se afirma de otro."

Al estudiar cualquier atributo, pronto se pone de manifiesto la unidad esencial de todos los atributos. Vemos, por ejemplo, que si Dios es autoexistente, debe ser también autosuficiente; y si tiene poder, siendo infinito, debe tener todo el poder. Si posee conocimiento, su infinitud nos asegura que posee todo el conocimiento. Del mismo modo, Su inmutabilidad presupone Su fidelidad. Si Él es inmutable, se deduce que no podría ser infiel, ya que eso requeriría que cambiara.

Cualquier fallo dentro del carácter divino argumentaría imperfección y, puesto que Dios es perfecto, no podría ocurrir. Así, los atributos se explican entre sí y demuestran que no son más que vislumbres que la mente disfruta de la Divinidad absolutamente perfecta.

Todos los actos de Dios son coherentes con todos sus atributos. Ningún atributo contradice a otro, sino que todos armonizan y se funden entre sí en el abismo infinito de la Divinidad. Todo lo que Dios hace concuerda con todo lo que Dios es y el ser y el hacer son uno en Él.

La imagen familiar de Dios a menudo dividido entre Su justicia y Su misericordia es totalmente falsa a los hechos. Pensar que Dios se inclina primero por uno y luego por otro de sus atributos es imaginar a un Dios inseguro de sí mismo, frustrado y emocionalmente inestable, lo que por supuesto equivale a decir que aquel en quien estamos pensando no es en absoluto el verdadero Dios, sino un débil reflejo mental de Él muy desenfocado.

Siendo Dios quien es, no puede dejar de ser lo que es, y siendo lo que es, no puede actuar fuera de su carácter. Él es a la vez fiel e inmutable, por lo que todas sus palabras y actos deben ser y permanecer fieles. Los hombres se vuelven infieles por deseo, miedo, debilidad, pérdida de interés, o debido a alguna fuerte influencia externa. Obviamente, ninguna de estas fuerzas puede afectar a Dios en modo alguno. Él es la razón de todo lo que es y hace. Él no puede ser obligado desde fuera, sino que siempre habla y actúa desde dentro de Sí mismo por Su propia voluntad soberana como a Él le agrada.

Creo que podría demostrarse que casi todas las herejías que han afligido a la Iglesia a lo largo de los años han surgido de creer acerca de Dios cosas que no son ciertas, o de hacer demasiado hincapié en ciertas cosas ciertas para oscurecer otras igualmente ciertas. Magnificar cualquier atributo con exclusión de otro es dirigirse directamente a uno de los funestos pantanos de la teología; y, sin embargo, todos estamos constantemente tentados a hacer precisamente eso.

Por ejemplo, la Biblia enseña que Dios es amor, algunos han interpretado esto de tal manera que virtualmente niegan que Él es justo, lo cual también enseña la Biblia. Otros llevan la doctrina bíblica de la bondad de Dios tan lejos que la hacen contradecir su santidad. O hacen que Su compasión anule Su verdad. Aún otros entienden la soberanía de Dios de una manera que destruye o al menos disminuye grandemente Su bondad y amor.

Sólo podemos tener una visión correcta de la verdad si nos atrevemos a creer todo lo que Dios ha dicho sobre Sí mismo. Es una grave responsabilidad la que asume el hombre cuando trata de eliminar de la autorrevelación de Dios los rasgos que, en su ignorancia, considera objetables. La ceguera en parte debe caer sobre cualquiera de nosotros lo suficientemente presuntuoso como para intentar tal cosa. Y es totalmente impropio. No debemos temer dejar que la verdad se mantenga tal como está escrita. No hay conflicto entre los atributos divinos. El ser de Dios es unitario. No puede dividirse y actuar en un momento dado a partir de uno de sus atributos mientras el resto permanece inactivo. Todo lo que Dios es debe concordar con todo lo que Dios hace. La justicia debe estar presente en la misericordia, y el amor en el juicio. Y así con todos los atributos divinos.

La fidelidad de Dios es un dato de la sana teología, pero para el creyente se convierte en mucho más que eso: pasa por los procesos del entendimiento y se convierte en alimento nutritivo para el alma. Porque las Escrituras no sólo enseñan la verdad, sino que también muestran sus usos para la humanidad.

Los escritores inspirados eran hombres apasionados como nosotros, que habitaban en medio de la vida. Lo que aprendieron de Dios se convirtió para ellos en una espada, un escudo, un martillo; se convirtió en su motivación vital, su buena esperanza y su confiada expectativa. A partir de los hechos objetivos de la teología, sus corazones hacían miles de deducciones gozosas y aplicaciones personales. El libro de los Salmos resuena con una alegre acción de gracias por la fidelidad de Dios. El Nuevo Testamento retoma el tema y celebra la lealtad de Dios Padre y de su Hijo Jesucristo, que ante Poncio Pilato fue testigo de una buena confesión; y en el Apocalipsis se ve a Cristo a horcajadas sobre un caballo blanco cabalgando hacia su triunfo, y los nombres que lleva son Fiel y Verdadero.

También el canto cristiano celebra los atributos de Dios, y entre ellos la fidelidad divina. En nuestra himnodia, en sus mejores momentos, los atributos se convierten en el manantial del que fluyen ríos de alegre melodía. Todavía se pueden encontrar algunos himnarios antiguos en los que los himnos no tienen nombre; una línea en cursiva sobre cada uno indica el tema, y el corazón adorador no puede sino regocijarse en lo que encuentra: "Las gloriosas perfecciones de Dios celebradas". "Sabiduría, Majestad y bondad". "Omnisciencia". "Omnipotencia e inmutabilidad". "Gloria, misericordia y gracia". Estas son algunas muestras tomadas de un himnario publicado en 1849, pero todos los familiarizados con la himnodia cristiana saben que la corriente del canto sagrado se remonta a los primeros años de la existencia de la Iglesia. Desde el principio, la creencia en la perfección de Dios trajo dulce seguridad a los hombres creyentes y enseñó a los siglos a cantar.

Sobre la fidelidad de Dios descansa toda nuestra esperanza de bendición futura. Sólo en la medida en que Él sea fiel se mantendrán sus pactos y se cumplirán sus promesas. Sólo si tenemos la plena certeza de que Él es fiel, podremos vivir en paz y esperar con seguridad la vida venidera.

Cada corazón puede hacer su propia aplicación de esto y sacar de ello las conclusiones que la verdad sugiera y que sus propias necesidades pongan de manifiesto. Los tentados, los ansiosos, los temerosos, los desanimados pueden encontrar nueva esperanza y buen ánimo en el conocimiento de que nuestro Padre Celestial es fiel. Él siempre será fiel a Su palabra empeñada. Los hijos de la Alianza que se encuentran en apuros pueden estar seguros de que Él nunca les retirará Su amorosa bondad ni permitirá que Su fidelidad falte.

*Feliz el hombre cuyas esperanzas confían
En el Dios de Israel; Él hizo el cielo, Y la tierra y los mares, con todo su
tren; Su verdad permanece segura para siempre;
Él salva a los oprimidos, Él alimenta a los pobres, Y nadie encontrará
vanas Sus promesas. Isaac Watts*

CAPÍTULO 16

La bondad de Dios

Haznos el bien que te plazca, Señor. Actúa con nosotros no como lo merecemos, sino como corresponde a Ti, que eres Dios. Así no tendremos nada que temer en este mundo ni en el venidero. Amén.

La palabra bien significa tantas cosas para tantas personas que este breve estudio de la bondad divina comienza con una definición. Sólo se puede llegar al significado mediante el uso de una serie de sinónimos, que parten y regresan por caminos diferentes al mismo lugar.

Cuando la teología cristiana dice que Dios es bueno, no es lo mismo que decir que es justo o santo. La santidad de Dios es proclamada desde los cielos y repetida en la tierra por santos y sabios allí donde Dios se ha revelado a los hombres; sin embargo, en este momento no estamos considerando Su santidad, sino Su bondad, que es algo muy distinto.

La bondad de Dios es la que le dispone a ser amable, cordial, benévolo y lleno de buena voluntad hacia los hombres. Es tierno de corazón y de rápida simpatía, y Su actitud indefectible hacia todos los seres morales es abierta, franca y amistosa. Por su naturaleza se inclina a conceder la bienaventuranza y se complace santamente en la felicidad de su pueblo.

Que Dios es bueno se enseña o está implícito en cada página de la Biblia y debe ser recibido como un artículo de fe tan inexpugnable como el trono de Dios. Es la piedra angular de todo pensamiento sensato sobre Dios y es necesario para la cordura moral. Permitir que Dios pueda ser otro que bueno es negar la validez de todo pensamiento y acabar con la negación de todo juicio moral. Si Dios no es bueno, entonces no puede haber distinción entre bondad y crueldad, y el cielo puede ser el infierno y el infierno, el cielo.

La bondad de Dios es el motor de todas las bendiciones que nos concede cada día. Dios nos creó porque sentía bondad en Su corazón y nos redimió por la misma razón.

Julián de Norwich, que vivió hace seiscientos años, vio claramente que el fundamento de toda bienaventuranza es la bondad de Dios. El capítulo seis de su pequeño clásico, increíblemente bello y perspicaz, Revelaciones del amor divino, comienza así: "Esta exposición se hizo para que nuestras almas aprendieran a aferrarse sabiamente a la bondad de Dios". Luego enumera algunas de las poderosas obras que Dios ha realizado en nuestro favor, y después de cada una añade "de su bondad".

Ella vio que todas nuestras actividades religiosas y todos los medios de gracia, por correctos y útiles que sean, no son nada hasta que comprendamos que la bondad inmerecida y espontánea de Dios está detrás de todo y debajo de todos sus actos.

La bondad divina, como uno de los atributos de Dios, es autocausada, infinita, perfecta y eterna. Puesto que Dios es inmutable, nunca varía la intensidad de su bondad. Nunca ha sido más bondadoso de lo que es ahora, ni nunca será menos bondadoso. No hace acepción de personas, sino que hace brillar su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos. La causa de su bondad está en

Él mismo, los destinatarios de Su bondad son todos Sus beneficiarios sin mérito y sin recompensa.

Con esto concuerda la razón, y la sabiduría moral que se conoce a sí misma corre a reconocer que no puede haber mérito en la conducta humana, ni siquiera en la más pura y la mejor. La bondad de Dios es siempre el fundamento de nuestra esperanza. El arrepentimiento, aunque necesario, no es meritorio, sino condición para recibir el don gracioso del perdón que Dios concede por su bondad.

La oración no es meritoria en sí misma. No obliga a Dios ni le pone en deuda con nadie. Él escucha la oración porque es bueno, y por ninguna otra razón. La fe tampoco es meritoria; es simplemente confianza en la bondad de Dios, y la falta de ella es un reflejo del carácter santo de Dios.

Toda la perspectiva de la humanidad podría cambiar si todos pudiéramos creer que habitamos bajo un cielo amistoso y que el Dios del cielo, aunque exaltado en poder y majestad, está deseoso de ser nuestro amigo.

Pero el pecado nos ha hecho tímidos y cohibidos, como es lógico. Años de rebelión contra Dios han engendrado en nosotros un temor que no puede superarse en un día. El rebelde capturado no entra de buena gana en la presencia del rey que tanto tiempo ha luchado infructuosamente por derrocar. Pero si está verdaderamente arrepentido, puede venir, confiando sólo en la bondad amorosa de su Señor, y el pasado no se le echará en cara. Meister Eckhart nos anima a recordar que, cuando volvamos a Dios, aunque nuestros pecados fueran tan numerosos como los de toda la humanidad junta, Dios no los contaría en nuestra contra, sino que tendría tanta confianza en nosotros como si nunca hubiéramos pecado.

Ahora bien, alguien que, a pesar de sus pecados pasados, desea sinceramente reconciliarse con Dios, puede preguntarse con cautela: "Si me acerco a Dios, ¿cómo actuará Él conmigo? ¿Qué tipo de disposición tiene? ¿Cómo le encontraré?". La respuesta es que será exactamente como Jesús. "El que me ha visto a mí", dijo Jesús, "ha visto al Padre".

Cristo caminó con los hombres en la tierra para mostrarles cómo es Dios y dar a conocer la verdadera naturaleza de Dios a una raza que tenía ideas equivocadas acerca de Él. Esto fue sólo una de las cosas que hizo mientras estuvo aquí en la carne, pero lo hizo con hermosa perfección. De Él aprendemos cómo actúa Dios con las personas. El hipócrita, el básicamente insincero, lo encontrará frío y distante, como una vez encontraron a Jesús; pero el penitente lo encontrará misericordioso; el autocondenado lo encontrará generoso y amable. Con los temerosos es amistoso; con los pobres de espíritu, indulgente; con los ignorantes, considerado; con los débiles, amable; con los forasteros, hospitalario.

Por nuestras propias actitudes podemos determinar nuestra recepción por parte de Él. Aunque la bondad de Dios es una fuente infinita y desbordante de cordialidad, Dios no forzará Su atención sobre nosotros. Si queremos ser recibidos como lo fue el Pródigo, debemos venir como vino el Pródigo; y cuando llegemos, aunque los fariseos y los legalistas se enfurruñen afuera, habrá una fiesta de bienvenida adentro, y música y danzas mientras el Padre lleva a Su hijo de nuevo a Su corazón. La grandeza de Dios nos infunde temor, pero su bondad nos anima a no tenerle miedo. Temer y no tener miedo: ésa es la paradoja de la fe.

*Oh Dios, mi esperanza, mi descanso celestial, Mi todo de felicidad
abajo, Concede mi importuna petición,
A mí, a mí, Tu bondad muestra; Tu rostro beatífico muestra,
El resplandor del día eterno.
Ante los ojos iluminados de mi fe, haz pasar toda Tu bondad; Tu bondad
es la vista que aprecio: podría ver Tu rostro sonriente:*

Ellas naturaleza en mi alma proclaman, Revela Tu amor, Tu glorioso nombre. Carlos Wesley

CAPÍTULO 17

La justicia de Dios

Padre nuestro, te amamos por tu justicia. Reconocemos que Tus juicios son verdaderos y justos en su totalidad. Tu justicia mantiene el orden del universo y garantiza la seguridad de todos los que confían en Ti. Vivimos porque Tú eres justo y misericordioso. Santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso, justo en todos Tus caminos y santo en todas Tus obras. Amén.

En las Escrituras inspiradas, la justicia y la rectitud apenas se distinguen entre sí. La misma palabra en el original se convierte en inglés justice o righteousness, casi, se sospecharía, a capricho del traductor.

El Antiguo Testamento afirma la justicia de Dios en un lenguaje claro y pleno, y tan bello como puede encontrarse en cualquier parte de la literatura de la humanidad. Cuando se anunció la destrucción de Sodoma, Abraham intercedió por los justos de la ciudad, recordando a Dios que sabía que actuaría como Él mismo en la emergencia humana. "Lejos está de ti obrar así, matando al justo con el impío; y que el justo sea como el impío, lejos está de ti: ¿No obrará rectamente el Juez de toda la tierra?"

El concepto de Dios que tenían los salmistas y profetas de Israel era el de un gobernante todopoderoso, alto y elevado, que reina en equidad. "Nubes y tinieblas lo rodean; justicia y juicio son la morada de su trono". Del Mesías largamente esperado se profetizó que cuando viniera juzgaría al pueblo con justicia y a los pobres con juicio.

Hombres santos de tierna compasión, indignados por la injusticia de los gobernantes del mundo, oraron: "Oh Señor Dios, a quien pertenece la venganza; Dios, a quien pertenece la venganza, muéstrate. Levántate, Juez de la tierra: da tu recompensa a los soberbios. Señor, ¿hasta cuándo triunfarán los impíos, hasta cuándo triunfarán los impíos?". Y esto debe entenderse no como una súplica de venganza personal, sino como un anhelo de ver prevalecer la equidad moral en la sociedad humana.

Hombres como David y Daniel reconocieron su propia injusticia en contraste con la justicia de Dios, y como resultado sus oraciones penitenciales adquirieron gran poder y eficacia. "Oh Señor, a ti te pertenece la justicia, pero a nosotros la confusión de rostros". Y cuando el largamente esperado juicio de Dios comienza a caer sobre el mundo, Juan ve a los santos victoriosos de pie sobre un mar de cristal mezclado con fuego. En sus manos llevan arpas de Dios; el cántico que entonan es el cántico de Moisés y del Cordero, y el tema de su cántico es la justicia divina.

"Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, Señor, y glorificará tu nombre? porque sólo tú eres santo; porque todas las naciones vendrán y adorarán delante de ti; porque tus juicios son manifiestos."

La justicia encarna la idea de equidad moral, y la iniquidad es exactamente lo contrario; es la in-equidad, la ausencia de igualdad en los pensamientos y actos humanos. El juicio es la aplicación de la equidad a las situaciones morales y puede ser favorable o desfavorable según que la persona examinada haya sido equitativa o in-equitativa de corazón y de conducta.

A veces se dice: "La justicia exige que Dios haga esto", refiriéndose a algún acto que sabemos que Él realizará. Esto es un error tanto de pensamiento como de expresión, porque postula un principio de justicia fuera de Dios que le obliga a actuar de una determinada manera. Por supuesto que no existe tal principio. Si lo hubiera, sería superior a Dios, pues sólo un poder superior puede obligar a obedecer.

La verdad es que no hay ni puede haber nada fuera de la naturaleza de Dios que pueda moverle en el menor grado. Todas las razones de Dios provienen del interior de Su ser increado. Nada ha entrado en el ser de Dios desde la eternidad, nada ha sido quitado, y nada ha sido cambiado.

La justicia, cuando se usa de Dios, es un nombre que damos a la manera de ser de Dios, nada más; y cuando Dios actúa con justicia no lo hace para ajustarse a un criterio independiente, sino simplemente actuando como Él mismo en una situación dada. Como el oro es un elemento en sí mismo y nunca puede cambiar ni comprometerse, sino que es oro dondequiera que se encuentre, así Dios es Dios, siempre, sólo, plenamente Dios, y nunca puede ser otro que Él. Todo en el universo es bueno en la medida en que se ajusta a la naturaleza de Dios y malo en la medida en que no lo hace. Dios es Su propio principio autoexistente de equidad moral, y cuando condena a los malvados o recompensa a los justos, simplemente actúa como Él mismo desde dentro, sin dejarse influir por nada que no sea Él mismo.

Todo esto parece, pero sólo parece, destruir la esperanza de justificación para el pecador que vuelve. El filósofo y santo cristiano Anselmo, arzobispo de Canterbury, buscó una solución a la aparente contradicción entre la justicia y la misericordia de Dios. "¿Cómo perdonas a los impíos?", preguntó a Dios, "si Tú eres todo justo y supremamente justo". Entonces miró directamente a Dios en busca de la respuesta, pues sabía que radicaba en lo que Dios es.

Las conclusiones de Anselmo pueden parafrasearse así: El ser de Dios es unitario; no se compone de varias partes que funcionan armónicamente, sino simplemente de una. No hay nada en su justicia que impida el ejercicio de su misericordia. Pensar en Dios como a veces pensamos en un tribunal donde un juez bondadoso, obligado por la ley, condena a muerte a un hombre con lágrimas y disculpas, es pensar de una manera totalmente indigna del verdadero Dios. Dios nunca está en contradicción consigo mismo. Ningún atributo de Dios está en conflicto con otro. La compasión de Dios brota de su bondad, y la bondad sin justicia no es bondad. Dios nos perdona porque es bueno, pero no podría ser bueno si no fuera justo. Cuando Dios castiga a los malvados,

Anselmo concluye, es justo porque es consistente con sus merecimientos; y cuando Él perdona a los malvados es justo porque es compatible con Su bondad; así que Dios hace lo que le conviene como Dios supremamente bueno. Esta es la razón que trata de comprender, no para creer, sino porque ya cree.

La doctrina cristiana de la redención ofrece una solución más sencilla y familiar al problema de cómo Dios puede ser justo y justificar a los injustos. Es que, a través de la obra de Cristo en la expiación, la justicia no es violada sino satisfecha cuando Dios perdona a un pecador. La teología redentora enseña que la misericordia no se hace efectiva hacia un hombre hasta que la justicia ha hecho su trabajo. El justo castigo por el pecado fue exigido cuando Cristo, nuestro Sustituto, murió por nosotros en la cruz. Por desagradable que esto pueda sonar al oído del hombre natural, siempre ha sido dulce al oído de la fe. Millones han sido transformados moral y espiritualmente por este mensaje, han vivido vidas de gran poder moral, y han muerto al fin pacíficamente confiando en él.

Este mensaje de justicia descargada y misericordia operativa es más que una agradable teoría teológica; anuncia un hecho hecho hecho necesario por nuestra profunda necesidad humana. A causa de nuestro pecado, todos estamos condenados a muerte, un juicio que se produjo cuando la justicia se enfrentó a nuestra situación moral. Cuando la infinita equidad se enfrentó a nuestra crónica e intencionada falta de equidad, hubo una violenta guerra entre ambas, una guerra que Dios ganó y debe ganar siempre. Pero cuando el pecador penitente se entrega a Cristo para su salvación, la situación moral se invierte. La justicia se enfrenta a la nueva situación y declara justo al creyente.

Así, la justicia se pone realmente del lado de los hijos confiados de Dios. Este es el significado de aquellas atrevidas palabras del apóstol Juan: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad." Pero la justicia de Dios se alza para siempre contra el pecador con total severidad. La vaga y tenue esperanza de que Dios es demasiado bondadoso para castigar a los impíos se ha convertido en un opio mortal para las conciencias de millones de personas. Acalla sus temores y les permite practicar todas las formas placenteras de iniquidad, mientras la muerte se acerca cada día más y el mandato de arrepentirse no se cumple. Como seres morales responsables, no nos atrevemos a jugar con nuestro futuro eterno.

*Jesús, tu sangre y tu justicia son mi
belleza, mi vestido glorioso;
En medio de los mundos en llamas, con estas vestiduras, con alegría
levantaré mi cabeza. Atrevido estaré en tu gran día, pues ¿quién me
acusará de algo? Plenamente absuelto estoy
Del pecado y del miedo, de la culpa y de la vergüenza. Conde N. L. von
Zinzendorf*

CAPÍTULO 18

La misericordia de Dios

Padre santo, tu sabiduría suscita nuestra admiración, tu poder nos llena de temor, tu omnipresencia convierte cada rincón de la tierra en tierra santa; pero ¿cómo agradecerte suficientemente tu misericordia, que desciende hasta lo más bajo de nuestra necesidad para darnos belleza en lugar de ceniza, óleo de alegría en lugar de luto, y para el espíritu de tristeza un manto de alabanza?

Bendecimos y magnificamos tu misericordia, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Cuando, mediante la sangre de la alianza eterna, los hijos de las sombras alcancemos por fin nuestro hogar en la luz, tendremos mil cuerdas en nuestras arpas, pero la más dulce bien puede ser la que esté afinada para hacer sonar más perfectamente la misericordia de Dios.

Pues ¿qué derecho tendremos a estar allí? ¿Acaso no participamos con nuestros pecados en aquella impía rebelión que temerariamente trató de destronar al glorioso Rey de la creación? ¿No anduvimos en otro tiempo según la corriente de este mundo, según el príncipe malo de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia? ¿No vivimos todos en los deseos de nuestra carne? ¿Y no éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás?

Pero nosotros, que una vez fuimos enemigos y alienados en nuestras mentes por obras perversas, entonces veremos a Dios cara a cara y Su nombre estará en nuestras frentes. Nosotros, que merecimos el destierro, gozaremos de la comunión; nosotros, que merecemos las penas del infierno, conoceremos la dicha del cielo. Y todo por la entrañable misericordia de nuestro Dios, por la que la Aurora de lo alto nos ha visitado.

Cuando todas Tus misericordias, oh mi Dios, Mi alma que se eleva examina,
Transportada con la vista, Me pierdo En la maravilla, el amor y la alabanza.

Joseph Addison

La misericordia es un atributo de Dios, una energía infinita e inagotable dentro de la naturaleza divina que dispone a Dios a ser activamente compasivo. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento proclaman la misericordia de Dios, pero el Antiguo tiene más de cuatro veces más que decir al respecto que el Nuevo.

Deberíamos desterrar para siempre de nuestras mentes la noción común pero errónea de que la justicia y el juicio caracterizan al Dios de Israel, mientras que la misericordia y la gracia pertenecen al Señor de la Iglesia. En realidad, no hay en principio ninguna diferencia entre el Antiguo Testamento y el Nuevo.

En las Escrituras del Nuevo Testamento hay un desarrollo más completo de la verdad redentora, pero un Dios habla en ambas dispensaciones, y lo que habla concuerda con lo que Él es. Dondequiera y cuandoquiera que Dios se aparece a los hombres, actúa como Él mismo. Ya sea en el Jardín del Edén o en el Jardín de Getsemaní, Dios es misericordioso y justo.

Él siempre ha tratado con misericordia a la humanidad y siempre tratará con justicia cuando Su misericordia sea despreciada. Así lo hizo en los tiempos antediluvianos; así lo hizo cuando Cristo caminó entre los hombres; así lo hace hoy y lo seguirá haciendo siempre, sin otra razón que la de ser Dios. Si pudiéramos recordar que la misericordia divina no es un estado de ánimo temporal, sino un atributo del ser eterno de Dios, ya no temeríamos que algún día dejara de serlo.

La misericordia nunca comenzó a ser, sino que desde la eternidad fue; por eso nunca dejará de ser. Nunca será más, puesto que ella misma es infinita; y nunca será menos, porque lo infinito no puede sufrir disminución. Nada de lo que ha ocurrido o de lo que ocurrirá en el cielo, en la tierra o en el infierno puede cambiar las entrañables misericordias de nuestro Dios. Su misericordia permanece para siempre, una inmensidad ilimitada y abrumadora de piedad y compasión divinas.

Así como el juicio es la justicia de Dios que se enfrenta a la injusticia moral, la misericordia es la bondad de Dios que se enfrenta al sufrimiento y la culpa humanos. Si no hubiera culpa en el mundo, ni dolor ni lágrimas, Dios sería infinitamente misericordioso; pero su misericordia podría permanecer oculta en su corazón, desconocida para el universo creado.

Ninguna voz se alzaría para celebrar la misericordia de la que nadie siente necesidad. Son la miseria y el pecado humanos los que invocan la misericordia divina.

"¡Kyrie eleison! Christe eleison!" ha suplicado la Iglesia a lo largo de los siglos; pero si no me equivoco, oigo en la voz de sus súplicas una nota de tristeza y desesperación. Su grito lastimero, tan a menudo repetido en ese tono de resignado abatimiento, nos obliga a inferir que está rezando por una bendición que en realidad nunca espera recibir. Puede seguir cantando obedientemente la grandeza de Dios y recitando el credo infinitas veces, pero su súplica de misericordia suena como una esperanza desamparada y nada más, como si la misericordia fuera un don celestial que se anhela pero nunca se disfruta realmente.

¿Podría nuestra incapacidad para captar la alegría pura de la misericordia experimentada conscientemente ser el resultado de nuestra incredulidad o de nuestra ignorancia, o de ambas? Así ocurrió una vez en Israel. "Les hago constar", testificó Pablo de Israel, "que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia". Fracasaron porque había por lo menos una cosa que no sabían, una cosa que hubiera hecho la diferencia.

Y de Israel en el desierto dice el escritor hebreo: "Pero la palabra predicada no les aprovechó, por no haber sido mezclada con fe en los que la oyeron." Para recibir misericordia primero debemos saber que Dios es misericordioso. Y no es suficiente creer que Él una vez mostró misericordia a Noé o Abraham o David y que volverá a mostrar misericordia en algún feliz día futuro. Debemos creer que la misericordia de Dios es ilimitada, gratuita y, a través de Jesucristo nuestro Señor, disponible para nosotros ahora en nuestra situación presente.

Podemos suplicar misericordia durante toda una vida en la incredulidad, y al final de nuestros días no ser más que tristemente esperanzados de que en algún lugar, alguna vez, la recibiremos. Esto es morir de hambre justo fuera del salón del banquete al que hemos sido calurosamente invitados.

O podemos, si queremos, aferrarnos a la misericordia de Dios por la fe, entrar en la sala y sentarnos con las almas audaces y ávidas que no permitirán que la desconfianza y la incredulidad les impidan disfrutar del festín de cosas ricas preparado para ellas.

*Levántate, alma mía, levántate; Sacude tus temores culpables; El sacrificio sangrante En mi favor aparece:
Ante el trono está mi Fiador, Mi nombre está escrito en Sus manos. Mi Dios está reconciliado;
Su voz perdonadora oigo: Él me tiene por su hijo; ya no puedo temer:
Con confianza me acerco ahora, y clamo "Padre, Abba, Padre".
Carlos Wesley*

CAPÍTULO 19

La Gracia de Dios

Dios de toda gracia, cuyos pensamientos hacia nosotros son siempre pensamientos de paz y no de mal, danos corazones para creer que somos aceptados en el Amado; y danos mentes para admirar esa perfección de sabiduría moral que encontró la manera de preservar la integridad del cielo y sin embargo recibírnos allí. Nos asombra y maravilla que alguien tan santo y temible nos invite a Tu casa de banquetes y haga que el amor sea el estandarte sobre nosotros. No podemos expresar la gratitud que sentimos, pero mira Tú en nuestros corazones y léela allí. Amén.

En Dios, la misericordia y la gracia son una sola cosa; pero cuando llegan a nosotros se ven como dos, relacionadas pero no idénticas.

Así como la misericordia es la bondad de Dios que se enfrenta a la miseria y la culpa humanas, la gracia es su bondad dirigida hacia la deuda y el demérito humanos. Es por Su gracia que Dios imputa mérito donde antes no lo había y declara que no hay deuda donde antes la había.

La gracia es la complacencia de Dios que le inclina a conceder beneficios a los que no los merecen. Es un principio autoexistente inherente a la naturaleza divina y se nos presenta como una propensión autocausada a compadecerse de los desdichados, a perdonar a los culpables, a acoger a los marginados y a favorecer a quienes antes estaban sometidos a una justa desaprobación. Su utilidad para nosotros, hombres pecadores, es salvarnos y hacernos sentar juntos en los lugares celestiales para demostrar a los siglos las abundantes riquezas de la bondad de Dios para con nosotros en Cristo Jesús.

Nos beneficiamos eternamente de que Dios sea lo que es. Porque Él es lo que Él es, Él levanta nuestras cabezas de la prisión, cambia nuestras vestiduras de prisión por vestiduras reales, y nos hace comer pan continuamente delante de Él todos los días de nuestras vidas.

La gracia nace en lo más profundo del corazón de Dios, en el abismo terrible e incomprensible de su santo ser; pero el canal por el que fluye hacia los hombres es Jesucristo crucificado y resucitado. El apóstol Pablo, que más que ningún otro es el exponente de la gracia en la redención, nunca disocia la gracia de Dios del Hijo crucificado de Dios. Siempre en sus enseñanzas ambas se encuentran juntas, orgánicamente una e inseparables.

En su Epístola a los Efesios se encuentra un resumen completo y justo de la enseñanza de Pablo sobre este tema:

"Habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, en la cual nos hizo aceptos en el amado. En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados, según las riquezas de su gracia."

También Juan, en el Evangelio que lleva su nombre, identifica a Cristo como el medio a través del cual la gracia llega a la humanidad: "Porque la ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo."

Pero aquí es fácil perder el camino y desviarse mucho de la verdad; y algunos lo han hecho. Han obligado a este versículo a sostenerse por sí mismo, sin relación con otras Escrituras que tienen que ver con la doctrina de la gracia, y han hecho que enseñe que Moisés sólo conoció la ley y Cristo sólo conoce la gracia. Así, el Antiguo Testamento se

convierte en un libro de ley y el Nuevo Testamento en un libro de gracia. La verdad es otra.

La ley fue dada a los hombres por medio de Moisés, pero no se originó con Moisés. Existía en el corazón de Dios desde antes de la fundación del mundo. En el monte Sinaí se convirtió en el código legal para la nación de Israel; pero los principios morales que encarna son eternos. Nunca hubo un tiempo en el que la ley no representara la voluntad de Dios para la humanidad, ni un tiempo en el que la violación de la misma no conllevara su propio castigo, aunque Dios fuera paciente y a veces "guiñara el ojo" ante las malas acciones debido a la ignorancia del pueblo. Los estrechos argumentos de Pablo en los capítulos tercero y quinto de su Epístola a los Romanos lo dejan muy claro.

El manantial de la moral cristiana es el amor de Cristo, no la ley de Moisés; sin embargo, no se han abrogado los principios de la moral contenidos en la ley. No existe ninguna clase privilegiada exenta de la justicia que la ley impone.

El Antiguo Testamento es ciertamente un libro de ley, pero no sólo de ley. Antes del gran diluvio Noé "halló gracia ante los ojos del Señor", y después de que se diera la ley Dios dijo a Moisés: "Has hallado gracia ante mis ojos". ¿Y cómo podría ser de otro modo? Dios siempre será Él mismo, y la gracia es un atributo de Su santo ser. Él no puede ocultar Su gracia más de lo que el sol puede ocultar su brillo. Los hombres pueden huir de la luz del sol a cuevas oscuras y mohosas de la tierra, pero no pueden apagar el sol. Así los hombres pueden despreciar la gracia de Dios en cualquier dispensación, pero no pueden extinguirla.

Si los tiempos del Antiguo Testamento hubieran sido sólo tiempos de leyes severas e inflexibles, toda la complexión del mundo primitivo habría sido mucho menos alegre de lo que encontramos en los escritos antiguos. No habría existido Abraham, amigo de Dios; ni David, hombre según el corazón de Dios; ni Samuel, ni Isaías, ni Daniel. El undécimo capítulo de Hebreos, esa Abadía de Westminster de los espiritualmente grandes del Antiguo Testamento, quedaría oscura y sin sustento. La gracia hizo posible la santidad en los días del Antiguo Testamento, como lo hace hoy.

Nadie se ha salvado jamás si no es por la gracia, desde Abel hasta el momento presente. Desde que la humanidad fue desterrada del Jardín del Este, nadie ha vuelto jamás al favor divino, excepto por la pura bondad de Dios. Y dondequiera que la gracia encontró a algún hombre fue siempre por Jesucristo. La gracia, en efecto, vino por Jesucristo, pero no esperó a su nacimiento en el pesebre ni a su muerte en la cruz para hacerse operativa.

Cristo es el Cordero inmolado desde la fundación del mundo. El primer hombre en la historia humana que fue reintegrado a la comunión con Dios vino por la fe en Cristo. En tiempos antiguos, los hombres esperaban la obra redentora de Cristo; en tiempos posteriores, la recordaban, pero siempre vinieron y vinieron por gracia, por medio de la fe.

Debemos tener presente también que la gracia de Dios es infinita y eterna. Como no tuvo principio, tampoco puede tener fin, y siendo un atributo de Dios, es tan ilimitada como la infinitud.

En lugar de esforzarnos por comprender esto como una verdad teológica, sería mejor y más sencillo comparar la gracia de Dios con nuestra necesidad. Nunca podremos conocer la enormidad de nuestro pecado, ni es necesario que la conozcamos. Lo que sí podemos saber es que "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia".

Abundar" en el pecado: eso es lo peor y lo máximo que podríamos o podemos hacer. La palabra abundar define el límite de nuestras capacidades finitas; y aunque sentimos que nuestras iniquidades se elevan sobre nosotros como una montaña, la montaña, sin embargo, tiene límites definibles: es tan grande, tan alta, que sólo pesa esta cierta cantidad y no más. Pero, ¿quién puede definir la gracia ilimitada de Dios? Su "mucho más" sumerge nuestros pensamientos en la infinitud y los confunde allí. Gracias sean dadas a Dios por la gracia abundante.

Nosotros, que nos sentimos alejados de la comunión con Dios, podemos ahora levantar nuestras cabezas desanimadas y mirar hacia arriba. A través de las virtudes de la muerte expiatoria de Cristo, la causa de nuestro destierro ha sido eliminada. Podemos volver como volvió el Pródigo, y ser bienvenidos. Al acercarnos al Jardín, nuestro hogar antes de la Caída, se retira la espada flamígera. Los guardianes del árbol de la vida se apartan cuando ven acercarse a un hijo de la gracia.

*Vuelve, oh vagabundo, vuelve
ahora, y busca el rostro de tu
Padre;
Esos nuevos deseos que en ti arden
fueron encendidos por Su gracia.
Vuelve, oh caminante, vuelve ahora, y enjuga la lágrima que
cae: Tu Padre te llama, no te lamentes más;
'Tis love invites thee near
William Benco Collyer*

CAPÍTULO 20

El amor de Dios

Padre nuestro que estás en los cielos, nosotros, tus hijos, estamos a menudo turbados de espíritu, oyendo en nuestro interior a la vez las afirmaciones de la fe y las acusaciones de la conciencia. Estamos seguros de que nada hay en nosotros que pueda atraer el amor de Alguien tan santo y tan justo como Tú. Sin embargo, Tú nos has declarado tu amor inmutable en Cristo Jesús. Si nada en nosotros puede ganar Tu amor, nada en el universo puede impedir que Tú nos ames.

Tu amor es incausado e inmerecido. Tú mismo eres la razón del amor con que somos amados. Ayúdanos a creer en la intensidad, en la eternidad del amor que nos ha encontrado. Entonces el amor echará fuera el miedo; y nuestros corazones atribulados estarán en paz, confiando no en lo que somos, sino en lo que Tú mismo has declarado ser. Amén.

El apóstol Juan, por el Espíritu, escribió: "Dios es amor", y algunos han tomado sus palabras como una declaración definitiva sobre la naturaleza esencial de Dios. Esto es un gran error. Con esas palabras Juan afirmaba un hecho, pero no ofrecía una definición.

Equiparar el amor con Dios es un error importante que ha producido mucha filosofía religiosa poco sólida y ha dado lugar a un aluvión de poesía vaporosa completamente en desacuerdo con las Sagradas Escrituras y de un clima totalmente distinto al del cristianismo histórico.

Si el apóstol hubiera declarado que el amor es lo que Dios es, nos veríamos obligados a deducir que Dios es lo que el amor es. Si literalmente Dios es amor, entonces literalmente el amor es Dios, y estamos obligados a adorar al amor como el único Dios que existe. Si el amor es igual a Dios, entonces Dios sólo es igual al amor, y Dios y el amor son idénticos. Así destruimos el concepto de personalidad en Dios y negamos rotundamente todos sus atributos excepto uno, y a ese lo sustituimos por Dios.

El Dios que nos queda no es el Dios de Israel; no es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo; no es el Dios de los profetas y los apóstoles; no es el Dios de los santos y reformadores y mártires, ni tampoco el Dios de los teólogos e himnistas de la Iglesia.

Por el bien de nuestras almas debemos aprender a entender las Escrituras. Debemos escapar de la esclavitud de las palabras y, en su lugar, adherirnos fielmente a los significados. Las palabras deben expresar ideas, no originarlas. Decimos que Dios es amor; decimos que Dios es luz; decimos que Cristo es verdad; y queremos que las palabras se entiendan de manera muy parecida a como se entienden las palabras cuando decimos de un hombre: "Él es la bondad misma". Al decirlo así no estamos afirmando que la bondad y el hombre sean idénticos, y nadie entiende nuestras palabras en ese sentido.

Las palabras "Dios es amor" significan que el amor es un atributo esencial de Dios. El amor es algo verdadero de Dios, pero no es Dios. Expresa el modo de ser de Dios en su ser unitario, al igual que las palabras santidad, justicia, fidelidad y verdad. Como Dios es inmutable, siempre actúa como Él mismo, y como es una unidad, nunca suspende uno de sus atributos para ejercer otro.

De los otros atributos conocidos de Dios podemos aprender mucho sobre Su amor. Podemos saber, por ejemplo, que porque Dios es auto-existente, Su amor no tuvo principio; porque Él es eterno, Su amor no puede tener fin; porque Él es infinito, no tiene límite; porque Él es santo, es la quintaesencia de toda la pureza sin mancha;

porque Él es inmenso, Su amor es un amor inmenso; porque Él es inmenso, Su amor es un amor inmenso.

mar incomprensiblemente vasto, sin fondo, sin orillas, ante el que nos arrodillamos en gozoso silencio y del que la elocuencia más elevada se retira confundida y avergonzada.

Sin embargo, si queremos conocer a Dios y, por el bien de los demás, contar lo que sabemos, debemos intentar hablar de Su amor. Todos los cristianos lo han intentado, pero ninguno lo ha hecho muy bien. No puedo hacer más justicia a ese tema impresionante y lleno de maravillas de lo que un niño puede captar una estrella. Sin embargo, al extender el brazo hacia la estrella, el niño puede llamar la atención sobre ella e incluso indicar la dirección en la que hay que mirar para verla. Así, al extender mi corazón hacia el alto y brillante amor de Dios, alguien que no lo haya conocido antes puede animarse a mirar hacia arriba y tener esperanza.

No sabemos, y puede que nunca sepamos, qué es el amor, pero podemos saber cómo se manifiesta, y eso nos basta aquí. Primero lo vemos manifestarse como buena voluntad. El amor quiere el bien para todos y nunca quiere el mal para nadie. Esto explica las palabras del apóstol Juan: "En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor."

El miedo es la emoción dolorosa que surge al pensar que nos pueden hacer daño o hacernos sufrir. Este miedo persiste mientras estamos sometidos a la voluntad de alguien que no desea nuestro bienestar. En el momento en que quedamos bajo la protección de alguien de buena voluntad, el miedo se desvanece. Un niño perdido en una tienda llena de gente está lleno de miedo porque ve a los extraños a su alrededor como enemigos. En los brazos de su madre, un momento después, todo el terror desaparece. La buena voluntad de la madre expulsa el miedo.

El mundo está lleno de enemigos, y mientras estemos sujetos a la posibilidad de sufrir daños por parte de estos enemigos, el miedo es inevitable. El esfuerzo por vencer el miedo sin eliminar las causas es totalmente inútil. El corazón es más sabio que los apóstoles de la tranquilidad. Mientras estemos en manos del azar, mientras busquemos esperanza en la ley de los promedios, mientras debamos confiar para sobrevivir en nuestra capacidad de ser más inteligentes o más hábiles que el enemigo, tendremos buenas razones para tener miedo. Y el miedo es un tormento.

Saber que el amor es de Dios y entrar en el lugar secreto apoyándose en el brazo del Amado - esto y sólo esto puede echar fuera el miedo. Que un hombre se convenza de que nada puede hacerle daño e instantáneamente para él todo temor desaparece del universo. El reflejo nervioso, la repulsión natural al dolor físico pueden sentirse a veces, pero el profundo tormento del miedo desaparece para siempre.

Dios es amor y Dios es soberano. Su amor le dispone a desear nuestro bienestar eterno y su soberanía le permite asegurarlo. Nada puede dañar a un hombre bueno.

Pueden matar el cuerpo: La verdad de Dios permanece todavía Su reino es para siempre.
Martín Lutero

El amor de Dios nos dice que Él es amigo y Su Palabra nos asegura que Él es nuestro amigo y quiere que seamos Sus amigos. Ningún hombre con un rastro de humildad pensaría primero que es amigo de Dios; pero la idea no se originó en los hombres. Abraham nunca habría dicho: "Soy amigo de Dios", pero Dios mismo dijo que Abraham era Su amigo. Los discípulos bien podrían haber dudado en reclamar amistad con Cristo, pero Cristo les dijo: "Vosotros sois mis amigos."

La modestia puede recular ante un pensamiento tan imprudente, pero la fe audaz se atreve a creer en la Palabra y reclamar la amistad con Dios. Le hacemos más honor a Dios creyendo lo que Él ha dicho de Sí mismo y teniendo el valor de acercarnos con valentía al trono de la gracia, que escondiéndonos en una humildad cohibida entre los árboles del jardín.

El amor es también una identificación emocional. No considera nada suyo, sino que lo da todo libremente al objeto de su afecto. Lo vemos constantemente en nuestro mundo de hombres y mujeres. Una joven madre, delgada y cansada, amamanta a un bebé rollizo y sano, y lejos de quejarse, la madre contempla a su hijo con ojos brillantes de felicidad y orgullo. Los actos de abnegación son comunes al amor. Cristo dijo de sí mismo

"Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos".

Es una extraña y hermosa excentricidad del Dios libre que haya permitido que Su corazón se identifique emocionalmente con los hombres. Autosuficiente como es, quiere nuestro amor y no estará satisfecho hasta que lo obtenga. Libre como es, ha permitido que Su corazón esté ligado a nosotros para siempre. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. "Porque nuestra alma es tan especialmente amada por Aquel que es el más alto", dice Julián de Norwich, "que sobrepasa el conocimiento de todas las criaturas: es decir, no hay criatura hecha que pueda saber cuánto y cuán dulce y tiernamente nos ama nuestro Hacedor. Y por lo tanto podemos con la gracia y Su ayuda estar en la contemplación espiritual, con eterna maravilla de este alto, sobrepasante, inestimable Amor que Dios Todopoderoso nos tiene de Su Bondad."

Otra característica del amor es que se complace en su objeto. Dios disfruta de su creación. El apóstol Juan dice francamente que el propósito de Dios en la creación fue Su propio placer. Dios es feliz en Su amor por todo lo que ha hecho. No podemos perdernos el sentimiento de placer en las encantadoras referencias de Dios a Su obra. El Salmo 104 es un poema de la naturaleza divinamente inspirado, casi rapsódico en su felicidad, y el deleite de Dios se siente en todo él.

"La gloria del Señor permanecerá para siempre: el Señor se regocijará en sus obras".

El Señor se complace especialmente en sus santos. Muchos piensan que Dios está alejado, sombrío y poderosamente disgustado con todo, contemplando con un ánimo de fija apatía un mundo en el que hace mucho tiempo que perdió interés; pero esto es pensar erróneamente. Es cierto que Dios odia el pecado y nunca puede ver con agrado la iniquidad, pero cuando los hombres tratan de hacer la voluntad de Dios, Él responde con genuino afecto.

Cristo en su expiación ha eliminado el obstáculo a la comunión divina. Ahora en Cristo todas las almas creyentes son objetos del deleite de Dios. "El Señor tu Dios en medio de ti es poderoso; salvará, se alegrará sobre ti con gozo; descansará en su amor, se gozará sobre ti con cánticos".

Según el Libro de Job, la obra creadora de Dios se hizo con acompañamiento musical. "¿Dónde estabas -pregunta Dios- cuando puse los cimientos de la tierra . . . cuando las estrellas del alba cantaban juntas, y todos los hijos de Dios gritaban de alegría". John Dryden llevó la idea un poco más lejos, pero quizá no demasiado para ser cierta:

De la armonía, de la armonía celestial, Este marco universal comenzó:

*Cuando la naturaleza yace bajo
un montón de átomos agitados,
Y no podía levantar la cabeza,
Desde lo alto se oyó la voz melodiosa:
"¡Levantaos, más que muertos!".
Entonces frío, y caliente, y húmedo, y seco, En orden a sus estaciones
saltan, Y el poder de la Música obedece.
De la armonía, de la armonía celestial, Este marco universal
comenzó: De la armonía a la armonía
A través de todo el compás de las notas que corrió, El diapasón de cierre
completo en el hombre.*

La música es a la vez expresión y fuente de placer, y el placer más puro y cercano a Dios es el placer del amor.

El infierno es un lugar sin placeres porque allí no hay amor. El Cielo está lleno de música porque es el lugar donde abundan los placeres del amor santo. La tierra es el lugar donde los placeres del amor se mezclan con el dolor, porque allí está el pecado, el odio y la mala voluntad. En un mundo como el nuestro, el amor debe sufrir a veces, como sufrió Cristo al entregarse por los suyos. Pero tenemos la promesa cierta de que las causas del dolor serán finalmente abolidas y la nueva faz gozará para siempre de un mundo de amor desinteresado y perfecto.

La naturaleza del amor es que no puede estar quieto. Es activo, creador y benigno. "Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo pecadores, Cristo murió por nosotros". "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito". Así debe ser donde está el amor; el amor debe dar siempre a los suyos, cueste lo que cueste. Los apóstoles reprendieron duramente a las iglesias jóvenes porque algunos de sus miembros habían olvidado esto y habían permitido que su amor se gastara en el disfrute personal mientras sus hermanos estaban necesitados. "Pero el que tiene bienes de este mundo, y ve a su hermano tener necesidad, y cierra de él sus entrañas de compasión, ¿cómo mora el amor de Dios en él?". Así escribió aquel Juan que ha sido conocido por los siglos como "el Amado".

El amor de Dios es una de las grandes realidades del universo, un pilar sobre el que descansa la esperanza del mundo. Pero también es algo personal, íntimo. Dios no ama a las poblaciones, ama a las personas. No ama a las masas, sino a los hombres. Nos ama a todos con un amor poderoso que no tiene principio ni puede tener fin.

En la experiencia cristiana hay un contenido de amor altamente satisfactorio que la distingue de todas las demás religiones y la eleva a alturas muy superiores incluso a la filosofía más pura y noble. Este contenido de amor es más que una cosa; es Dios mismo en medio de su Iglesia cantando sobre su pueblo. La verdadera alegría cristiana es la respuesta armoniosa del corazón al canto de amor del Señor.

*Tú, oculto amor de Dios, cuya altura, cuya profundidad insondable, nadie
conoce, veo desde lejos tu hermosa luz,
Sólo suspiro por Tu reposo;
Mi corazón está dolorido, y no podrá descansar hasta que encuentre
reposo en Ti. Gerhard Tersteegen
De "Una canción para el día de Santa Cecilia"*

CAPÍTULO 21

La santidad de Dios

Gloria a Dios en las alturas. Te alabamos, Te bendecimos, Te adoramos, por Tu gran gloria. Señor, dije lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí que no conocía. Oí hablar de Ti con el oído, pero ahora mis ojos Te ven y me aborrezco en polvo y ceniza. Oh Señor, pondré mi mano sobre mi boca. Una vez he hablado, sí, dos veces, pero no seguiré adelante.

Pero mientras meditaba, el fuego ardía. Señor, debo hablar de Ti, no sea que con mi silencio ofenda a la generación de tus hijos. He aquí, Tú has escogido lo necio del mundo para confundir a los sabios, y lo débil del mundo para confundir a los poderosos. Oh Señor, no me abandones. Permíteme mostrar tu fuerza a esta generación y tu poder a todas las venideras. Suscita profetas y videntes en tu Iglesia que magnifiquen tu gloria y a través de tu Espíritu todopoderoso devuelve a tu pueblo el conocimiento de lo santo. Amén.

El choque moral sufrido por nosotros a causa de nuestra poderosa ruptura con la alta voluntad del cielo nos ha dejado a todos con un trauma permanente que afecta a cada parte de nuestra naturaleza. Hay enfermedad tanto en nosotros mismos como en nuestro entorno.

La súbita comprensión de su depravación personal llegó como un golpe del cielo al tembloroso corazón de Isaías en el momento en que tuvo su visión revolucionaria de la santidad de Dios. Su grito lleno de dolor,

"Ay de mí, que estoy deshecho, porque soy hombre de labios impuros y habito en medio de un pueblo de labios impuros; porque mis ojos han visto al Rey, al Señor de los ejércitos", expresa el sentimiento de todo hombre que se ha descubierto a sí mismo bajo sus disfraces y se ha visto confrontado con una visión interior de la santa blancura que es Dios. Tal experiencia no puede sino ser emocionalmente violenta.

Hasta que no nos hayamos visto a nosotros mismos como Dios nos ve, no es probable que nos perturben mucho las condiciones que nos rodean, siempre y cuando no se nos vayan tanto de las manos como para amenazar nuestra cómoda forma de vida. Hemos aprendido a vivir con la impiedad y hemos llegado a considerarla como algo natural y esperado. No nos decepciona no encontrar toda la verdad en nuestros maestros de fe, ni plenitud en nuestros políticos, ni completa honestidad en nuestros comerciantes, ni plena confianza en nuestros amigos. Para poder seguir existiendo, promulgamos las leyes necesarias para protegernos de nuestros semejantes y lo dejamos estar.

Ni el escritor ni el lector de estas palabras están cualificados para apreciar la santidad de Dios. Literalmente, un nuevo canal debe ser cortado a través del desierto de nuestras mentes para permitir que fluyan las dulces aguas de la verdad que sanarán nuestra gran enfermedad. No podemos captar el verdadero significado de la santidad divina pensando en alguien o algo muy puro y luego elevando el concepto al grado más alto de que seamos capaces.

La santidad de Dios no es simplemente lo mejor que conocemos infinitamente mejorado. No conocemos nada como la santidad divina. Es distinta, única, inaccesible, incomprensible e inalcanzable. El hombre natural es ciego a ella. Puede temer el poder de Dios y admirar su sabiduría, pero ni siquiera puede imaginar su santidad.

Sólo el Espíritu del Santo puede impartir al espíritu humano el conocimiento de lo santo. Sin embargo, como la energía eléctrica fluye sólo a través de un conductor, así el

Espíritu fluye a través de la verdad y debe encontrar la misma medida de verdad en la mente antes de que pueda iluminar el corazón. La fe se despierta a la voz de la verdad, pero no responde a ningún otro sonido. "La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios". El conocimiento teológico es el medio a través del cual el Espíritu fluye en el corazón humano, pero debe haber humilde penitencia en el corazón antes de que la verdad pueda producir fe. El Espíritu de Dios es el Espíritu de la verdad. Es posible tener la misma verdad en la mente sin tener el Espíritu en el corazón, pero nunca es posible tener el Espíritu aparte de la verdad.

En su penetrante estudio de lo sagrado, Rudolf Otto defiende con vehemencia la presencia en la mente humana de algo que él denomina lo "numinoso", con lo que, aparentemente, se refiere a la sensación de que existe en el mundo un Algo vago e incomprensible, el *Mysterium Tremendum*, el asombroso Misterio, que rodea y envuelve el universo. Se trata de un Ello, una Cosa espantosa, que nunca puede concebirse intelectualmente, sólo intuirse y sentirse en las profundidades del espíritu humano. Permanece como un instinto religioso permanente, un sentimiento de esa Presencia innominada e indescifrable que "corre como el azogue por las venas de la creación" y a veces aturde la mente al confrontarla con una manifestación sobrenatural y superracional de sí misma. El hombre así confrontado se siente abatido y abrumado y sólo puede temblar y callar.

Este temor no racional, este sentimiento por el Misterio increado en el mundo, está detrás de toda religión. La religión pura de la Biblia, no menos que el animismo más bajo del hombre de la tribu desnuda, existe sólo porque este instinto básico está presente en la naturaleza humana. Por supuesto, la diferencia entre la religión de un Isaías o de un

Pablo y la del animista es que uno tiene la verdad y el otro no; sólo tiene el instinto "numinoso". Se siente tras un Dios desconocido, pero un Isaías y un Pablo han encontrado al Dios verdadero a través de Su propia auto-revelación en las Escrituras inspiradas.

El sentimiento por el misterio, incluso por el Gran Misterio, es básico en la naturaleza humana e indispensable para la fe religiosa, pero no es suficiente. Por él los hombres pueden susurrar: "Esa Cosa horrible", pero no gritan: "¡Mi Santo!". En las Escrituras hebreas y cristianas Dios lleva adelante Su autorrevelación y le da personalidad y contenido moral. Esta terrible Presencia se muestra no como una Cosa, sino como un Ser moral con todas las cálidas cualidades de una personalidad genuina. Más que esto, Él es la quintaesencia absoluta de la excelencia moral, infinitamente perfecto en rectitud, pureza, rectitud e incomprensible santidad. Y en todo esto Él es increado, autosuficiente y más allá del poder del pensamiento humano para concebir o del habla humana para expresar.

Mediante la autorrevelación de Dios en las Escrituras y la iluminación del Espíritu Santo, el cristiano lo gana todo y no pierde nada. A su idea de Dios se añaden los conceptos gemelos de personalidad y carácter moral, pero permanece el sentido original de asombro y temor en presencia del Misterio que llena el mundo. Hoy su corazón puede saltar con el grito feliz: "¡Abba Padre, Señor mío y Dios mío!". Mañana puede arrodillarse con el temblor encantado para admirar y adorar al Alto y Elevado que habita la eternidad.

Dios es santo. Para ser santo Él no se conforma a un estándar. Él es esa norma. Él es absolutamente santo con una infinita e incomprensible plenitud de pureza que es incapaz de ser otra cosa de lo que es. Porque Él es santo, sus atributos son santos; es decir, todo lo que pensamos que pertenece a Dios debe ser pensado como santo. Dios es santo y ha hecho de la santidad la condición moral necesaria para la salud del hombre.

Su universo. La presencia temporal del pecado en el mundo sólo acentúa esto. Lo que es santo es sano; el mal es una enfermedad moral que debe terminar finalmente en la muerte. La formación de la propia lengua lo sugiere, la palabra inglesa holy deriva del anglosajón halig, hal, que significa "bien, entero".

Puesto que la primera preocupación de Dios por su universo es su salud moral, es decir, su santidad, todo lo que sea contrario a esto está necesariamente bajo su eterno desagrado. Para preservar Su creación, Dios debe destruir todo lo que pueda destruirla. Cuando se levanta para acabar con la iniquidad y salvar al mundo de un colapso moral irreparable, se dice que está airado. Cada juicio iracundo en la historia del mundo ha sido un acto santo de preservación. La santidad de Dios, la ira de Dios y la salud de la creación están inseparablemente unidas. La ira de Dios es su total intolerancia hacia todo lo que degrada y destruye. Odia la iniquidad como una madre odia la poliomielitis que acaba con la vida de su hijo.

Dios es santo con una santidad absoluta que no conoce grados, y esto no puede impartirlo a sus criaturas. Pero hay una santidad relativa y contingente que Él comparte con ángeles y serafines en el cielo y

con los hombres redimidos en la tierra como preparación para el cielo. Dios puede impartir esta santidad a sus hijos, y lo hace. La comparte con ellos por imputación y por impartición, y porque la ha puesto a su disposición mediante la sangre del Cordero, la exige de ellos. A Israel primero, y más tarde a Su Iglesia, Dios habló diciendo: "Sed santos, porque yo soy santo". No dijo: "Sed tan santos como yo soy santo", porque eso sería exigirnos una santidad absoluta, algo que sólo pertenece a Dios.

Ante el fuego increado de la santidad de Dios, los ángeles velan sus rostros. Sí, los cielos no están limpios, y las estrellas no son puras a Su vista. Ningún hombre honesto puede decir "yo soy santo", pero tampoco ningún hombre honesto está dispuesto a ignorar las solemnes palabras del escritor inspirado: "Seguid la paz con todos los hombres, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor".

Atrapados en este dilema, ¿qué debemos hacer los cristianos? Debemos, como Moisés, cubrirnos de fe y humildad mientras echamos una rápida mirada al Dios que ningún hombre puede ver y vivir. No despreciará a los quebrantados y contritos de corazón. Debemos esconder nuestra impiedad en las heridas de Cristo como Moisés se escondió en la hendidura de la roca mientras la gloria de Dios pasaba. Debemos refugiarnos en Dios. Sobre todo debemos creer que Dios nos ve perfectos en su Hijo mientras nos disciplina, nos castiga y nos purga para que seamos partícipes de su santidad.

Por la fe y la obediencia, por la meditación constante en la santidad de Dios, por amar la justicia y odiar la iniquidad, por un conocimiento creciente del Espíritu de santidad, podemos aclimatarnos a la comunión de los santos en la tierra y prepararnos para la compañía eterna de Dios y de los santos en lo alto. Así, como se dice, cuando los creyentes humildes se reúnan, tendremos un cielo para ir al cielo.

*¡Qué terribles son tus años eternos, Señor eterno! Por
espíritus postrados día y noche
¡Incesantemente adorado!
Qué hermoso, qué hermoso
debe ser verte,
Tu sabiduría infinita, tu poder sin límites y tu terrible pureza.*

*¡Oh, cómo te temo, Dios vivo! Con los más profundos y
tiernos temores, Y te adoro con temblorosa esperanza, Y
lágrimas de penitencia.*

Frederick W. Faber

CAPÍTULO 22

La soberanía de Dios

¿Quién no te temería, Señor Dios de los ejércitos, altísimo y terrible? Porque Tú eres el único Señor. Tú hiciste el cielo y el cielo de los cielos, la tierra y todas las cosas que hay en ella, y en Tu mano está el alma de todo ser viviente, Tú te sientas rey sobre el diluvio; sí, Tú te sientas rey para siempre.

Tú eres un gran rey sobre toda la tierra. Tú estás revestido de fuerza; honor y majestad están ante Ti. Amén.

La soberanía de Dios es el atributo por el que gobierna toda Su creación, y para ser soberano Dios debe ser omnisciente, omnipotente y absolutamente libre. Las razones son éstas:

Si existiera un solo dato de conocimiento, por pequeño que fuera, desconocido por Dios, su gobierno se vendría abajo en ese punto. Para ser Señor de toda la creación, debe poseer todo el conocimiento. Y si a Dios le faltara una pizca infinitesimal de poder, esa carencia pondría fin a su reinado y desharía su reino; ese átomo perdido de poder pertenecería a otro y Dios sería un gobernante limitado y, por tanto, no soberano.

Además, Su soberanía requiere que Él sea absolutamente libre, lo que significa simplemente que Él debe ser libre de hacer lo que quiera en cualquier lugar y en cualquier momento para llevar a cabo Su propósito eterno en cada detalle sin interferencia. Si fuera menos que libre, sería menos que soberano.

Captar la idea de libertad sin reservas requiere un vigoroso esfuerzo de la mente. No estamos psicológicamente condicionados para comprender la libertad salvo en sus formas imperfectas. Nuestros conceptos de ella se han formado en un mundo en el que no existe la libertad absoluta. Aquí, cada objeto natural depende de muchos otros objetos, y esa dependencia limita su libertad.

Wordsworth, al comienzo de su "Preludio", se regocijaba de haber escapado de la ciudad donde había estado encerrado durante mucho tiempo y de ser "ahora libre, libre como un pájaro para posarme donde quiera". Pero ser libre como un pájaro no es ser libre en absoluto. El naturalista sabe que el pájaro supuestamente libre vive en realidad toda su vida en una jaula hecha de miedos, ansias e instintos; está limitado por las condiciones meteorológicas, las variaciones de la presión atmosférica, el suministro local de alimentos, las fieras depredadoras y el más extraño de todos los lazos, la irresistible compulsión a permanecer dentro de la pequeña parcela de tierra y aire que le asigna la comunidad ornitológica. El pájaro más libre está, junto con cualquier otra cosa creada, constantemente controlado por una red de necesidad. Sólo Dios es libre.

Se dice que Dios es absolutamente libre porque nadie ni nada puede impedirle, obligarle o detenerle. Puede hacer lo que quiera siempre, en todas partes y para siempre. Ser así de libre significa también que debe poseer autoridad universal. Que tiene poder ilimitado lo sabemos por las Escrituras y podemos deducirlo de algunos otros de Sus atributos. Pero, ¿qué hay de Su autoridad?

Incluso discutir la autoridad de Dios Todopoderoso parece algo sin sentido, y cuestionarla sería absurdo. ¿Podemos imaginarnos al Señor Dios de los Ejércitos teniendo que pedir permiso a alguien o solicitar algo a un órgano superior? ¿A quién acudiría Dios para pedir permiso? ¿Quién es más alto que el Altísimo? ¿Quién es más poderoso que el Todopoderoso? ¿Qué posición es anterior a la del Eterno? ¿Ante qué trono se arrodillaría Dios? ¿Dónde está el más grande a quien Él debe apelar? "Así dice el Señor, el Rey de

Israel, y su redentor el Señor de los ejércitos; yo soy el primero y yo soy el último, y fuera de mí no hay Dios".

La soberanía de Dios es un hecho bien establecido en las Escrituras y declarado en voz alta por la lógica de la verdad. Pero hay que admitir que plantea ciertos problemas que hasta ahora no se han resuelto satisfactoriamente: Se trata principalmente de dos. El primero es la presencia en la creación de aquellas cosas que Dios no puede aprobar, como el mal, el dolor y la muerte. Si Dios es soberano, podría haber impedido su existencia. ¿Por qué no lo hizo?

El Zend-Avesta, libro sagrado del zoroastrismo, la más elevada de las grandes religiones no bíblicas, sorteó esta dificultad con bastante facilidad postulando un dualismo teológico. Había dos dioses, Ormazd y Ahriman, y ambos crearon el mundo. El bueno Ormazd hizo todas las cosas buenas y el malvado Ahriman hizo el resto. Era bastante simple. Ormazd no tenía ninguna soberanía de la que preocuparse, y al parecer no le importaba compartir sus prerrogativas con otro.

Para el cristiano esta explicación no es suficiente, porque contradice rotundamente la verdad enseñada con tanto énfasis en toda la Biblia, que hay un solo Dios y que sólo Él creó el cielo y la tierra y todas las cosas que hay en ellos. Los atributos de Dios son tales que hacen imposible la existencia de otro Dios. El cristiano admite que no tiene la respuesta definitiva al enigma del mal permitido. Pero sabe cuál no es esa respuesta. Y sabe que el Zend-Avesta tampoco la tiene.

Aunque no tenemos una explicación completa del origen del pecado, sabemos algunas cosas. En Su soberana sabiduría, Dios ha permitido que el mal exista en áreas cuidadosamente restringidas de Su creación, una especie de forajido fugitivo cuyas actividades son temporales y de alcance limitado. Al hacer esto, Dios ha actuado de acuerdo con su infinita sabiduría y bondad. Más que eso nadie sabe en la actualidad; y más que eso nadie necesita saber. El nombre de Dios es garantía suficiente de la perfección de Sus obras.

Otro problema real creado por la doctrina de la soberanía divina tiene que ver con la voluntad del hombre. Si Dios gobierna su universo mediante sus decretos soberanos, ¿cómo es posible que el hombre ejerza el libre albedrío? Y si no puede ejercer la libertad de elección, ¿cómo se le puede hacer responsable de su conducta? ¿No es acaso una mera marioneta cuyas acciones están determinadas por un Dios entre bastidores que mueve los hilos a su antojo?

El intento de responder a estas preguntas ha dividido claramente a la Iglesia cristiana en dos bandos que han llevado los nombres de dos distinguidos teólogos, Jacobo Arminio y Juan Calvino. La mayoría de los cristianos se conforman con entrar en uno u otro bando y niegan la soberanía de Dios o el libre albedrío del hombre. Parece posible, sin embargo, reconciliar estas dos posiciones sin violentar ninguna de ellas, aunque el esfuerzo que sigue puede resultar deficiente para los partidarios de uno u otro bando.

Este es mi punto de vista: Dios decretó soberanamente que el hombre fuera libre para ejercer la elección moral, y el hombre desde el principio ha cumplido ese decreto al hacer su elección entre el bien y el mal. Cuando elige hacer el mal, no contrarresta la voluntad soberana de Dios, sino que la cumple, ya que el decreto eterno no decidió qué elección debía hacer el hombre, sino que debía ser libre para hacerla. Si en su libertad absoluta Dios ha querido dar al hombre una libertad limitada, ¿quién está ahí para detener su mano o decir,

"¿Qué haces?" La voluntad del hombre es libre porque Dios es soberano. Un Dios menos que soberano no podría conceder libertad moral a sus criaturas. Tendría miedo de

hacerlo.

Quizá una ilustración casera nos ayude a entenderlo. Un transatlántico sale de Nueva York con destino a Liverpool. Su destino ha sido determinado por las autoridades competentes. Nada puede cambiarlo. Esta es al menos una débil imagen de la soberanía.

A bordo del transatlántico hay varias decenas de pasajeros. No están encadenados, ni sus actividades están determinadas para ellos por decreto. Son completamente libres de moverse como quieran. Comen, duermen, juegan, holgazanean en cubierta, leen, hablan, todo a su antojo; pero todo el tiempo el gran transatlántico los lleva con paso firme hacia un puerto predeterminado.

Tanto la libertad como la soberanía están presentes aquí y no se contradicen. Creo que lo mismo ocurre con la libertad del hombre y la soberanía de Dios. El poderoso transatlántico del designio soberano de Dios mantiene su rumbo firme sobre el mar de la historia. Dios avanza imperturbable y sin obstáculos hacia el cumplimiento de los propósitos eternos que se propuso en Cristo Jesús antes del comienzo del mundo. No sabemos todo lo que está incluido en esos propósitos, pero se ha revelado lo suficiente para proporcionarnos un amplio bosquejo de las cosas venideras y para darnos buena esperanza y firme seguridad del bienestar futuro.

Sabemos que Dios cumplirá todas las promesas hechas a los profetas; sabemos que los pecadores serán limpiados algún día de la tierra; sabemos que una compañía rescatada entrará en el gozo de Dios y que los justos brillarán en el reino de su Padre; sabemos que las perfecciones de Dios recibirán aún aclamación universal, que todas las inteligencias creadas poseerán a Jesucristo Señor para gloria de Dios Padre, que el presente orden imperfecto será eliminado, y un nuevo cielo y una nueva tierra serán establecidos para siempre.

Hacia todo esto se mueve Dios con infinita sabiduría y perfecta precisión de acción. Nadie puede disuadirle de Sus propósitos; nada apartarle de Sus planes. Como Él es omnisciente, no puede haber circunstancias imprevistas, ni accidentes. Como Él es soberano, no puede haber órdenes revocadas, ni quiebra de autoridad; y como Él es omnipotente, no puede haber falta de poder para lograr Sus fines elegidos. Dios se basta a sí mismo para todas estas cosas.

Mientras tanto, las cosas no son tan fáciles como este rápido esbozo podría sugerir. El misterio de la iniquidad ya está actuando. Dentro del amplio campo de la voluntad soberana y permisiva de Dios, el conflicto mortal del bien contra el mal continúa con creciente furia. Dios todavía se saldrá con la suya en el torbellino y la tormenta, pero la tormenta y el torbellino ya están aquí, y como seres responsables debemos hacer nuestra elección en la presente situación moral.

Ciertas cosas han sido decretadas por la libre determinación de Dios, y una de ellas es la ley de la elección y las consecuencias. Dios ha decretado que todos los que voluntariamente se entreguen a Su Hijo Jesucristo en la obediencia de la fe recibirán la vida eterna y se convertirán en hijos de Dios. También ha decretado que todos los que aman las tinieblas y continúan en rebelión contra la alta autoridad del cielo permanecerán en un estado de alienación espiritual y sufrirán finalmente la muerte eterna.

Reduciendo todo el asunto a términos individuales, llegamos a algunas conclusiones vitales y muy personales. En el conflicto moral que ahora nos rodea, quien está del lado de Dios está del lado ganador y no puede perder; quien está del otro lado está del lado perdedor y no puede ganar. Aquí no hay azar, no hay apuesta. Hay libertad para elegir de qué lado estaremos, pero no hay libertad para negociar los resultados de la elección una vez hecha. Por la misericordia de Dios podemos arrepentirnos de una elección equivocada y alterar las consecuencias haciendo una elección nueva y correcta. Más allá de eso no podemos ir.

Todo el asunto de la elección moral gira en torno a Jesucristo. Cristo lo dijo claramente: "El que no está conmigo, está contra mí", y "Nadie viene al Padre, sino por mí". El mensaje evangélico encierra tres elementos distintos: un anuncio, un mandato y una llamada. Anuncia la buena nueva de la redención realizada en la misericordia; manda a todos los hombres en todas partes a arrepentirse y llama a todos los hombres a rendirse a los términos de la gracia creyendo en Jesucristo como Señor y Salvador.

Todos debemos elegir si obedeceremos al Evangelio o nos apartaremos con incredulidad y rechazaremos su autoridad. Nuestra elección es nuestra, pero las consecuencias de la elección ya han sido determinadas por la voluntad soberana de Dios, y de esto no hay apelación.

El Señor descendió de lo alto, E inclinó los cielos altísimos, Y bajo sus pies arrojó Las tinieblas del cielo.

*Sobre querubines y serafines
Completamente regio
cabalgaba,
Y en alas de poderosos vientos
Volaron todos al extranjero.
Se sentó sereno sobre las inundaciones, para contener su furia;
Y Él, como soberano Señor y Rey, Por siempre reinará. Paráfrasis
del salmo,
por Thomas Sternhold*

CAPÍTULO 23

El secreto a voces

Visto desde la perspectiva de la eternidad, la necesidad más crítica de esta hora bien puede ser que la Iglesia sea traída de vuelta de su largo cautiverio babilónico y que el nombre de Dios sea glorificado en ella de nuevo como antaño. Sin embargo, no debemos pensar en la Iglesia como un cuerpo anónimo, una abstracción religiosa mística. Los cristianos somos la Iglesia y todo lo que hacemos es lo que hace la Iglesia. El asunto, por tanto, es personal para cada uno de nosotros. Cualquier paso adelante en la Iglesia debe comenzar por el individuo.

¿Qué podemos hacer los cristianos de a pie para devolver la gloria a los difuntos? ¿Hay algún secreto que podamos aprender? ¿Existe una fórmula para el avivamiento personal que podamos aplicar a la situación actual, a nuestra propia situación? La respuesta a estas preguntas es sí.

Sin embargo, la respuesta puede decepcionar fácilmente a algunas personas, porque es cualquier cosa menos profunda. No traigo ningún criptograma esotérico, ningún código místico que deba ser dolorosamente descifrado. No apelo a ninguna ley oculta del inconsciente, a ningún conocimiento oculto destinado sólo a unos pocos. El secreto está a la vista del caminante. Es simplemente el viejo y siempre nuevo consejo: Conoce a Dios. Para recuperar su poder perdido, la Iglesia debe ver el cielo abierto y tener una visión transformadora de Dios.

Pero el Dios que debemos ver no es el Dios utilitarista que goza de tanta popularidad hoy en día, cuyo principal reclamo de la atención de los hombres es su capacidad para llevarles al éxito en sus diversas empresas y que, por esa razón, está siendo engatusado y halagado por todos los que quieren un favor. El Dios que debemos aprender a conocer es la Majestad en los cielos, Dios Padre Todopoderoso, Hacedor del cielo y de la tierra, el único Dios sabio, nuestro Salvador. Él es el que está sentado sobre el círculo de la tierra, el que extiende los cielos como una cortina y los extiende como una tienda para habitar, el que saca su ejército de estrellas por número y las llama a todas por su nombre por la grandeza de su poder, el que ve las obras del hombre como vanidad, el que no pone su confianza en los príncipes ni pide consejo a los reyes.

El conocimiento de tal Ser no puede obtenerse sólo mediante el estudio. Viene por una sabiduría que el hombre natural no conoce ni puede conocer, porque se discierne espiritualmente. Conocer a Dios es a la vez lo más fácil y lo más difícil del mundo. Es fácil porque el conocimiento no se obtiene mediante un duro trabajo mental, sino que es algo que se da gratuitamente. Como la luz del sol cae libremente sobre el campo abierto, así el conocimiento del Dios santo es un don gratuito para los hombres que están abiertos a recibirlo.

Pero este conocimiento es difícil porque hay condiciones que cumplir y la naturaleza obstinada del hombre caído no las acepta bien.

Permítanme presentarles un breve resumen de estas condiciones, tal como las enseña la Biblia y las han repetido a través de los siglos los santos más santos y dulces que el mundo haya conocido:

En primer lugar, debemos abandonar nuestros pecados. La creencia de que un Dios santo no puede ser conocido por hombres de vidas malvadas confirmadas no es nueva en la religión cristiana. El libro hebreo, La Sabiduría de Salomón, que antecede al cristianismo por muchos años, tiene el siguiente pasaje: "Amad la justicia, vosotros que sois jueces de la tierra; pensad en el Señor con buen corazón, y con sencillez de corazón

buscadlo. Porque él será hallado de los que no lo tientan; y se muestra a los que no desconfían de él. Porque los pensamientos perversos se apartan de Dios, y su poder, cuando es probado, reprende a los insensatos. Porque al alma maliciosa no entrará la sabiduría; ni morará en el cuerpo que está sujeto al pecado. Porque el Espíritu Santo de disciplina huirá del engaño, y apartará de sí los pensamientos sin entendimiento, y no permanecerá cuando entre la injusticia". Este mismo pensamiento se encuentra en varios dichos a lo largo de las Escrituras inspiradas, siendo probablemente las más conocidas las palabras de Cristo: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios."

En segundo lugar, debe haber una entrega total de toda la vida a Cristo en la fe. Esto es lo que significa "creer en Cristo". Implica una adhesión volitiva y emocional a Él, acompañada del firme propósito de obedecerle en todas las cosas. Esto requiere que guardemos Sus mandamientos, llevemos nuestra cruz y amemos a Dios y a nuestros semejantes.

En tercer lugar, debemos reconocer que hemos muerto al pecado y que estamos vivos para Dios en Cristo Jesús, seguido de una apertura de toda la personalidad a la afluencia del Espíritu Santo. Luego debemos practicar la autodisciplina necesaria para andar en el Espíritu y pisotear los deseos de la carne.

Cuarto, debemos repudiar audazmente los valores baratos del mundo caído y desprendernos completamente en espíritu de todo aquello en lo que los hombres incrédulos ponen sus corazones, permitiéndonos sólo los más simples goces de la naturaleza que Dios ha concedido por igual a justos e injustos.

En quinto lugar, debemos practicar el arte de la meditación larga y amorosa sobre la majestad de Dios. Esto requerirá algún esfuerzo, porque el concepto de majestad casi ha desaparecido de la raza humana. El punto central del interés del hombre es ahora él mismo. El humanismo, en sus diversas formas, ha desplazado a la teología como clave para la comprensión de la vida. Cuando el poeta del siglo XIX Swinburne escribió: "¡Gloria al hombre en las alturas! porque el hombre es el amo de las cosas", dio al mundo moderno su nuevo Te Deum. Todo esto debe invertirse mediante un acto deliberado de la voluntad y mantenerse así mediante un paciente esfuerzo de la mente.

Dios es una Persona y puede ser conocido en grados crecientes de conocimiento íntimo a medida que preparamos nuestros corazones para la maravilla. Puede que sea necesario que modifiquemos nuestras creencias anteriores sobre Dios a medida que la gloria que doran las Sagradas Escrituras amanece sobre nuestra vida interior. Puede que también necesitemos romper tranquila y amablemente con el textualismo sin vida que prevalece entre las iglesias evangélicas, y protestar contra el carácter frívolo de mucho de lo que pasa por cristianismo entre nosotros. Con esto podemos perder amigos y ganar una reputación pasajera de ser más santos que tú; pero ningún hombre que permita que la expectativa de consecuencias desagradables le influya en un asunto como éste es apto para el reino de Dios.

Sexto, a medida que el conocimiento de Dios se hace más maravilloso, se hará imperativo para nosotros un mayor servicio a nuestros semejantes. Este bendito conocimiento no nos ha sido dado para que lo disfrutemos egoístamente. Cuanto más perfectamente conozcamos a Dios, más sentiremos el deseo de traducir el nuevo conocimiento en obras de misericordia hacia la humanidad que sufre. El Dios que nos lo ha dado todo, seguirá dándolo todo a través de nosotros, a medida que le vayamos conociendo mejor.

Hasta ahora hemos considerado la relación personal del individuo con Dios, pero como el unguento de la mano derecha de un hombre, que por su fragancia "se delata a sí mismo", cualquier conocimiento intensificado de Dios pronto empezará a afectar a los que nos rodean en la comunidad cristiana. Y debemos procurar compartir nuestra luz creciente con los demás miembros de la casa de Dios.

La mejor manera de lograrlo es mantener la majestad de Dios en el centro de todos nuestros servicios públicos. No sólo nuestras oraciones privadas deben estar llenas de Dios, sino que nuestro testimonio, nuestros cantos, nuestra predicación y nuestros escritos deben centrarse en la Persona de nuestro santo, santo Señor y ensalzar continuamente la grandeza de Su dignidad y poder. Hay un Dios glorificado Hombre a la derecha de la Majestad en el cielo representándonos fielmente allí. Hemos sido dejados por un tiempo entre los hombres; representémosle fielmente aquí.